

José-Vicente Bonet

Teología del «gusano»

Autoestima y evangelio



Sal Terrae

Antonio

Colección «EL POZO DE SIQUEM»

115

José-Vicente Bonet

Teología del «gusano»

Autoestima y evangelio

Editorial SAL TERRAE
Santander

© 2000 by Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)
Fax: 942 369 201
E-mail: salterrae@salterrae.es
<http://www.salterrae.es>

Dibujo de cubierta:
© 2000 by Antonio José García Gómez

Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 84-293-1367-2
Dep. Legal: BI-2119-00

Fotocomposición:
Sal Terrae – Santander
Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. – Bilbao

Dedicado, con gratitud y afecto,
a *Andrés Torres Queiruga*,
a quien tanto debe este libro,
y a *Alberto Jaime*,
a quien tanto debe el autor.
J.V.B.

Índice

Prólogo , por Rosario Marín	9
Preámbulo	13

I

«Teología del gusano» y otras «neuras» religiosas

1. Religión: luces y sombras	17
2. Neurosis Religiosas	24
3. «Teología del gusano»	29
<i>Autodesestima entre creyentes</i>	30
<i>El tío Jorge</i>	35
<i>Perfil del dios de la teología del gusano</i>	39
<i>El paraíso perdido</i>	41
<i>El dios sádico</i>	45
4. Otras «neuras» religiosas	49
<i>Culpabilidad neurótica</i>	49
<i>Síndrome de Urías</i>	54
<i>Infantilismo eclesial</i>	59
<i>Misoginia eclesial</i>	66
5. De gusano a mariposa	78
<i>Lecturas recomendadas</i>	84

II

Autoestima y evangelio

1. «Ámate, Lucien»	87
2. Los tres amores del cristiano	90
3. Autoestima humanista	96

4. Importancia de la autoestima	104
5. El «Yo» frente al «Ego».	108
6. Autoestima frente a narcisismo	112
7. Autoestima solidaria	115
8. Autoestima evangélica	119
9. Jesús y la dignidad de la persona	123
10. Asertividad cristiana	127
<i>Lecturas recomendadas</i>	132

III Recapitulación

El Dios en quien yo creo	135
<i>Abro el baúl de mis recuerdos</i>	135
<i>«Nadie lo ha visto a Dios. Nadie lo sabe»</i>	136
<i>Epicuro tenía razón</i>	138
<i>«Sólo por hoy seré feliz...»</i>	141
<i>«Un pájaro de origen hindú...»</i>	145
<i>«I love you» ... «I love you too»</i>	151
<i>«Me siento caminando / por un prado mullido»</i>	153
<i>«Dios, concédeme la serenidad...»</i>	157
<i>«Eppur si muove»</i>	160
<i>«Un amigo de verdad es un atisbo de Dios»</i>	164
<i>«Reducción a lo esencial»</i>	166
<i>Cierro el baúl de mis recuerdos</i>	168
 <i>El Dios en quien yo creo</i>	 170

Prólogo

Bastarían unas frases o unos pasajes del evangelio, o las palabras de la Carta de Juan, «Dios es amor», para desacreditar todo intento de hacer del cristianismo una religión del miedo, la culpa, o siquiera del sacrificio. Sin embargo, siglos de historia y adherencias de todo tipo han llevado —aún lo vemos hoy en algunos casos— a hacer del seguimiento de Jesús no un camino con Él y por Él hacia el corazón del mundo y la plenitud personal, hacia la vida abundante para todos, sino una carrera de obstáculos en la que, cuanto más se sufre, más se niega la propia voluntad, más se huye de lo que alegra y da placer..., tanto más cerca se está de la santidad, de la cima de la perfección.

Personalmente, tengo que agradecer el haber crecido en la Iglesia del posconcilio, abierta y renovada, y haber encontrado en mi vida, empezando por mi familia, verdaderos testigos de que «sólo el amor hacer crecer». De ellos he recibido la fe en Jesús, y he comprobado que en Él se transforman y fecundan realidades humanas ineludibles como la frustración, el sufrimiento, el sacrificio, el aguante e incluso la propia negación. No me es familiar la concepción de Dios con el ceño fruncido, la mano en alto y el dedo acusador.

El Padre, que recibe con su abrazo al Hijo Pródigo, es para mí más motivador de conversión, por el amor, por la ternura y por la donación de sí.

Pero todos hemos podido comprobar que la transmisión de la fe, por parte de la propia Iglesia y por parte de muchos creyentes, cargados incluso de buenísima voluntad, ha ido acompañada en diversos tiempos y latitudes —y puede que aún hoy y aquí— de reglas, cumplimientos, obligaciones, normas y concepciones que, más que de una antropología cristiana enraizada en la esperanza, son deudas de un cierto paganismo según el cual la vida no vale nada, camina hacia la nada, y cuanto menos valgamos las personas, cuanto antes alcancemos esa nada, mejor. O bien son deudas de un sentido mercantilista de la fe según el cual la gracia, los dones, hasta las capacidades o el bienestar, son un «pago» divino a nuestras buenas obras, limosnas, mortificaciones y privaciones.

Hasta hace no tanto, ésta era quizá la espiritualidad difusa más extendida. La de llevar la cuenta de los sacrificios y hacer planes de mortificación para ver si Dios se ponía de nuestro lado. Una espiritualidad que no podía poner al sujeto en el centro ni buscar la realización personal como camino de crecimiento espiritual.

Los avances de la psicología han sembrado sospechas sobre todo ello. Tanto como para que muchos tiren por la borda lo bueno con lo malo. Un porcentaje de la increencia en que nos movemos en este mundo occidental proviene, sin duda, de haber destapado esos trasfondos neuróticos, enfermizos, de los que en este

libro habla con claridad y amenidad divulgadoras José Vicente Bonet.

Algunos pensarán que, al poner sobre el tapete neurosis, culpabilidades, infantilismos, misoginia, etc., esta *Teología del «gusano»* que Bonet nos brinda puede acabar con los rescoldos de fe que aún quedan por los rincones. Personalmente opino que este libro puede avivar los rescoldos de verdadera fe que se esconden bajo las cenizas de rechazo y ruptura que en muchos se produjo el día en que descubrieron que se estaban haciendo daño a sí mismos bajo la aparente búsqueda de un ideal de fe o santidad que nunca llegaba. Bonet, amigo de sí mismo, ayudador por convicción cristiana de quienes han hecho de la desestima un «modus pseudovivendi», lleva de la mano a quien se quiera dejar llevar para hacer el camino de gusano a mariposa; de la fe infantil, miedosa, empequeñecedora y culpabilizante, a la plena aceptación del evangelio y al encuentro con la persona de Jesús.

ROSARIO MARÍN

Preámbulo

¿Yo para qué nací? Para salvarme.
Que tengo que morir es infalible.
Dejar de ver a Dios y condenarme:
Triste cosa será, pero posible.
¿Posible, y río y duermo y quiero holgarme?
¿Posible, y tengo amor a lo visible?
¿Qué hago, en qué me ocupo, en qué me encanto?
Loco debo de ser, pues no soy santo.

Recuerdo muy bien este conocido modelo de octava real, de autor para mí desconocido, desde mis tiempos de estudiante de «Preceptiva Literaria» y por haberla oído de labios de predicadores y directores de Ejercicios Espirituales en mi juventud. Imagino que algunos lectores «de mi quinta» también la recordarán. Refleja una espiritualidad que ponía el acento en los Novísimos, en «el día de la ira», en la disyuntiva salvación / condenación, premio / castigo, infierno / cielo, y en la necesidad de mortificar nuestro amor a lo visible para poder servir a Dios y salvar nuestra alma. No tiene la crudeza, pero sí resabios, de la «teología del gusano» de la que vamos a hablar en la primera parte de este libro

Prefiero, y supongo que también la preferirán nuestros lectores, la versión elaborada por José Luis Blan-

co Vega, poeta jesuita. La prefiero por ser más positiva y, a mi entender, más auténticamente cristiana, más en armonía con el Dios de Jesús, que es amor, todo amor y nada más que amor, que nos ha hecho el don de la creación, no para sufrir y así merecer el cielo, sino para que, en lo posible, la disfrutemos plenamente en compañía de nuestros hermanos y hermanas y así construir el Reino, una Nueva Humanidad regida por el amor mutuo, la concordia, la solidaridad y la justicia para todos sin exclusión. El Reino que empieza en el tiempo y se prolonga más allá del tiempo en el mismo corazón de Dios, por decirlo de alguna manera.

He aquí la bella versión de J.L. Blanco Vega («...y *tengo amor a lo visible*», Sal Terrae, Santander 1997):

«Porque sé que nací para salvarme,
y tengo que morir –es infalible–,
porque dejar de verte y condenarme
sólo con otro dios será posible,
por eso río, duermo, quiero holgarme,
Señor, y tengo amor a lo visible.
Y sólo me pregunto en qué me encanto
cuando huyo de la vida por ser santo».

I

«TEOLOGÍA DEL GUSANO» Y OTRAS «NEURAS» RELIGIOSAS

Religión: luces y sombras

«¿Cómo callar tantas formas de violencia perpetradas también en nombre de la fe?»

(JUAN PABLO II)

La religiosidad auténtica es y ha sido una gran fuerza humanizadora y liberadora. Basta recordar las grandes figuras del santoral cristiano: Benito, Camilo, Juan de Dios, Vicente de Paúl y tantas otras que, inspiradas por Jesucristo y por su mensaje, se desvivieron en el servicio a las necesidades materiales y espirituales de sus hermanos y hermanas y crearon instituciones que continuaran su obra todavía vigente.

En el panorama contemporáneo del siglo XX podemos mencionar dos ejemplos emblemáticos de la fuerza humanizadora de la fe:

1) *Teresa de Calcuta* en el campo de la asistencia inmediata y urgente a los más pobres entre los pobres: recién nacidos, moribundos, enfermos terminales de SIDA abandonados a su total desvalimiento. Añadamos que existen (y yo conozco algunas) otras «Terasas de Calcuta» anónimas en Asia, África e Iberoamérica en especial, y también en el Cuarto Mundo, comprometi-

das a fondo con las personas más marginadas de la sociedad en la que viven y se desviven.

2) *La Teología de la Liberación*, esa corriente popular y profunda que tanto ha hecho y sufrido para despertar al mundo cristiano a la exigencia evangélica de la solidaridad estructural con los empobrecidos y los excluidos. Decenas y decenas de cristianos y cristianas seglares, catequistas, sacerdotes y hasta obispos han dado en nuestro tiempo, con su sangre y en nombre del Evangelio, testimonio de su dedicación total y desinteresada a la causa de la liberación de las masas oprimidas que, tristemente, todavía constituyen una inmensa mayoría en nuestro mundo.

La fe auténtica, además de dar cauce y expresión a esa honda e instintiva tendencia del ser humano hacia el misterio y la trascendencia, ha sido y es capaz de inspirar una visión que impulsa a la gestación de una humanidad nueva cada vez más solidaria y fraterna, en armonía con el mensaje central del Evangelio: *Dios es Amor, y el único mandamiento es Amar*.

Pero también hay que reconocer el trasfondo religioso de muchos y muy cruentos conflictos en la historia de la humanidad. El santo nombre de Dios ha sido y es utilizado como banderín de enganche para salvajes campañas de destrucción y opresión de otros grupos humanos y religiosos.

Recordemos con rubor y con rabia las muchas guerras «santas» que han asolado a la humanidad. En el nombre de Dios, musulmanes han arremetido contra cristianos, hindúes contra musulmanes, protestantes

contra católicos, y viceversa: cristianos contra judíos, musulmanes, protestantes, paganos, etc. ¡Una verdadera espiral histórica de violencia «religiosa»!

En 1996 se publicó en España un libro con el elocuente título *2000 años de torturas en nombre de Dios*, de H. Herrmann, donde, según el diario *El Mundo*, se dice: «El cristianismo es la religión más agresiva, la más sanguinaria de todas». Lo cual me parece exagerado. Así y todo, pienso que vale la pena leer desapasionadamente un libro como éste. Tal vez nos ayudaría a los cristianos a reconocer con humildad nuestros fallos colectivos y a purificar nuestra visión cristiana de la vida. Aunque no sólo el cristianismo mal entendido conduce a la violencia. También el fundamentalismo islámico lo genera, como leemos en el periódico un día sí y otro también. «Estábamos convencidos de que los niños que degollábamos iban al cielo y se acercaban a Dios», confesaba un ex-miembro del Grupo Islámico Armado.

Alguien preguntó al Maestro por qué se mostraba tan receloso respecto de la religión. ¿Acaso no era la religión lo mejor que tenía la humanidad?

La respuesta del Maestro fue un tanto enigmática: «Lo mejor y lo peor: he ahí lo que se obtiene de la religión».

«¿Por qué lo peor?»

«Porque la mayoría de las personas saben la suficiente religión como para odiar, pero no la suficiente como para amar»

(TONY DE MELLO)

La triste realidad es que hombres e instituciones han desfigurado y manipulado la imagen de Dios para oprimir y destruir a otros seres humanos. La historia de la cristiandad está jalonada de episodios de brutalidad y violencia absolutamente indefendibles a la luz del evangelio. Hacemos el ridículo y prestamos un flaco servicio a la Iglesia cuando tratamos de defender, por ejemplo, las torturas y ejecuciones de la Inquisición, que no tienen justificación evangélica posible (da escalofríos visitar el Museo de la Inquisición en Cartagena de Indias). Lo mejor que podemos hacer es reconocerlas como lo que son, aberraciones religiosas condicionadas por la cultura y los valores de otros tiempos, y pedir perdón por las barbaridades cometidas por personas y personajes que se proclamaban cristianos.

En este año 2000, fin de un milenio y Jubileo para la Iglesia universal, el mundo de la cultura conmemora a Giordano Bruno, napolitano, fascinante figura del Renacimiento y la Reforma, a cuya turbulenta vida y revolucionario pensamiento se puso prematuramente fin en la plaza romana del Campo dei Fiori, condenado por hereje y quemado vivo en la hoguera por orden de la Inquisición, el 17 de Febrero del año 1600.

Nos informa *El País* (4 de febrero de 2000) que 400 años después «la Iglesia pide perdón por quemar vivo a Giordano Bruno». En la presentación de un nuevo libro sobre Bruno, el Cardenal Paul Poupard declaró, según este periódico, que la ejecución de tan original pensador «es una acción de la que la Iglesia se

arrepiente pidiendo perdón a Dios y a todos los hermanos».

Está claro que, por muy indómito y subversivo que pudiera ser Giordano Bruno y por muy buena fe que pudiéramos atribuir a sus jueces, su muerte en la hoguera es un crimen injustificable que merece nuestra repulsa más enérgica. Si repudiamos, y con razón, la decapitación de santo Tomás Moro por Enrique VIII de Inglaterra, es de justicia repudiar con la misma energía la muerte en la hoguera de Giordano Bruno.

«¿Cómo callar tantas formas de violencia perpetradas también en nombre de la fe? Guerras de religión, tribunales de la Inquisición y otras formas de violación de los derechos de las personas... Es preciso que la Iglesia, de acuerdo con el Concilio Vaticano II, revise por propia iniciativa los aspectos oscuros de su historia, valorándolos a la luz de los principios del Evangelio»

(JUAN PABLO II a los Cardenales en 1994)

Miguel Delibes utiliza este texto como preámbulo de su última novela *El Hereje*, situada en el Valladolid del siglo XVI, donde tuvo lugar un «Auto de Fe» histórico. La novela narra la historia ficticia de Cipriano Salcedo, un mercader bueno y generoso que, movido por sus propios conflictos interiores, entró a formar parte muy activa y entusiasta de un círculo clandestino de luteranizantes y acabó siendo juzgado y condenado por el Santo Oficio y quemado en la hoguera. Acabo de releer la tercera y última parte –tan escalofriante como conmovedora– de la novela, y no puedo menos de preguntarme: ¿será posible que cristianos de

hace cuatro siglos fuesen capaces de perpetrar tal crimen en nombre de Dios y de la Iglesia de Jesús?

En la raíz de estas locuras colectivas laten ciertas creencias religiosas que, en lugar de humanizar y liberar, deshumanizan y encadenan; en lugar de hacer al ser humano más tolerante, fraternal y solidario, lo hacen más intolerante, más hostil, más egoísta, más agresivo. *Homo homini lupus... in nomine Dei.*

A un nivel más individual, también se ha perpetrado violencia mental en nombre de la fe mal comunicada. Siempre ha habido personas con trastornos psicológicos (depresiones, miedos, culpabilidades, escrúpulos, etc.) vinculados a sus creencias religiosas. De hecho, son muchos los no creyentes que, con mayor o menor conocimiento de causa, acusan a la religión, y en concreto a la nuestra, de crear una gran cantidad de «patologías religiosas».

Por su parte, psicólogos creyentes se preguntan si hay algo de verdad en estas acusaciones, y concluyen que sí, que en su experiencia profesional como psicoterapeutas se encuentran demasiado a menudo con individuos que, como resultado de la educación religiosa recibida en la familia, en el colegio o en la parroquia, han desarrollado actitudes neuróticas y destructivas frente a la vida, el amor, el mundo y Dios.

El otro lado de la moneda es lo que se ha llamado la «pérdida silenciosa de la fe» por parte de un gran número de creyentes en nuestro país, sin ir más lejos. J.M. Fernández-Martos, psicoterapeuta y jesuita, en su artículo «La Iglesia, ¿realidad patógena o psicoterapeutizante?», se pregunta: «¿Por qué será relativamen-

te frecuente que bastantes de las personas que expresan su proceso de pérdida de la fe lo hagan simultáneo y coincidente con el de una mayor maduración humana?».

En otras palabras, hay personas que, habiendo alcanzado un punto de «mayor maduración humana», se enfrentan a creencias que les fueron inoculadas en su infancia, las encuentran limitadoras y deshumanizantes y tienen la valentía de rechazarlas. ¡Lástima que no tengan la osadía de profundizar hasta encontrar el verdadero sentido y meollo de una fe que en realidad invita y llama a la vida en abundancia, a vivir en plenitud...!

«La gloria de Dios es el ser humano
que vive en plenitud»

(SAN IRENEO)

Pero hay otros que no se atreven a cuestionar las creencias religiosas en las que fueron inductados, aceptándolas indiscriminada y acríticamente. Éstos pueden ser víctimas de neurosis religiosas. En una semblanza periodística de Frank McCourt, el justamente galardonado autor de *Las cenizas de Angela* y *Lo es*, se le atribuyen las siguientes palabras: «Cada vez que entro en una iglesia, no puedo evitar preguntarme: ¿qué es lo que ha hecho esta institución conmigo? No puede evitar tener para mí un significado de represión y anulación de la personalidad». Estas palabras se entienden mejor si se ha leído su obra; pero, en cualquier caso, vale la pena tenerlas en cuenta.

2

Neurosis religiosas

«No son las cosas mismas
las que al hombre alborotan y espantan,
sino las opiniones engañosas
que el hombre tiene de las mismas cosas»

(EPICTETO, traducido por Quevedo)

Desde el punto de vista de la Terapia Emotivo-Racional (RET) que aquí adoptamos, la neurosis, en el sentido más amplio de la palabra, se puede definir como una reacción o respuesta emocional y conductualmente disfuncional, generada por la percepción evaluativa de un estímulo. Un par de sencillos ejemplos servirán para aclarar esta definición:

-1-

Estímulo: muere un ser querido.

Percepción evaluativa: percibo en su muerte la pérdida irreparable del sentido de mi vida; me veo sin valor y sin futuro...

Respuesta emocional: en consecuencia, me siento no sólo triste, lo cual sería normal, sino deprimido, sin fuerzas para nada, sin ganas de vivir.

Respuesta conductual: abandono las actividades acostumbradas, descuido mi salud...

Disfuncionalidad: y dejo de funcionar con la eficacia y el bienestar con que solía hacerlo.

-2-

Estímulo: recuerdo que tengo que hablar a un público exigente.

Percepción evaluativa: percibo esta situación como altamente peligrosa y amenazante, pues creo que probablemente me abuchearán.

Respuesta emocional: en consecuencia, siento ansiedad y miedo.

Respuesta conductual: lo cual me paraliza y no me permite prepararme bien.

Disfuncionalidad: y así me privo de hacer algo que me convenía y actúo en contra de mi objetivo de dirigir la palabra a ese público.

Así entendida la neurosis, todos somos neuróticos intermitentes (como los llama Albert Ellis), aunque no necesariamente locos de atar ni neuróticos normales (como los llamo yo), es decir, personas normales con «neuras» normales, porque todos tendemos a reaccionar frente a ciertas situaciones (no las mismas para todos) de forma emocional y conductualmente disfuncional, en diversos grados de intensidad, duración y frecuencia, debido a nuestra manera personal y característica de percibir y evaluar la situación.

Toda neurosis, según este modelo, tiene tres componentes distintos y estrechamente relacionados entre sí: el componente *conductual*, o tendencia a comportarse de cierta manera disfuncional; el *emocional*, o

los sentimientos que afloran en la situación; y el *cognitivo*, o la percepción evaluativa mediante imágenes y/o conceptos del estímulo. El componente cognitivo inicia el proceso; es decir, la percepción evaluativa dispara la reacción emocional, que, a su vez, influye en el comportamiento.

La neurosis religiosa se caracteriza por el contenido religioso del componente cognitivo. Los sentimientos y comportamientos de una fobia o depresión de origen religioso son muy parecidos a los de otras fobias o depresiones, excepto en la percepción evaluativa que los origina y que es específicamente religiosa. Así pues, la neurosis religiosa está generada por creencias viscerales de carácter religioso sobre Dios, el pecado, la salvación, la otra vida, etc.

Si yo creyese visceralmente en un dios que espía constantemente todas mis acciones, palabras y pensamientos y es capaz de enviarme a la muerte y condenarme al infierno en el momento más inesperado e inoportuno, lo más natural sería que viviese en un estado de terror, claramente disfuncional, que amargaría mi existencia. Expongamos un ejemplo según la pauta de la Terapia Emotivo-Racional antes descrita:

Estímulo: muere un joven en un accidente de tráfico.

Percepción evaluativa: su madre piensa que la salvación eterna de su hijo está seriamente en peligro, porque el joven murió sin confesión.

Respuesta emocional: se siente sumamente angustiada.

Respuesta conductual: consulta una y otra vez a su consejero espiritual.

Disfuncionalidad: pierde la paz de espíritu durante un período de tiempo más o menos largo.

Estas neurosis religiosas, que son frecuentemente (aunque no siempre exclusivamente) el resultado de una educación religiosa impartida verbal y no-verbalmente por las «iglesias», han sido llamadas acertadamente «neurosis eclesiogénicas», término introducido por dos psicoterapeutas alemanes, Schaetzing y Thomas, en 1965.

Se referían, en sus propias palabras, a neurosis que «se daban frecuentemente y casi exclusivamente como resultado de la formación y educación impartida por las “iglesias” y en su nombre. Así pues, llamamos “neurosis eclesiogénica” a la enfermedad mental causada por una educación bastante extendida que crea tabúes, especialmente en lo referente a lo sexual y erótico. Éstas son áreas que no se pueden discutir abiertamente y que, al mismo tiempo, se consideran inmorales, prohibidas y hasta merecedoras de castigo».

Más recientemente, en 1980 y en los Estados Unidos, Cumbee, psicoterapeuta pastoral cristiano, amplió la definición de «neurosis eclesiogénica» a otras áreas, además de la sexual, en un artículo titulado «La depresión como neurosis eclesiogénica», y describió cinco de ellas:

1. *Culpabilidad neurótica:* sentimiento de culpa distorsionado, exagerado, enfermizo y destructivo.

2. **Perfeccionismo espiritual:** el intento de alcanzar la «perfección» en lo moral y lo religioso, con ansiedad incapacitante.
3. **Síndrome de Urías:** el sentirse desesperadamente desamparado por las comunidades eclesiales de las que uno razonablemente esperaba apoyo en los momentos de crisis.
4. **Misoginia eclesial:** interpretación misógina y discriminatoria de la mujer en la Biblia y la tradición cristiana, y su traducción a la práctica en las iglesias.
5. **Teología del gusano:** una visión y sentimiento de sí mismo ante Dios como indigno y despreciable, cultivado por las creencias religiosas inculcadas desde el púlpito, la escuela y el hogar.

A estas cinco añadimos otra, sugerida en *La Neurosis Cristiana* por **P. Solignac**, psicoterapeuta francés y creyente, que denominaremos

6. **Infantilismo eclesial:** inmadurez intelectual y emocional en el campo de lo religioso; incapacidad de tomar decisiones morales por cuenta propia; excesiva dependencia de las autoridades religiosas.

Reestructuramos este catálogo incompleto de neurosis eclesiogénicas otorgando primacía a la *Teología del gusano* y considerando las otras como diversas manifestaciones o consecuencias de ésta.

3

«Teología del gusano»

«Si obraras conforme a los impulsos que sientes en tu corazón y a los que la razón te dicta, estarías de continuo con la boca en tierra, en postración, como un gusano sucio, feo y despreciable... delante de ese Dios que tanto te va aguantando»

(Camino, 597)

Por deferencia hacia el autor de estas palabras, que leemos en un libro de piedad contemporáneo reeditado muchísimas veces en diferentes lenguas, quiero añadir que no es el único libro espiritual que utiliza este lenguaje aparentemente poco respetuoso con la dignidad innata y la bondad original del ser humano creado por un Dios que no puede crear basura. También Ignacio de Loyola recomienda a los que practican sus Ejercicios Espirituales que se miren «como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima». Y en el Antiguo Testamento los amigos de Job le increpaban: «¿Puede el hombre llevar razón contra Dios? ¿Puede ser puro el nacido de mujer Si ni siquiera la luna es brillante, ni a sus ojos son puras las estrellas, ¡cuánto menos el hombre, ese gusano; el ser humano, esa lombriz!».

Autodesestima entre creyentes

Con ocasión de un artículo sobre la autoestima en la vida consagrada, que publiqué en la revista *Sal Terrae* (Abril 1990), hice discretas indagaciones y llegué a la conclusión de que —no sólo en nuestro país, sino también en otras partes del mundo— el número de religiosos, religiosas y sacerdotes que no se acaban de aceptar, que se infravaloran, se malquieren o se desestiman, que abrigan una depresión latente y acumulan en el curso de los años un fondo de amargura, es bastante elevado. Esta desestima más o menos patente, esta depresión más o menos latente, aflora con cierta frecuencia, y a veces de un modo bastante virulento, con ocasión de un fracaso pastoral, un fallo personal, una frustración, una crítica dura...

Según Gill, conocido psicólogo y buen conocedor de la vida consagrada, «son muchos los clérigos y religiosos que tienen una apreciación sumamente deficiente y frágil de su valía personal y que, por tanto, experimentan sentimientos crónicos de inferioridad e ineptitud... De ahí que el mantenimiento y robustecimiento de la autoestima merezca ser tenido en cuenta seriamente».

Pienso que buena parte de los problemas espirituales de oración, de fe, de afectividad, entre sacerdotes, religiosos y seminaristas, tienen un aspecto psicológico: la insuficiencia de su autoestima. Pues una autoestima que se resquebraja a partir de ciertos episodios puntuales (un desliz sexual, un fracaso profesional, por ejemplo) o, peor aún, una autoestima crónicamen-

te frágil y precaria, repercute seriamente en su progreso espiritual.

¿Por qué, pues —nos preguntamos—, hay tantos cristianos sinceros y hasta fervientes que tienen una pobre imagen de sí mismos, una autoestima deficiente, y se sienten presos de miedos y culpabilidades paralizantes que les amargan el sabor de la vida?

Una de las razones puede ser que no nos acabamos de creer que poseemos una dignidad y una valía intrínseca e inalienable como seres humanos falibles y creados a imagen y semejanza de Dios, partícipes de la naturaleza divina, redimidos y salvados por Jesucristo, hijos de Dios, hermanos del Hijo del Hombre, templos del Espíritu Santo, llamados a construir el Reino y a contemplar a Dios cara a cara, etc., etc.

Todo esto lo aceptamos nocionalmente, pero no visceralmente. Visceralmente, y no siempre conscientemente, tendemos tal vez a creer lo opuesto: que, marcados por el pecado original, somos auténticos pozos de maldad, merecedores de castigos eternos, y que, a los ojos purísimos de Dios, como le decía a Job uno de sus «amigos», no somos nada, sino «lombrices y gusanos».

Visceralmente, somos a menudo víctimas (y a veces también verdugos) de la neurosis eclesiogénica llamada *teología del gusano*: una concepción de Dios, y de nuestra relación con Él, que hace que nos sintamos «gusanos» en vez de «hijos». Es la imagen deshumanizante de un «dios sádico» y legalista, policía, juez, verdugo, tirano implacable capaz de hacer sufrir

a sus «hijos» –y a su «Hijo»– para satisfacer su majestad ultrajada.

Una imagen que, introyectada visceralmente (lo cual puede ocurrir de forma subliminar), propicia un sentido malsano de indignidad personal y fomenta esa «espiritualidad terrorista», contaminada de miedos, culpabilidades e infantilismos, que se solía impartir en bastantes centros de formación religiosa.

Esta espiritualidad terrorista favorece también un perfeccionismo neurotizante, por estar cargado de exigencias excesivas y poco realistas de «perfección». A la persona religiosa de buena voluntad se le propone a veces una imagen tan idealizada e inalcanzable de lo que debería ser que, si se lo toma en serio (lo cual, gracias a Dios, no siempre ocurre), fácilmente genera una insatisfacción crónica e infundada con uno mismo, pues, incapaz de dar la talla, no acaba nunca de perdonarse.

No es, pues, de extrañar que en el corazón de algunos clérigos, sacerdotes y cristianos comprometidos así formados se hagan oír las voces interiores del desánimo y la desesperanza, «malos espíritus» por excelencia. Voces especialmente clamorosas en la persona que no ha aprendido a aceptarse plenamente, cuando sus proyectos de vida o de trabajo no van como quisiera. Esto puede ocurrir en la «crisis de la edad madura», que es a menudo una crisis de desgaste, desánimo y desilusión.

La retórica de esta «teología del gusano» va desapareciendo de nuestra catequesis y de nuestra predicación, pero todavía quedan bastantes creyentes, religio-

sos y sacerdotes marcados por las enseñanzas de otros tiempos. Los mismos textos litúrgicos no están del todo libres de la «teología del gusano».

Hace un par de años, en unos ejercicios espirituales que impartía fuera de España a un grupo de fervorosas religiosas, su superiora me dio a leer la oración que todas tenían que aprender de memoria y recitar todos los días:

«Dios Santo, Poderoso, Inmenso,
desde el trono de vuestra Divina Majestad,
dirigid una mirada compasiva
a este GUSANO de la tierra
que postrado y lloroso
implora vuestra clemencia...»

Me apresuro a añadir que, desde hacía algún tiempo, habían eliminado de la oración la palabra «gusano».

Este lenguaje ya no es tan popular, gracias a Dios, en la predicación y la catequesis de hoy; pero entre algunas personas de 40 ó 50 años para arriba todavía colea ese «gusano». Las hay inclinadas todavía a creerse «gusanitos indignos» a los ojos condenatorios de Dios, en vez de hijas dignísimas amadas incondicionalmente por Él. Lo cual, además de ser una perversión del mensaje evangélico, puede hacer mucho daño a su sentido de valía personal, es decir, a su autoestima.

Este sentirse «gusano sucio, feo y despreciable», este sentimiento de indignidad personal, puede provocar en sus víctimas síntomas como los siguientes:

- * Se sienten culpables aún de pecados cometidos hace mucho tiempo y ya perdonados; no acaban de creerse que Dios les ha perdonado, ni se perdonan a sí mismos.
- * Sienten que Dios les castiga merecidamente por pecados propios y hasta ajenos cuando en su vida ocurren cosas desagradables, duras o trágicas, como la muerte de seres queridos, enfermedades, accidentes, pérdidas cuantiosas, etc. «¿Qué he hecho yo para merecer esto?», se preguntan; tienden a ver castigos de Dios en todas partes, en calamidades naturales, en terremotos, en el SIDA, etc.
- * Sienten pavor al juicio divino aun después de muchos años de vida cristiana sincera, aunque, naturalmente, imperfecta.
- * Viven una espiritualidad lastrada por fuertes dosis de prohibiciones, culpas y miedos.
- * No se atreven a examinar y cuestionar sus creencias religiosas y las normas morales de la Iglesia, por temor a ofender a Dios.
- * Su manera de entender las leyes de Dios y de la Iglesia es rígida y coercitiva;
- * Naturalmente, su autoestima tiende a ser baja y puede degenerar en depresión, como acertadamente subraya Cumbee.

En el fondo de estas vivencias neurotizantes, que tanto sufrimiento causan en algunos creyentes, operan con frecuencia concepciones de Dios, del pecado, de

la salvación, etc., que ni son auténticas ni potencian al ser humano como debieran; al contrario, lo limitan y lo disminuyen.

«El Dios que comercia con el terror es un matón,
y doblegar la rodilla ante él
es de cobardes, no de devotos»

(TONY DE MELLO)

El tío Jorge

Hace pocos años, y después de muchas entrevistas con estudiantes que sufrían una crisis de fe más o menos aguda, y a quienes solía preguntar qué imagen de Dios se habían formado en el hogar y en la parroquia, el capellán católico de una universidad inglesa construyó el siguiente retrato-robot del dios de estos estudiantes, al que con sentido del humor llamaba «El bondadoso tío Jorge». He aquí el «retrato»:

«Dios, en nuestra casa, era prácticamente un miembro de la familia muy admirado por papá y mamá, que nos lo describían como un señor ya entrado en años, muy bondadoso, muy poderoso, muy amigo de todos nosotros y muy interesado en nuestro bienestar. Le llamábamos el “tío Jorge”. Llegó por fin el día de llevarnos a visitar al tío Jorge, que vivía en una mansión impresionante, llevaba barba y tenía un aspecto hosco y adusto que nos daba miedo. De momento, no compartíamos la admiración de nuestros padres por aquel tesoro de la familia. Cuando la visita llegaba a su fin, el bondadoso

tío Jorge nos dijo en tono severo: “Escuchadme bien, hijitos. Quiero que vengáis a verme aquí cada semana; y si no lo hacéis, os voy a enseñar lo que os pasará”.

Así que nos conduce hacia el sótano de su casona. Todo está muy oscuro y, a medida que bajamos, hace más y más calor, y pronto empezamos a oír alaridos escalofriantes. En el sótano hay unas puertas de acero. El tío Jorge abre una. “Mirad aquí dentro, queridos niños”. Miramos muy asustados y vemos una pesadilla: hornos ardiendo a toda mecha, y diablos que van arrojando a la hoguera a hombres, mujeres y niños que no han visitado al tío Jorge cada semana o que han contrariado sus deseos. “Pues bien, hijitos, si no me visitáis, ahí acabaréis vosotros también”. Y nos acompaña a la mansión para que nos reunamos con nuestros padres.

Mientras volvemos a casa, fuertemente agarrados a papá con una mano y a mamá con la otra, mamá se inclina sonriente hacia nosotros y nos pregunta: “¿No es verdad, hijos míos, que ahora amáis al tío Jorge con todo vuestro corazón?” Y nosotros, que odiamos al monstruo, nos apresuramos a responder: “¡Sí, sí!”, porque decir otra cosa equivaldría a ir a parar a la cola del horno».

A una temprana e impresionable edad, concluye el capellán, se ha gestado una especie de esquizofrenia religiosa, y continuamos diciéndole al tío Jorge cuánto le queremos y qué bueno es, y que sólo queremos hacer lo que le agrada. Cumplimos mejor o peor lo que se nos dice son sus deseos más importantes, y no nos atrevemos admitir, ni siquiera a nosotros mismos, que nos causa horror. No me parece exagerado afirmar que esta siniestra caricatura de Dios, u otra parecida, resi-

de y preside, latente, en el subconsciente de bastantes creyentes. Hasta que un día puede explotar en forma de rechazo global de la religión, o de una angustiada depresión.

Como le ocurrió a Ruth, mujer de 45 años, casada hacía 23 con un ejecutivo. Inteligente, atractiva y capaz, era graduada universitaria y madre de cuatro hijos. Cuando acudió al psicoterapeuta, estaba severamente deprimida desde hacía dos años, porque, según ella, había cometido un «pecado imperdonable». Sinceramente religiosa, había sido educada en un hogar creyente donde la madre se consagraba a salvaguardar la moral sexual de sus hijos.

El pecado imperdonable que obsesionaba a Ruth lo había cometido dos años antes, cuando, en un acto de sexo oral con su marido, había maldecido a Dios. Pues Ruth odiaba ese tipo de acto que su marido le pedía. Se forzó a hacerlo porque, considerándose una esposa cristiana, creía que era su deber y la voluntad de Dios complacer al marido. Pero tal era su repugnancia que se dijo a sí misma, «¡Maldito sea Dios!». Desde entonces se sentía abrumada por un gran sentimiento de culpa, convencida de que, maldiciendo a Dios, había cometido un pecado imperdonable. Su depresión era una neurosis eclesiogénica en una personalidad obsesivo-compulsiva. (Cumbee)

Otra reacción frente a esas caricaturas de Dios podría ser la de E. Galeano, que escribía en *El País* hace unos años: «El catecismo me enseñó, en la infancia, a no hacer el mal, por miedo. Dios me ofrecía recompensas y castigos, me prometía el cielo y me

amenazaba con el infierno; y yo creía y temía. Han pasado los años. Yo ya no creo ni temo. Y en todo caso pienso: si merezco ser asado en la parrilla a eterno fuego lento, que así sea...» Éste es el caso de muchos de sus contemporáneos, como Ángel González, ateo bondadoso, gran poeta y académico de la lengua: «Yo he creído de niño –ha dicho–, porque mi madre era muy religiosa; pero en la adolescencia llegué a la convicción de que no había nada que hacer. Siempre he sido bastante racionalista, y las cosas no me casaban. Lo que yo observaba en la guerra civil no tenía nada que ver con ese mundo ordenado, con ese Dios premiador de los buenos y castigador de los malos».

Por eso es tan importante identificar y, por así decirlo, desenmascarar esas creencias espúreas y patógenas. Desgraciadamente hay muchas, y las más de ellas giran en torno al tema central de la religión, Dios. Por ejemplo, creencia en el «dios» en el que Juan Arias no cree, ni yo tampoco:

- ☐ un dios que pilla al hombre por sorpresa en un pecado de debilidad...
- ☐ que ama el dolor y el sufrimiento...
- ☐ que siempre nos está previniendo contra los gozos humanos...
- ☐ que juzga con sólo un libro de reglas en sus manos...
- ☐ que es incapaz de sonreír indulgentemente ante muchas de las torpezas del ser humano...
- ☐ que le gusta condenar...

- ☐ que envía a la gente al infierno...
- ☐ que exige que un hombre deje de serlo para poder tener fe...

Perfil del dios de la teología del gusano

En cursillos hemos invitado a los asistentes a compartir con el grupo aquellas creencias religiosas disfuncionales que hayan observado en sí mismas o en otras personas. Después de releerlas reflexivamente, hemos compuesto el siguiente perfil del dios de la «teología del gusano», que puede provocar en las personas que le adoran un sentimiento de ser «gusanos indignos» en vez de «hijos dignísimos», de ser «párvulos permanentes» sin llegar a ser adultos capaces de pensar y tomar decisiones en materias religiosas por su cuenta, a la luz del evangelio y de su conciencia. He aquí el perfil:

- ☐ Es el dios justiciero, violento y vengativo que impone castigos increíblemente duros y perdurables si no se le obedece; que inspira miedo, terror.
- ☐ Es el dios discriminador y racista que favorece y protege a unos (su pueblo elegido, sus fieles) y no a otros (los infieles, los pecadores, los paganos).
- ☐ Es el dios que impone normas rígidas de conducta sin permitir a sus adoradores que las cuestionen personalmente.
- ☐ Es el dios que exige sangre y sufrimiento de sus «hijos» y de su «Hijo» para aplacar su majestad

ultrajada por los pecados y desobediencias de sus criaturas.

- ❑ Es el dios que se hace representar en la tierra por estructuras institucionales frecuentemente autoritarias y coercitivas, travestidas todavía con ropajes y gestos pertenecientes a un pasado imperial ya periclitado, en vivo contraste con la figura sencilla y popular, libre y cercana de Jesús de Nazaret.
- ❑ Es el dios que, pudiendo, no impide el sufrimiento de los inocentes; el dios que envía o, por lo menos, permite catástrofes naturales, hambrunas, masacres, enfermedad y muerte.
- ❑ Es el dios que interviene «milagrosamente» en favor de unos pocos que se lo piden con mayor o menor fervor, aunque no la haga en favor de otros muchos –la mayoría–, se lo pidan o no.
- ❑ Es el dios que delega su autoridad suprema en la tierra exclusivamente en varones (apóstoles, papas, obispos, clero) que han mantenido y mantienen en un segundo plano a las mujeres, como si fueran ciudadanas de segunda categoría en el Reino de Dios; en varones, teóricamente célibes, que parecen tener miedo a la mujer y al sexo y, sin embargo, dictan normas detalladas y rígidas sobre estos temas.
- ❑ Es el dios que, si no estamos dispuestos a manifestar nuestros pecados más íntimos y vergonzosos, a humillarnos y reconocernos «sucios y despreciables como gusanos» ante otro ser humano (aunque sea sacerdote), no nos perdona magnánimamente.

- ❑ Es el dios que condena a toda la humanidad (¡se dice pronto...!) a una vida plagada de sufrimientos por la desobediencia de nuestros primeros padres;

Invitamos al lector a que añada él otros rasgos a este perfil, que, por cierto, no coincide ni de lejos con el Dios de Jesús de Nazaret. Desarrollemos el sentido negativo y deshumanizador de algunos de estos rasgos.

El paraíso perdido

Pocas páginas de la Biblia son tan conocidas en nuestra cultura occidental como la historia de la creación. Los grandes pintores del Renacimiento –Miguel Ángel, por ejemplo, en la Capilla Sixtina– las han traducido en obras inolvidables que han quedado grabadas en nuestro subconsciente colectivo. Muchos de nosotros podemos evocar fácilmente la imagen de nuestros primeros padres, mínimamente cubiertos con una hoja de parra, cabizbajos y cariacontecidos, y del ángel deslumbrante que, blandiendo una espada flamígera, les expulsa del paraíso por orden inapelable del mismo Dios que les había creado a su imagen y semejanza.

Conozco a creyentes sinceramente practicantes –además de inteligentes, cultos y cultivados en muchas áreas de sus vidas– que se asombrarían si les dijeran que el hermoso y estremecedor relato del Génesis es un mito, en el mejor sentido de la palabra. Un mito

que hoy no podemos leer literalmente, pero que está cargado de sentido religioso y nos enseña simbólicamente profundas verdades acerca de Dios, última y única fuente de todo cuanto vive y existe, incluido el ser humano –varón/mujer–, nacido del Amor y destinado al Amor, creado a imagen y semejanza de Dios, llamado a ser «como Dios», agraciado con el don de la libertad, un don de doble filo que le permite elegir entre el bien y el mal. ¿Y qué hay del pecado original que nos enseñaron en el colegio?, preguntarían.

Del pecado original, tal como probablemente lo entendieron en el Colegio hace unos treinta años, ha dicho el veterano periodista Eduardo Haro Tecglen (a quien admiro por el talante combativo y el estilo incisivo de sus columnas), con estas o parecidas palabras, que es la doctrina más degradante y vejatoria jamás pronunciada sobre el ser humano. Y no anda del todo descaminado, teniendo en cuenta que no parece haber consultado a teólogos católicos contemporáneos.

Quiero decir que sería degradante si siguiéramos entendiéndola tal como se nos explicó antaño, basándose en una deformada lectura del mito bíblico de la creación, con el árbol, la fruta y la serpiente envenenando la recién estrenada belleza del paraíso terrenal felizmente habitado por Adán y Eva. Una lectura deformada –y no olvidada todavía en la práctica– que, según Torres Queiruga en *Otra manera de creer* (p. 20), transmite «la idea terrible de que los pavorosos males del mundo son un “castigo divino” por la falta histórica cometida por nuestros antepasados. Con lo cual, en el inconsciente colectivo se están marti-

llando dos concepciones monstruosas: a) que Dios es capaz de castigar de una manera tan horrible; y b) que lo hace con miles de millones de descendientes que no tienen la más mínima culpa en aquella supuesta falta...» Así pues, «en última instancia, si hay mal en el mundo, es porque Dios lo quiso y lo quiere, puesto que el paraíso es posible en la tierra. De ese modo sigue viva la creencia general de que el sufrimiento, la enfermedad y la muerte vienen de una decisión divina, aunque sea en la forma de castigo».

La historia de la creación no nos enseña que todos los males del mundo fluyan como implacable castigo divino de ese primer pecado como de su origen. Ni tampoco que nazcamos con esa «mancha» genéticamente heredada de nuestros padres –que a su vez la heredaron de los suyos– y que nos inclina congénitamente al mal. No. Recuerdo y comprendo el horror del joven Miguel, que, asistiendo como padrino al bautismo del hijo de un amigo, escuchó por primera vez los horripilantes exorcismos que se solían fulminar sobre el inocente bebé mientras dormía plácidamente durante la ceremonia. Ya no es así, gracias a Dios, pero parece increíble la credulidad y sumisión, o tal vez ignorancia religiosa, de nosotros, los creyentes de aquellos tiempos.

Porque esto se ha predicado en Misiones Rurales y en Ejercicios Espirituales de antaño. Esto se me ha predicado y enseñado a mí, y lo he predicado yo mismo, y la verdad es que lo lamento y pido perdón (aunque yo ya me he perdonado a mí mismo, porque no sabíamos lo que hacíamos). Los creyentes olvidamos

a veces que, aun dentro del mito bíblico de la creación, la bondad original y radical del ser humano es anterior al pecado original de nuestros primeros padres, creados para la felicidad simbolizada por el Paraíso.

Me ha impresionado mucho leer hace muy poco (Junio 2000) las valientes declaraciones de una conocida y ejemplar familia española y creyente de nuestros días, azotada por enfermedades duras, dolorosas e incurables. La madre, movida por sus entrañas maternas, pedía a Dios que le pasase a ella la enfermedad de su hija. La hija se preguntaba por qué le tenía que tocar a ella, habiendo tantas personas peores. Siendo una mujer buena y feliz que no había hecho mal a nadie, se preguntaba: «¿Por qué Dios me manda esto?» Pues de verdad creía que Dios se lo había mandado y que, además, debería darle gracias (como le sugirió un sacerdote) porque se lo había mandado en un momento en que su enfermedad se podía curar.

No todos aceptan con la misma ecuanimidad la enfermedad y/o la muerte de seres entrañablemente queridos que, según ellos, les ha mandado Dios. Algunos, y no sin razón, se rebelan, como expresa Antonio Machado en versos inolvidables:

«Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar».

Si, como parece creer el autor de este clamor tan humano, Dios le ha arrancado lo que más quería, tiene razón en quejarse y rebelarse. También yo me rebela-

ría si lo creyese así. Pero no lo creo. Hoy me parece mucho más coherente y respetuosa con el Dios-Amor del Evangelio la actitud de un amigo que, en el dolorosísimo trance de ver morir a su madre, no se le ocurrió pedirle a Dios que la curase, pues creía que Él ya estaba haciendo todo lo posible y tenía más interés por ella que el más amante de los hijos. Actitud que no le ahorró el dolor de su pérdida, pero que le procuró el sentimiento profundo de sentirse arropado y acompañado por Dios en su dolor.

El dios sádico

Uno de los rasgos más siniestros de la «teología del gusano» es el sadismo que, de manera más o menos consciente, se atribuye a Dios. De ahí el título del libro *El dios sádico: ¿Ama Dios el sufrimiento?*, de François Varone, respetado teólogo católico y rector que fue del seminario diocesano de Sion, Friburgo, Suiza, donde examina críticamente como teólogo y desde su fe cristiana el gran tema de la salvación por Jesucristo, artículo de la fe en la que todos hemos sido educados como fieles católicos: «Jesús murió por nuestros pecados» o «Hemos sido salvados por la sangre de Jesús».

La interpretación tradicional, que se remonta a San Agustín, San Anselmo y su escuela, y de la que quedan vestigios todavía en la liturgia y la catequesis –y algo más que vestigios en la mentalidad religiosa popular–, se puede resumir en toda su crudeza como sigue:

Jesús nos salva, nos abre las puertas del cielo, con su sangre, es decir, sufriendo y muriendo cruentamente en el horroroso suplicio de la cruz, para satisfacer la justicia divina ultrajada por nuestros pecados, pues sólo los sufrimientos, en cierto modo infinitos, de su Hijo pueden aplacar la cólera del Padre.

Esta interpretación —en forma aún más cruda, si cabe— ha sido objeto de la predicación de misioneros insignes, como lo ilustra un estremecedor fragmento de los sermones de San Leonardo de Porto-Maurizio, citado por González Faus en su fascículo *Cristología elemental*:

«¿Qué es lo que condenó a Jesús a una muerte tan atroz? ¿Fue Pilato? ¿Fueron los escribas y fariseos? No, hermanos míos, no. Fue la Justicia Divina, que nunca quiso decir “Basta” hasta que le vio expirar sobre ese suplicio. El Salvador bondadoso agonizaba colgado en el aire de tres clavos, derramaba lágrimas de sangre, sangraba por todas partes. Pero la justicia inexorable decía: “Todavía no”. Su tierna madre lloraba al pie de la cruz, sollozaban las piadosas mujeres, gemían todos los ángeles y espíritus bienaventurados ante tan cruel espectáculo, pero la justicia, sin dejarse conmover, repetía: “Todavía no”. Y no dijo “Ya basta” hasta que no le vio exhalar el último suspiro. ¿Qué decís ahora, hermanos míos? Si la justicia divina ha tratado tan severamente al Unigénito del Padre sólo porque había tomado sobre sí nuestros pecados o, mejor, la sombra de nuestros pecados ¿cómo nos tratará a nosotros, que somos los verdaderos pecadores?»

(Fragmento de *Sermón para misiones*, de San Leonardo de Porto-Maurizio).

Comenta González Faus: «El Dios de estas cristologías es sólo el “Dios del miedo”. Y esa imagen habita todavía la cabeza de muchos que dicen creer en él». Y yo añado: si esto es lo que aquel santo pensaba de Dios, Dios nos libre del santo y de su dios, y pobres de los creyentes que le escucharon y se tragaron sus palabras sin chistar. Menos mal que el Dios de Jesús, y el nuestro, es un Padre/Madre infinitamente más bueno que el más bueno de todos los padres/madres que en el mundo han sido.

No es de extrañar, pues, que el mismo Varone comience así su libro: «¡Cuán molesta, inquietante y hasta repugnante resulta esa sangre de Jesús que, según se dice, nos salva! ¡Cuán indignante ese sangriento trato exigido por Dios, ese sacrificio necesario para apaciguarlo!». Tengo entendido que Gandhi, tan amante del Jesús de las Bienaventuranzas, también sentía indignación y rechazo hacia esta propuesta cristiana de satisfacción vicaria. Aplaudo a la niña de la que me cuentan que, no hace mucho tiempo, al oír en la catequesis de la confirmación que Dios había enviado a su Hijo Jesús al suplicio de la cruz por nuestros pecados, exclamó: «¡Mi padre nunca habría hecho eso conmigo!». «¡Pues no te confirmarás!», respondió rápida la catequista, que tal vez no tardara en arrepentirse de su precipitada respuesta.

Huelga decir que esta interpretación de nuestra salvación en Jesucristo perfila la aterradora imagen de un dios «sádico» que no queda satisfecho hasta que su propio hijo ha derramado la última gota de su sangre en expiación. Una imagen de Dios que, creída visce-

ralmente, internalizada a fuerza de oírla una y otra vez en sermones, ejercicios espirituales y literaturas «piadosas», sin atreverse a cuestionarla porque viene «de arriba», puede ser el origen de una vida espiritual presidida por el terror y la culpabilidad. Una espiritualidad terrorista.

Después de desenmascarar sistemáticamente esta interpretación crudamente satisfactoria y expiatoria de nuestra salvación, Varone procede con claridad y rigor a mostrar que:

«La revelación bíblica nos habla de algo muy distinto: el sacrificio de Jesús en la cruz ha de ponerse en relación con todo lo que le antecede —su actividad profética— y con todo lo que viene a continuación: la resurrección. No se trata, pues, de un mecanismo de compensación subyacente a la lógica de la salvación, sino de una revelación, de una iniciación a la vida, de una liberación del deseo».

En otras palabras, Dios nos sale al encuentro en Jesús y nos guía, sustenta y acompaña en el camino hacia la plenitud divina de vida y felicidad que todos deseamos y a la que todos estamos invitados. En palabras del Salmo 73:

«Pero yo siempre estaré contigo:
agarras mi mano diestra,
me guías según tus planes
y me llevas a un destino glorioso»

4

Otras «neuras» religiosas

Culpabilidad neurótica

«De todas las zonas erróneas del comportamiento, la culpabilidad es la más inútil, la que despilfarra más energía emocional, porque te sientes inmovilizado en el presente por algo que ya pasó»

(W.W. DYER)

Viktor Frankl, famoso psiquiatra y autor de *El hombre en busca de sentido*, trataba a una religiosa carmelita descalza que sufría una depresión endógena debida a una disminución del 28% en su metabolismo básico. Ella reaccionaba a su depresión somática con un sentimiento de aguda culpabilidad; se sentía culpable por estar enferma y se sentía deprimida por estar deprimida; creía que, como cristiana y como carmelita, había fracasado por verse incapaz de superar la depresión por sí misma; su fe, pensaba, era demasiado frágil.

Frankl, como médico que era, le explicó pacientemente que hasta el cristiano más auténtico y fuerte en su fe podía sufrir una depresión somatogénica. Ella aceptó su explicación, dejó de luchar contra la depresión y comenzó a ver que se trataba de una enfermedad como cualquier otra, que podía ser superada con

la ayuda de Dios... y del médico. Pero un día fue a visitarla un sacerdote, que le dijo: «Hermana, usted debería abandonar el monasterio, porque una buena carmelita nunca puede estar deprimida». Su superimpuesta depresión psicogénica reapareció. El sacerdote había añadido una culpabilizadora depresión eclesiológica a la endógena que ya padecía.

Esta neurosis, no siempre eclesiogénica, consiste en un sentimiento de culpa distorsionado, exagerado, destructivo y enfermizo.

La persona así afligida *ve pecados por todas partes*; ve culpa donde objetivamente no la hay; se siente culpable por acciones, pensamientos y sentimientos que no son realmente malos o pecaminosos. Sería el caso —en otros tiempos— de innumerables escrúpulos relacionados con el rezo del breviario, con la misa, la comunión, la confesión, los malos pensamientos, etc. Lo verdaderamente penoso es seguir todavía hoy encontrándose con personas de buena voluntad como un sacerdote (inteligente profesor universitario, por lo demás) a quien yo conocí no hace muchos años y para quien el rezo del breviario se había convertido en una verdadera tortura, en su esfuerzo por pronunciar clara y distintamente cada una de las sílabas del texto, como mandaban las reglas bajo pena de pecado.

Estas personas exageran la magnitud *de sus errores y delitos*, continúan lamentando sus faltas y pecados indefinidamente, mucho tiempo después de que hayan ocurrido, sin acabar nunca de perdonarse. Por un error o pecado que hayan cometido, «descuentan» de su «haber espiritual» todos sus comportamientos acerta-

dos y honorables. Se sienten «sucias», se dan «asco», en palabras de una de ellas. La metáfora de la «mancha», aplicada al pecado, se puede malentender y puede lastimar seriamente la autoestima del pecador.

«Las acciones pueden ser buenas o malas;
las personas, sólo buenas»

(TONY DE MELLO)

Estas personas *se descalifican globalmente*, pierden el respeto hacia sí mismas, se desprecian. Es como si se dijese: «Soy mala, indigna y despreciable por haber hecho esto o lo de más allá, y merezco los eternos y horribles castigos decretados por Dios en su infinita justicia para los pecadores como yo». Algo así parecía pensar Frank McCourt cuando nos cuenta en *Lo es* que no se atrevía ir a confesarse, por miedo a ser excomulgado, y pensaba que para salvarse lo mejor sería morir aplastado por una piedra caída de lo alto de un edificio, o atropellado por un camión, eso sí, con el tiempo justito para hacer un acto de contrición perfecta y así librarse del infierno.

Esta culpabilidad neurótica suele hacer acto de presencia cuando la persona piensa, habla o actúa violando una obligación real o imaginaria. Y a menudo va acompañada de la sensación de estar siendo vigilado por un *Ojo crítico* interno que te espía, observa tus vivencias más secretas, te juzga, te desprecia y te condena. Un ojo interno que fácilmente se proyecta en Dios, un dios vigilante, vengador y primitivo, impredecible y caprichoso. Una caricatura de Dios.

Creencias de este tipo, inculcadas en la niñez y la adolescencia, pueden permanecer latentes y reaparecer inesperadamente años más tarde. Rigoberto, que había padecido crisis de escrúpulos siendo seminarista, dejó el seminario, cursó brillantemente una carrera universitaria, se casó con una mujer inteligente y buena, y formaron una familia ejemplar, en la que imperaba un clima de afecto mutuo, de comunicación, de hospitalidad, de sensibilidad hacia los problemas que aquejan a nuestra sociedad (drogadicción, SIDA, ecología, etc.). Pero su mujer y sus hijos se declaran no creyentes, y Rigoberto, que se considera creyente y razonablemente practicante, siente de repente, a sus casi cincuenta años, un feroz ataque de culpabilidades y escrúpulos por, entre otras cosas, no haber sabido transmitir la fe a sus hijos, que son, por lo demás, excelentes personas. En esto se siente un fracasado y necesita tratamiento psiquiátrico y apoyo psicológico. Tiene que interrumpir su trabajo y, encima, se siente mal por sentirse mal.

Este ejemplo, real y reciente, ilustra el arraigo de ciertas creencias religiosas introyectadas en la niñez y la adolescencia, y quizá nunca cuestionadas con lucidez y contundencia.

Otro ejemplo reciente de lo arraigadas que están a veces las creencias religiosas malsanas inculcadas en la niñez: Roberto, destacado profesional de la ingeniería, sensato e inteligente creyente y practicante, me contaba que de niño se crió en un pueblo. Era listo, y con sólo seis años ya se había aficionado a la lectura.

El párroco le daba libros «piadosos» plagados de ejemplos aterradores de reinas que, después de cuarenta años de reinado en la tierra, eran condenadas al infierno por toda la eternidad; de niños condenados al fuego eterno por un solo pecado mortal no confesado... Eran tantos y tan variados los pecados posibles, que el niño vivía y hasta soñaba con el terror de su propia condenación.

Con los años, Roberto superó este estado de intranquila conciencia infantil; pero todavía hoy, cincuenta años después, de vez en cuando tiene pesadillas en las que ve a una muchedumbre entrando en el cielo, y a sí mismo corriendo desesperadamente en la dirección opuesta, en busca de un confesor que le absuelva de sus pecados para poder entrar en el cielo.

Conviene distinguir entre el sentimiento de culpabilidad malsano del que estamos hablando y un sentido de culpa sano, propio de la persona madura que asume y acepta la responsabilidad por sus actos desafortunados y nocivos, lamenta el daño que haya podido hacer a otros y a sí misma e intenta mejorar su conducta en el futuro, sin caer en los excesos y distorsiones de la culpabilidad neurótica.

También se da la *carencia neurótica de sentimiento de culpa* en ciertos delincuentes sociópatas, como aquel mafioso que asesinaba sin escrúpulos a quien su «capo» le ordenaba, pero que lloraba desconsoladamente por haberse olvidado de comprar flores a su mujer en el día de su cumpleaños. O como Hannibal, el psicópata de la película *El silencio de los corderos*, o algunos personajes del cineasta Tarantino a quienes

no les importa matar, como tampoco les importa violar y matar, una y otra vez, a ciertos desequilibrados que aparecen con cierta regularidad en la prensa.

«Un sentimiento de culpa auténtico y sano forma parte de lo que significa ser una persona madura; es una dimensión de la condición humana. La respuesta a esta culpa está en el proceso de perdonar que conduce a la reconciliación»

(D.W. CUMBEE)

Síndrome de Urías

«Ha muerto también tu siervo Urías, el hitita»

(2 SAMUEL 11,21)

Leemos en el Antiguo Testamento que el Rey David, enamorado apasionadamente de Betsabé, de la que ya estaba esperando un hijo, decidió quitarle en medio a su marido Urías, general fidelísimo del ejército real. David envió a Urías a la primera línea de batalla e instruyó a sus oficiales y soldados para que lo abandonasen ante el enemigo y muriera. Y así ocurrió. Aquellos camaradas, que habían sido su apoyo y dependían unos de otros para protegerse mutuamente y mantenerse firmes en el fragor de la pelea, de repente retroceden y dejan a Urías aislado e indefenso frente a sus enemigos. Urías, antes de caer mortalmente herido, debió de sentirse abrumado por una mezcla de con-

fusión, incompreensión, traición, abandono, temor y desesperación.

Este relato es como una parábola, nos dice Cumbee, de la experiencia de bastantes cristianos de nuestros días. En momentos de crisis personal y/o espiritual, buscan apoyo, acogida y ayuda en los grupos eclesiales a los que pertenecen (podría ser una parroquia o una comunidad religiosa, por ejemplo) y, lejos de encontrarla, se sienten incomprendidos, marginados y hasta rechazados. Sólo encuentran moralismo, activismo, institucionalismo, teologismo... Como Urías, se sienten abandonados por aquellos de quienes más apoyo esperaban. Algunos así afligidos por el «síndrome de Urías» se ven en la necesidad de recurrir a la psicoterapia.

Carl Jung, en uno de sus libros más personales (*Recuerdos, sueños, pensamientos*), describe la batalla interior de su propio padre, pastor protestante: «En cierta ocasión —escribe— le oí orar. Había luchado desesperadamente por mantener su fe. Me sentí profundamente afectado y airado a la vez, porque le veía irremediabilmente atrapado por su iglesia y su pensamiento teológico. Le habían interceptado todos los caminos por donde podría haber accedido a Dios más directamente y, luego, le habían abandonado a su suerte». Fieles y pastores así afligidos, fácilmente sucumben a una depresión eclesiogénica, afirma Cumbee, que ha tratado casos de este tipo.

Como Kurt, un estudiante de teología de origen alemán. A sus 38 años, casado y con dos hijos, había trabajado durante varios años como ingeniero civil

antes de ingresar en el seminario. Antes de acabar los estudios y ordenarse, fue invitado por una comunidad cristiana de Nueva Inglaterra para que fuese su pastor provisional hasta que acabase su formación; una vez acabada, le prometieron, sería su pastor permanente. Todo fue bien durante el primer año: apreciaban sus sermones, respondían bien a sus actividades pastorales, y él se sentía feliz y pensaba que había encontrado su lugar en el mundo.

Hacia el final del segundo año, Kurt fue a ver a Cumbee en busca de ayuda; estaba confuso, desilusionado con su ministerio y muy deprimido. Había perdido el sueño y al apetito. Poco a poco fue explicando la historia. Hacia el final del primer año como pastor, tuvo algún conflicto con uno de los miembros del Consejo Pastoral de la parroquia. Habló de este conflicto con el presidente del Consejo, quien no dio importancia al asunto. De hecho, le felicitó efusivamente por su trabajo pastoral y su manera de llevar el conflicto.

Semanas más tarde, Kurt comenzó a percibir cómo algunas personas de la parroquia se mostraban frías y distantes con él, que intentó afrontar del mejor modo posible, respetuosa y sensatamente, la creciente oposición a su persona. Su confidente, el presidente del Consejo, quitaba importancia a lo que Kurt estaba padeciendo. Y, mediado el segundo año, comenzaron las críticas a su gestión, a su liderazgo, a sus programas pastorales. Algunos boicoteaban sus oficios litúrgicos y menospreciaban sus sermones. El número de personas de la parroquia que le apoyaban decrecía día a día.

Kurt no podía entender lo que estaba ocurriendo. ¡Todo había sido tan prometedor...! Sus expectativas y su dedicación a la tarea ministerial era lo más importante para él. ¡La acogida inicial de la gente había sido tan positiva, el sentido de comunidad cristiana tan fuerte...! Y ahora, por razones que él no acababa de comprender todo había cambiado en pocos meses. Su único punto de apoyo en aquella situación parecía ser el presidente del Consejo, su confidente, que seguía escuchándole con preocupación y perplejidad.

El golpe de gracia sobrevino cuatro días antes de su conversación con Cumbee. En una reunión del Consejo, el miembro con quien había tenido el conflicto propuso que la parroquia expresase su falta de confianza en el liderazgo pastoral de Kurt y declarase vacante el puesto de pastor al cabo de dos meses. Uno tras otro, los demás hablaron a favor de la propuesta, mientras Kurt permanecía petrificado en su asiento y en silencio. Por fin, se levantó a hablar el presidente, que había sido su confidente y de quien esperaba palabras de aliento y de defensa, pero no fue así. El presidente se identificó claramente con la oposición y pidió a Kurt que dimitiese «para evitar mayores problemas a la parroquia». Y así se hizo.

Kurt refirió a Cumbee un sueño que había tenido la noche anterior. Se veía en la última sesión del Consejo. El presidente hablaba a los allí reunidos, a la vez que avanzaba hacia donde Kurt estaba sentado y, sin previo aviso, sacaba un cuchillo del bolsillo y se lo clavaba en la espalda a Kurt. Su experiencia era la de haber sido «deslealmente abandonado» por la parro-

quia y, en particular, por alguien en quien él había depositado su confianza. Su desilusión, su perplejidad, su rabia reprimida y su sentimiento de haber sido traicionado eran abrumadores. Su confianza en la iglesia institucional y en sí mismo se había hecho añicos. Evidentemente, concluye Cumbee, experimentaba el síndrome de Urías, y su depresión era predominantemente eclesiogénica.

Esto ocurría en los Estados Unidos, pero puede ocurrir y ocurre igualmente en nuestro país. Un seglar le decía al teólogo Torres Queiruga (*Clérigos a debate*, p.225): «En el drama que muchos sacerdotes viven, o íntimamente en una situación de casi neurastenia, o públicamente en la rebelión o la ruptura, la responsabilidad de la jerarquía, igual que la de los simples fieles, es grande, pues estos hombres, a los que el episcopado y el pueblo cristiano condenan con severidad y altanería, se cuentan a menudo entre los mejores... El episcopado y el pueblo cristiano, cada uno a su manera, *los dejaron solos en el duro combate que tuvieron que librar contra sí mismos y con su entorno*» (la cursiva es mía).

Durante un cursillo reciente con un grupo de jóvenes cristianos de ambos sexos, éstos me decían: «Hemos crecido y nos hemos formado en la parroquia como niños, adolescentes y jóvenes, participando activamente en todo tipo de actividades parroquiales. Todo iba bien hasta ahora, cuando, al filo de los treinta años, nos sentimos fuera de lugar, ya no se cuenta con nosotros, no encontramos la comprensión de antes... y, claro, nos vamos distanciando». Sin echar la

culpa a nadie en particular, creo que esta situación tiene puntos de semejanza con el síndrome de Urías.

Y también me lo parece esta otra, vivamente descrita por Mercedes Navarro en *Siete palabras* (p. 40), donde habla de una joven religiosa inquieta, inteligente y luchadora: «Vivía momentos duros en el avanzado posconcilio. Su lucidez y su osadía no eran comprendidas. Se la temía y a la vez se la buscaba. Resultaba sospechosa. Se la marginó, y a nadie le preocupó que no pudiera resistir. Se le oscureció la vida y afloró una profunda angustia por la muerte... angustia que, en clara contradicción con el evangelio, le decían, era contraria a Dios y a la realidad humana».

Infantilismo eclesial

«Debe reconocerse a los fieles, tanto clérigos como laicos, la justa libertad de investigación, de pensamiento y de hacer conocer humilde y valerosamente su manera de ver en los campos que son de su competencia»

(*Gaudium et Spes*, 62)

Esta alentadora proclamación del Vaticano II dista mucho de haberse hecho plena realidad en el pueblo de Dios. Todavía hay demasiados cristianos de buena fe y mejor voluntad que no se atreven a pensar por su cuenta como adultos responsables y a dar a conocer valientemente su modo de ver, por malentendido respeto, o quizá por miedo a las sanciones de las autoridades competentes, y se ven afectados por una «neu-

rosis eclesiogénica» –a nuestro entender, una de las más graves– que vamos a llamar *infantilismo eclesial*.

Se trata de una actitud mental/emocional que mantiene a la persona en un estado de dependencia infantil con respecto al paternalismo autoritario de ciertas figuras, estructuras y enseñanzas de la institución eclesial y de sus representantes.

Como concluye Fernández Martos en el artículo antes citado, «en la pérdida silenciosa de la fe de muchos creyentes ha intervenido de una manera muy decisiva el autoritarismo, en todas sus versiones y consecuencias, de la Iglesia. Ha predominado el representante de la autoridad, de reserva impenetrable, sin cercanía, confianza o familiaridad. Su dogmatismo ha impedido el desarrollo armónico de la afectividad y de la agresividad. Como consecuencia, hemos obtenido cristianos dependientes, pasivos, angustiados, acrílicos e infantiles. El buen cristiano ha sido demasiadas veces el “buen ciudadano” que no contesta, que no desafía, que no indaga, que no es subversivo, que no reclama, que no reivindica... Algo querría decir Jesucristo al prohibirnos llamar a nadie padre entre nosotros (Mt 23,8-11)».

Esta actitud comprende:

- Carencia de autonomía legítima para decidir sobre problemas éticos o religiosos (la limitación de la natalidad o la paternidad responsable, por ejemplo).
- Sumisión servil, impropia de un adulto, a las autoridades religiosas, en vez de una actitud de sana

madurez e independencia, o de una asertividad responsable basada en el mutuo respeto.

De donde resulta:

- Una insuficiente comunicación de adulto a adulto, entre fieles y clero, entre el clero y sus obispos, entre los obispos y el papa (alguien ha alertado, no sin razón, del peligro de «papolatría»).
- Tabúes y prohibiciones impuestas y «aceptadas» sin ser del todo entendidas, sin saber bien por qué, y que por eso mismo fomentan conflictos internos no resueltos y tensiones estresantes, como consecuencia de la represión o de la supresión brutal de impulsos naturales e instintivos hacia el placer o la independencia.

Ilustremos estas ideas resumiendo un ejemplo detalladamente descrito por Solignac. Se trata de un joven profesor de física de 26 años que le consultó acerca de su impotencia sexual. El doctor le examina concienzudamente y concluye que el problema no es de origen orgánico. Entonces exploran juntos la educación religiosa y sexual del paciente, a quien llamaremos Anacleto.

Anacleto recapitula así la educación religiosa y sexual recibida y acríticamente asumida por él:

1. Dios está en todas partes y nos vigila en todo momento. En el Día del Juicio nos pedirá cuenta de todos nuestros actos, aun de los más ocultos. Su confesor le repetía: «Dios te está mirando y juz-

- gando. Piensa en los sufrimientos de Cristo en la cruz. Hemos de morir a nosotros mismos».
2. Es nuestro deber esforzarnos por ser perfectos como Dios es perfecto.
 3. Debemos olvidarnos de nosotros mismos y sacrificar nuestros deseos y necesidades en aras de los deseos y necesidades de los demás.
 4. Debemos desconfiar de nuestros instintos y mantenernos en estado de continua alerta, porque Satanás nos ronda para seducirnos y perdernos.
 5. La masturbación es un acto intrínsecamente malo y prohibido. Cuando, a los 7 años, su madre le sorprendió tocándose inocentemente los genitales, le amonestó severamente: «Te prohíbo terminantemente tocarte eso, pues es un pecado mortal y tienes que confesarlo». Continuó haciéndolo, pero con un sentimiento de terror a condenarse eternamente.
 6. También es pecado quitarles las bragas a las niñas. Cuando tenía 10 años, había estado en el jardín jugando con dos amigos y sus hermanas; al volver a casa, su madre le preguntó: «¿Les has quitado las bragas a las niñas? Si lo has hecho, tienes que confesarte».
 7. Es moralmente peligroso andar en paños menores en presencia de amigos, pues puede provocarles malos pensamientos. En una ocasión le castigaron por este «pecado».
 8. Cuando tenía 14 años, su padre le aconsejó: «No te fíes de las chicas; y cuanto más inocentes parezcan, menos: éstas son las peores».

9. El único método de control de natalidad moralmente permisible, les inculcaba un sacerdote amigo de la familia, es el Ogino.

No es de extrañar que Anacleto viviese, como él mismo confesaba, en un estado de ansiedad y angustia continua, que nunca se sintiese capaz de dar la talla y que se culpabilizase por cualquier nimiedad. No había aprendido a vivir como persona autónoma y madura, ni a pensar y decidir responsablemente por cuenta propia en materias de religión y de moral. No había desarrollado un sistema de valores y creencias propio y personal. Nunca se había cuestionado valientemente los principios que le habían inculcado. Malvivía agobiado por una rígida programación religiosa y moral de la que todavía no se había liberado a los veintiséis años.

Es posible que algunos de nuestros lectores o lectoras mayores de cincuenta años reconozcan en el catálogo de Anacleto algunos de los rasgos de la educación religiosa que ellos o ellas recibieron en su adolescencia y que tal vez ya hayan superado sin tener que abandonar el seno de la Iglesia, que tantos valores humanos y espirituales, auténticamente evangélicos, tiene que ofrecernos. También es posible que no los hayan superado del todo y sufran todavía de ese infantilismo eclesial del que estamos hablando.

Pienso que con frecuencia el infantilismo de «los de abajo» es activado por el paternalismo autoritario (duro o blando) de «los de arriba», que, a su vez, también es disfuncional, pues puede encubrir mucha

ansiedad, seguridad y miedo. «¿A qué tiene miedo la Iglesia?» es el acertado título del artículo de un conocido periodista hindú en respuesta a la advertencia oficial de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre los escritos de Anthony de Mello.

El autoritarismo y dogmatismo (que no es lo mismo que autoridad y dogma) de la Iglesia-institución la ha llevado a decisiones sumamente peregrinas (como las llama Fernández Martos) que hoy ningún cristiano en su sano juicio se toma en serio:

- * Hasta León X no se condenó la proposición según la cual era «contrario a la voluntad del Espíritu que los herejes sean quemados».
- * Pío IX declaró en 1864 que «la Iglesia debe ejercer hasta el fin de los siglos no sólo su imperio sobre los hombres, sino también sobre las naciones y sus jefes supremos».
- * Pío X hablaba de «esa doctrina eminentemente perniciosa que querría hacer del laicado un elemento de progreso en el seno de la Iglesia».

El Concilio Vaticano II suscitó fundadas esperanzas de una Iglesia, el Pueblo de Dios, más igualitaria, más dialogante, más abierta a otras tradiciones religiosas, más plural, más tolerante con los que discrepan de sus enseñanzas oficiales. Y, de hecho, así lo ha sido en muchos casos. Hoy los teólogos hablan y escriben y publican con más libertad que antes del Concilio, y muchos fieles se sienten más libres para discrepar sin dejar de considerarse fieles hijos de la Madre Iglesia.

Los nacional-catolicismos son fenómenos aberrantes del pasado. ¡Gracias a Dios!

Pero últimamente se detectan signos de involucionismo. Eminentes teólogos que han sido apartados de sus cátedras en Facultades Eclesiásticas en diversas partes del mundo, por miedo tal vez a que su apertura teológica contamine la pureza doctrinal de los estudiantes. Consideraré solamente, y brevemente, el caso de los teólogos católicos de la India y de Anthony de Mello, a quienes conozco personalmente y con quienes he convivido durante bastantes años. Y lo hago porque pienso que un autoritarismo extemporáneo podría exacerbar esa neurosis eclesiológica que llamamos «infantilismo eclesial».

Pienso, desde mi percepción personal, que bastantes teólogos indios, tan inteligentes, cultos y profesionalmente preparados como los mejores de Europa y tan leales a su fe católica como el que más, se sienten como vigilados por los desconfiados ojos de «Roma» y poco comprendidos en sus esfuerzos titánicos por integrar nuestra fe en la cultura y las grandes tradiciones religiosas de su país; se sienten tratados a veces como ciudadanos de segunda clase, como «niños» en la palestra teológica de la Iglesia universal.

Anthony de Mello, jesuita nativo de la India, a pesar de su apellido portugués, orador memorable, autor de numerosos *best-sellers* internacionales, ha ejercido y ejerce un poderoso influjo en la renovación espiritual de innumerables cristianos y no-cristianos en todo el mundo. En Agosto de 1998, la Congregación para la Doctrina de la Fe publicó una «Notifica-

ción Oficial» en la que se advertía a los fieles que algunos de sus escritos discrepan de la doctrina oficial de la Iglesia. A muchos de nosotros, a quienes el benéfico influjo de su persona, de sus charlas y de sus escritos ha ayudado enormemente a explorar, sanear y profundizar nuestros valores humanos, cristianos y espirituales, esa «Notificación» nos dejó atónitos y perplejos. Parecía como si la Iglesia no se acabara de fiar de la madurez de sus fieles, de su capacidad de discernir lo que en su fe es realmente importante de lo que no lo es tanto. Se ha dicho acertadamente que el intento de de Mello fue luchar, como Jacob, a brazo partido con el misterio de Dios en sintonía con todas las tradiciones religiosas, tarea de primerísima importancia en nuestros días; muchas veces acertó, y otras se equivocó.

Y me pregunto: ¿no podríamos decir lo mismo del gran San Agustín? Muchas veces acertó, y otras se equivocó. Y otro tanto de lo mismo podemos decir de Santo Tomás de Aquino y, ya en el siglo XX, de Teilhard de Chardin. Pero no por eso se advierte a sus lectores del posible peligro de sus escritos para la fe.

Misoginia eclesial

«Es impropio de una mujer hablar en una asamblea, diga lo que diga. Aunque pronunciara cosas admirables o santas, no importa, ya que provienen de la boca de una mujer»

(ORÍGENES, siglo III)

Ésta es una muestra bastante típica de lo que algunos Santos Padres pensaban sobre la mujer en los primeros siglos del cristianismo. Lo peor es que se apoyaban en una lectura misógina de la Biblia. Una tradición misógina eclesial que todavía colea, aunque no con tanta incontinencia verbal, en nuestro siglo.

Cumbee nos habla de la falseada lectura misógina de Génesis 2,7 – 3,24, estudiada y denunciada por Phyllis Tribble en *God and the Rhetoric of Sexuality* (Fortress Press, Philadelphia 1978, p. 73) y sobre la que se apoya la interpretación tradicional de la superioridad del varón y la inferioridad de la mujer en las iglesias. Así, por ejemplo:

- Un Dios masculino crea primero al varón (2,7), y al final a la mujer (2,22); donde «primero» se interpreta como superior, y «al final» como inferior o subordinado.
- La mujer es creada por deferencia para con el varón, para ayudarle a aliviar su soledad (2,18-23).
- La mujer, contra natura, emerge del varón; es denegada hasta su función natural de parir, que aquí se otorga al varón.
- La mujer es la costilla del varón, dependiendo de él de por vida (2,21-22).
- La mujer, sacada del varón (2,23), tiene una existencia derivada, no autónoma.
- El varón da nombre a la mujer (2,23), y así tiene poder sobre ella.
- El varón dejará a la familia de su padre para constituir con su mujer otra unidad patriarcal (2,24).

- La mujer tienta al varón a desobedecer y, por tanto, ella es responsable del pecado en el mundo (3,6), es poco fiable, débil mental y crédula.
- La mujer es condenada a parir con dolor (3,16), un castigo más severo que la lucha del varón con la tierra; lo cual significa que el pecado de la mujer es más grave que el del varón.
- El deseo de la mujer por el varón (3,16) es una «maniobra» de Dios para asegurarse su fidelidad y la sumisión a su marido.
- Dios concede al varón el derecho a mandar sobre la mujer (3,16).

Huelga decir que esta interpretación NO es la aceptada hoy en día por la mayoría de los biblistas responsables.

También es verdad que en el Antiguo Testamento encontramos sentencias abiertamente misóginas, como ésta: «Anillo de oro en hocico de cerdo es la belleza en la mujer necia» (Prov 11,22), o como esta otra: «Más vale vivir en rincón de azotea que en posada con mujer pendenciera» (Prov 21,9); y bastantes más...

Dolores Aleixandre nos recuerda que en el Antiguo Testamento, escrito desde el punto de vista de los varones, «hay demasiados textos en los que la mujer se ve rebajada a la categoría de objeto, en un lugar social completamente inferior al del varón y estrictamente subordinada a él. Ya al nacer, su sexo era una mala noticia para la familia (Lev 12,1-5); pasaba su infancia y juventud sometida a su padre, que podía venderla para pagar sus deudas, y la daba en matrimonio a

quien le parecía (Jos 15,16; 1 Sam 18,17-19). No recibía instrucción y, al casarse, pasaba a pertenecer al patrimonio del marido, su dueño, junto con su casa, sus esclavos y sus animales (Ex 20,17). Su principal misión era parir muchos hijos y cuidar del hogar. Podía ser repudiada o lapidada si no llegaba virgen al matrimonio o si era sorprendida en adulterio (Dt 22, 20-22)... A lo largo del tiempo, se fue produciendo una relativa dignificación de su situación, pero siguió siendo equiparada a los miembros más marginados de la época: paganos, ignorantes, niños y esclavos» (*Mujeres en la hora undécima*, pp. 14s).

No es de extrañar que con esta «base bíblica» proliferara la misoginia en círculos religiosos. Es instructivo, en especial para el lector varón, tomar conciencia de esta lectura sesgada, deformada, deshumanizadora de la Sagrada Escritura, que es la que, en líneas generales, ha prevalecido en la Iglesia y entre el pueblo cristiano hasta hace bien poco tiempo.

Misoginia, comenta Cumbee, que puede degenerar, según su experiencia de psicoterapeuta pastoral, en depresiones eclesiogénicas entre mujeres que se sienten relegadas en la Iglesia a un status inferior por su condición de mujer. Y nos cuenta el caso de Brenda, mujer de 27 años con una más que digna formación universitaria y teológica y casada con un Pastor de la Iglesia Bautista. No tiene hijos y trabaja como asistente del capellán de una Universidad Estatal en los EE.UU. Ha estado crónicamente deprimida durante varios años, y el mismo Cumbee la trataba por depresión.

La historia de Brenda ha estado marcada por una difícil relación con su padre, que regía la familia con amenazas y ocasionales actos de violencia física. La madre de Brenda era sumamente sumisa a la prepotencia del marido. Brenda, aunque tenía un miedo hondamente arraigado a su padre, le plantaba cara de vez en cuando, y a veces el padre la pegaba. En la Universidad, Brenda conoció a Daniel, joven capaz, inteligente y sensible, que se preparaba para ser Pastor en su Iglesia. Se casaron, y su relación es razonablemente sana.

Brenda ha descubierto su vocación y quiere ser ordenada Ministro en la Iglesia Bautista. Su depresión parece estar arraigada en una autoestima muy baja, condicionada por su ambiente familiar. Pero al mismo tiempo está siendo alimentada por repetidas experiencias que ha tenido con la Iglesia institucional y sus representantes. Su marido, Pastor de una comunidad eclesial, se siente reconocido y afirmado tanto personal como profesionalmente. No así ella, a quien se conoce meramente como «la mujer de Daniel» y que percibe que muchos miembros de la comunidad la ignoran y critican, pues querrían que se comportase como lo hacen otras esposas de predicador.

Brenda ha hablado con dirigentes de su Iglesia sobre su deseo de ser ordenada, y todos ellos, con una sola excepción, la han desanimado, precisamente porque, siendo mujer, pocas comunidades —dicen— la considerarían apta para ser su pastor. Sólo en la Universidad donde trabaja se siente realmente aceptada como Ministro que resulta ser mujer. Otra fuente constante

de perplejidad para Brenda es el lenguaje sexista que predomina en la Iglesia institucional a la que pertenece. Es muy sensible a este hecho, que ella relaciona con el trato abusivo que recibió de su padre en la adolescencia. Y cuando expresa su desagrado ante este lenguaje, la respuesta que recibe suele ser la frialdad, el distanciamiento y el ridículo por sacarlo a relucir. Lo cual agudiza su depresión.

Tenemos, pues, un caso de neurosis depresiva reactiva, generada por una reacción excesiva a un conflicto interno. El conflicto de Brenda con su padre en el pasado es, ciertamente, parte de su depresión presente, nos informa Cumbee. Sin embargo, el conflicto interno (y a veces externo) que experimenta en el presente por ser mujer en un mundo religioso masculino es igualmente significativo. Cuando la misoginia religiosa es un importante factor en la depresión, podemos hablar apropiadamente de «neurosis depresiva eclesiogénica».

No todas las mujeres que hoy sufren las consecuencias de la misoginia eclesial de su entorno sucumben a depresiones clínicas como la de Brenda. Pero ello no significa que no sufran la discriminación por el hecho de ser mujeres en un mundo eclesial dominado por varones. Discriminación dolorosa y deshumanizadora que bien podemos llamar «eclesiogénica».

Consideremos algunos acontecimientos recientes. Hace bien poco, en este año 2000, el colectivo «Mujeres y Teología», con ocasión de su X Encuentro bajo el lema «En el corazón de la historia alumbramos con esperanza el jubileo», se propuso manifestarse públi-

camente por las calles de Madrid con sentido festivo para:

- Urgir a la Iglesia a que ponga fin a la situación de desigualdad e injusticia que sufrimos las mujeres y crear las condiciones que posibiliten vivir el júbilo del tiempo de Gracia y Liberación inaugurado por Jesús, el Cristo (Lc 4,21).
- Mostrar públicamente la riqueza de las mujeres en el mundo y en la Iglesia: «Nube de testigos». Cada una lleva una foto de una mujer relevante o desconocida, pero significativa, con una frase que la caracterice.

Así pues, nos cuenta una testigo presencial a la que estoy muy agradecido, el Domingo 26 de Marzo, a las 12,30, iniciamos la manifestación desde la Puerta del Sol. Animadas y contentas y ostentando una gran pancarta con el lema del encuentro, coreábamos distintas consignas en el recorrido, como «*Somos Iglesia, Pueblo de Dios*», y otra muy interesante: «*Dos pasitos p'adelante y uno p'atrás, en el Vaticano vamos a entrar*»...

¿Qué pasó al llegar a la Catedral? Teníamos un gesto muy significativo que hacer: detenernos en silencio frente a la puerta durante tres minutos, con una pequeña mordaza de lazos negros unos, y de color rosa otros, para colgarlos en la verja de la puerta. Expresión de cómo hemos estado en la Iglesia las mujeres, como la mayoría silenciada. Este día, en ambiente de Jubileo queríamos manifestarlo públicamente; pero cuál no sería nuestra sorpresa cuando vimos que se armó un verdadero altercado. Varias personas –sa-

cristán, guardias de seguridad, un sacerdote y una monja– zarandearon y golpearon a cinco mujeres en medio de una catarata de insultos. Nos preguntamos: ¿es delito poner unos lazos en la puerta de la Catedral? ¿Cómo interpretar eso de abrir la Puerta también a las mujeres en la Iglesia, en un Año Jubilar?

Al final, concluye la testigo, todo terminó bien en la Plaza Mayor con el *Manifiesto Final*, que resumimos por falta de espacio y que expresa claramente las reivindicaciones de la mujer, prestando especial atención a las que conciernen más directamente a la Iglesia:

«*Reconocemos con Júbilo el proceso de despertar y puesta en pie de las mujeres de todo el mundo, y somos conscientes de la deuda que la sociedad y las iglesias tienen con nosotras. Por ello trabajamos, especialmente en este Año Jubilar, para que nos sea RESTITUIDA LA TIERRA SAGRADA QUE NOS PERTENECE: la tierra de la palabra, del pensamiento, del poder, de la capacidad de decisión y de la presencia pública en la política, la economía y las iglesias.*

Por ello denunciemos: que la pobreza tiene cuerpo de mujer: de mujer negra, de mujer indígena, de mujer inmigrante, de mujer que asume sola la responsabilidad de los hijos e hijas, de mujer en paro, trabajadora del hogar...

Los silencios cómplices de la sociedad, las iglesias, y los medios de comunicación ante las situaciones de marginación, exclusión y violencia contra las mujeres y los pobres ...

La imagen patriarcal de Dios, que ha contribuido al dominio, la sumisión y la explotación de las mujeres, de la tierra y de las personas más pobres...

Los lenguajes excluyentes que aún utiliza la teología dominante...

Que los poderes eclesiásticos y clericales silencien a todas aquellas mujeres y hombres que disienten y denuncian pública y valientemente las situaciones de injusticia en el seno de la Iglesia Católica...

La exclusión de las mujeres de los lugares de formación, decisión y responsabilidad dentro de la Iglesia Católica...

Las políticas de control de la población y la natalidad, que arrebatan a las mujeres las decisiones sobre su vida reproductiva, su sexualidad y su derecho al gozo y la felicidad ...

... ..

Estamos luchando por: Rescatar nuestros propios recursos como mujeres, nuestro potencial de lucha, de organización y de poder...

Perder el miedo y salir a la calle para exigir nuestros derechos en la sociedad y en las iglesias...

... ..

Reestructurar las facultades de Teología; expresar y compartir la teología feminista que estamos elaborando...

Una nueva imagen de Dios, expresada también a través de símbolos femeninos, de la tierra, de la naturaleza...

El derecho a la reflexión crítica de nuestra tradición, y abordar estudios bíblicos desde ópticas de género...

Un nuevo rostro de la vida religiosa...

Desterrar del leccionario y la liturgia las lecturas que atentan contra la dignidad de las mujeres e incorporar un lenguaje inclusivo...

... ..

Otro ejemplo reciente. Leemos en un periódico, Enero 2000, que «la Iglesia obliga a colgar los hábitos a una popular monja británica que defiende el sacerdocio femenino». Se trata de Lavinia Byrne, perteneciente a la congregación religiosa de la Bienaventurada Virgen María. Muy conocida en el Reino Unido por sus programas radiofónicos de reflexión moral en la BBC, decidió abandonar el convento después de haber sido conminada por la Congregación para la Doctrina de la Fe a retractarse en público de sus ideas. Su libro, *La mujer ante el altar*, fue prohibido, y 1.300 ejemplares fueron confiscados por orden vaticana. «Las religiosas –dice Lavinia, según el periódico– realizan algunos de los trabajos más arriesgados de la Iglesia Católica, ya sea entre los necesitados o bien en hospitales, escuelas y universidades. Dudar de su integridad es demasiado fácil y mina su compromiso evangélico».

Para rematar esta sección, reflexionemos sobre este *Acto penitencial desde la mujer* que nos llega de Latinoamérica (1995):

- De la tradición de Tertuliano que nos llamó a las mujeres «puerta del demonio» y dijo que debíamos estar siempre de luto y en arrepentimiento

para que pudiéramos expiar la ignominia del primer pecado... LIBÉRANOS, DIOS.

- De la tradición de Clemente de Alejandría, que dijo que «nada es desgraciado para los hombres, ya que están dotados de razón; en cambio, sólo reflexionar sobre la naturaleza de la mujer trae vergüenza»... LIBÉRANOS, DIOS.
- De la tradición de Cirilo de Alejandría, que dijo que el sexo femenino es la «diaconisa de la muerte» y es particularmente deshonorado por Dios... LIBÉRANOS, DIOS.
- De la tradición de Juan Damasceno, que describió a la mujer como «la avanzadilla del infierno»... LIBÉRANOS, DIOS.
- De la tradición de Ambrosio, que dijo que la que no cree es mujer, y así debe ser nombrada por su sexo; la que cree, progresa hacia el ser masculino perfecto y, a la medida de la madurez de Cristo, se dispensa con el nombre de su sexo... LIBÉRANOS, DIOS.
- De la tradición de Tomás de Aquino, que dijo que las mujeres son hombres mal nacidos, son útiles sólo para la procreación... LIBÉRANOS, DIOS.
- Por la Iglesia, que no ha sabido aceptar el rostro femenino de Dios y que sigue fallando en cons-

truir una comunidad de hermanas y hermanos en justicia e igualdad, como Jesús nos reveló... PERDÓNANOS, DIOS.

OREMOS: Dios, Padre y Madre, fuente de la fuerza, la ternura y la valentía, perdónanos y ayúdanos a sanar esta ruptura que existe en la Iglesia. Recréanos y restáuranos para que vivamos como imagen tuya más plenamente. Amén.

5

De gusano a mariposa

F.F, mujer inteligente, valiente y creyente, aunque no militante feminista, nos cuenta, con este título, su odisea espiritual. Un testimonio que no necesita comentarios, pues habla por sí mismo.

«No está en mi ánimo culpar a nadie, más bien disculpar; lo digo con toda sinceridad, porque creo que, después de todo, yo he sido más afortunada que otros. Yo fui una de tantas niñas de la postguerra y de familia muy humilde. El primer colegio donde aprendí las tablas de multiplicar, los nombres de los ríos de España y las primeras oraciones, siempre las mismas y recitadas de rutina, era de monjas.

De aquella época recuerdo como en sueños, aunque no sé si lo decían ellas, esta frase: “Dios no quiere a las niñas malas, sólo quiere a las buenas”. También se nombraba mucho el infierno y las llamas. Una cosa que sí se me quedó grabada, a pesar de los años transcurridos, es que un día en que estaba jugando en la calle con otras niñas de mi edad, éramos muy pequeñas, vimos a lo lejos la negra y larga sotana que venía al colegio, y, cosas de niñas, dijimos: “Vamos a escondernos en el portal”. Al día siguiente, delante de

otras niñas, el sacerdote nos dijo: “¡Qué estaríais haciendo ayer que os escondisteis al verme!” Yo pensaba: “Estábamos jugando, no hacíamos nada malo”. Y me puse a llorar.

¿Qué aprendí en el aspecto religioso con las monjas? Las oraciones que rezábamos todos los días; que el Niño Jesús nació en un portal de Belén, el cual montaban cuando llegaba ese tiempo; las canciones a la Virgen en el mes de María; el Rosario; y que el Día del Domund había que dar dinero para que bautizaran a los chinitos y que no fuesen al limbo. Y poco más. Repito que no quiero ser dura ni juzgar a nadie, porque nadie puede enseñar lo que no sabe».

«Hay tanto de bueno en el peor y de malo en el mejor,
que es absurdo condenar a nadie»

(Proverbio hindú)

«Mas tarde me concedieron una beca y pude hacer el bachillerato elemental en otro colegio, también de religiosas, pero más avanzadas que las anteriores. En este colegio, que era más refinado, estudié una religión superior, pero que era, al fin y al cabo, la doctrina de la Iglesia (de entonces), y no la de Jesús. También aprendí que el borde de nuestras faldas tenía que tocar el suelo cuando nos arrodillásemos, que las mayores podían pintarse las uñas pero de color natural, que el velo para entrar en la iglesia debía llegar hasta casi la frente, que los “chicos” no se podían nombrar; como sexo masculino sólo existían los papás, los hermanos y los curas. Por supuesto, los bailes

“agarraos” eran pecado. Durante los Ejercicios espirituales no se podía hablar ni una sola palabra en todo el tiempo que duraban, y las confesiones... me daban pánico, eran un tormento. Resumiendo: formación religiosa entera y verdadera, NULA.

«El Dios que nos han predicado es un monstruo»

(A. DE MELLO)

«Más tarde, con mucho sacrificio de mis padres, estudié una carrera que ejercí durante unos cuantos años, y luego estudié otras cosas y encontré un trabajo en el que todavía sigo. Mientras tanto, conocí a los “chicos”, practiqué los bailes prohibidos, iba al cine con amigas y amigos, y todo ello con un sentido de culpabilidad al principio que, poco a poco, se fue endureciendo, hasta que llegó un momento en que desapareció, dejando paso a un “limbo” en la tierra, es decir, la nada espiritual, un dejarse llevar por la rutina. Iba a misa, también por costumbre, me agobiaba ver a los curas con sus pesadas casullas, me mareaba el incienso, no entendía nada porque las decían en latín, y el sermón, aunque se decía en castellano, tampoco lo entendía. Los sacerdotes gritaban mucho y hacían grandes gesticulaciones. Y sólo deseaba que se terminara pronto la misa. Me parece recordar, no sé si fue en esa época, que alguien, hablando sobre el Juicio Universal, decía que allí se dirán todos los pecados que hayamos cometido, y nuestros padres, hermanos, amigos, se enterarán de todo...»

«La Iglesia que yo amo es la que prefiere ser sembradora de esperanzas, más que espigadora de miedos»

(J. ARIAS)

«Dejé de ir a la iglesia.

Pasaron los años y, como ocurre en todas las familias, los más mayores poco a poco nos van abandonando, y nosotros empezamos a recapacitar y a pensar que un día también nosotros nos iremos, y ese peso (conciencia) que hay en el fondo de nosotros comienza a aflorar; y como no sabemos a quién acudir, porque pensamos que nadie nos entendería, o que seríamos mal recibidos, o que se nos negaría el perdón, la bola de nieve se va haciendo cada vez más grande, y sin haber cometido más pecados que los que cometen otras muchas personas, nos sentimos los seres más despreciables y rastreros de la tierra. Y cuando ya llevaba bastante tiempo sin saber qué rumbo tomar en este sentido, porque yo no conocía otra cosa que lo que había visto y oído, y con un miedo que era angustioso, un día me decidí a entrar en una iglesia, y me llamó la atención lo sencilla y acogedora que era.

Volví y presencié (sólo presencié) la misa, y me gustó. La homilía también me llamó la atención, porque ya era muy diferente de las que recordaba, pero no me dijo mucho, aunque para mí ya era bastante. Y al mismo tiempo me sentía una intrusa entre aquella gente tan digna y tan instruida en materia religiosa, y pensaba: “¿Qué hago yo aquí? Estas personas son buenas, participan de la misa, comulgan, hablan con los

sacerdotes como si hablaran con un amigo, y yo me encuentro sola porque no soy como ellos; si ellos supieran como soy, se apartarían de mí como de la peste. Yo nunca podré llegar a ser como ellos». Y me daban envidia. Y me sentí un gusano».

«No conozco a nadie que llore por estar dentro de la Iglesia y no esté ya dentro de ella»

(E. HEMINGWAY)

«Pero yo volví. Y lo hice a distintas horas, como si buscara algo que estaba dirigido a mí. Y al fin lo encontré en las palabras de confianza de un sacerdote que decía: “No tengáis miedo, porque vosotros sois muy importantes para Dios”. (¿Yo también?). Otro día dijo: “Lo más honrado que puede hacer el hombre es buscar, porque dentro de esa búsqueda está Dios”. (Sí, esto es para mí, y soy honrada porque estoy buscando)».

«El maestro no es el que te dice,
sino el que te despierta»

(A. DE MELLO)

«Y seguí yendo; y escuchándole comprobé que la Iglesia ya no era como yo la había conocido, y me enteré de que yo tengo un valor infinito para Dios».

«¿No tendríamos que decir a la gente
lo buenos que son, y así cambiarían?»

(A. DE MELLO)

«Al fin hice acopio de todas mis fuerzas y, exprimiendo mi memoria todo lo que pude para recordar lo de tantos años pasados, porque yo todavía pensaba que tendría que relatarlo y especificarlo todo, *como antes*, fui a descargar mi conciencia con él. (Tengo que decir honradamente que no fui por amor de Dios, sino por miedo a las llamas). Y cuando esperaba oír palabras duras y de reprimenda, *como antes*, escuché palabras de comprensión, de delicadeza, de ánimo, de bondad».

«La confesión es para darnos cuenta
de que el perdón ya está dado»

(A. DE MELLO)

«Ya no tenía miedo, ya no me sentía diferente a los demás ni les envidiaba, porque sabía que Dios confiaba en mí, que era mi amigo, que a mí también me creó por amor y que cuenta conmigo. Y yo era su hija pródiga. Y fui cambiando...»

«Nada ha cambiado, excepto mi actitud;
por eso todo ha cambiado»

(A. DE MELLO)

«Y me convertí en MARIPOSA. Era un gusano, y ahora me siento mariposa, no de las más bonitas y con bellos colores, pero mariposa al fin y al cabo, y sé que puedo volar».

«Hoy es el primer día del resto de tu vida»

(D. CARNEGIE)

«Y el resto de mi vida estaré agradecida al maestro que me despertó, que transformó mi miedo a las llamas en confianza y esperanza, y que me demostró que yo no soy ningún gusano».

«El agradecimiento es la memoria del corazón»

(J.B. MASSIEU)

* * *

Lecturas recomendadas

- ARIAS, J., *El Dios en quien no creo*, Sígueme, Salamanca 1986.
- CUMBEE, D.W., «Depression as an Ecclesiogenic Neurosis»: *The Journal of Pastoral Care*, vol. XXXIV (March 1980), pp. 254-267.
- FERNÁNDEZ MARTOS, J.M., «La Iglesia, ¿realidad patógena o psicoterapeutizante?»: *Sal Terrae* 797 (Octubre 1979), pp. 659-677.
- GROM, B., *Psicología de la religión*, Herder, Barcelona 1994.
- SOLIGNAC, P., *La neurosis cristiana*, Bruguera, Barcelona 1976.
- TORRES QUEIRUGA, A., *Creer de otra manera*, Sal Terrae, Santander 1999.
- VARONE, F., *El dios «sádico». ¿Ama Dios el sufrimiento?*, Sal Terrae, Santander 1988.

II

AUTOESTIMA Y EVANGELIO

«Ámate, Lucien»

«Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón...
y a tu prójimo como a ti mismo»

(LUCAS 10,27)

Aimé Duval, jesuita francés, fue un cantautor que en los años sesenta supo crear auténtica canción religiosa de inspiración popular, con la que alcanzó un éxito sin precedentes, y al que tal vez algunos de nuestros lectores recuerdan todavía. Motivado por lo que él mismo llamó «el frenesí de hacer el bien a los demás», viajaba por Europa y Norteamérica, de una ciudad a otra, de un estadio a otro, de un teatro a otro, cantando, acompañándose a la guitarra, con un estilo muy personal, lleno de encanto y de hondura evangélica. Cantando contra el hambre, contra el paro, contra la injusticia, contra la violencia y la opresión de los débiles... y esforzándose sin descanso en practicar lo que cantaba.

No es de extrañar que con el tiempo se sintiese profundamente cansado y, para animarse y no defraudar a las numerosas audiencias que le esperaban en todas partes, bebiera cada vez de manera más incontrolada.

Hasta que un día se dio cuenta, gracias a sus mejores amigos y no sin resistencia por su parte, de que se había vuelto drogodependiente del alcohol. Tuvo la valentía de ingresar en Alcohólicos Anónimos y prácticamente desaparecer de los escenarios.

Al cabo de los años y de su calvario particular, ya redimido del alcohol, tuvo otro gesto aún más valiente: escribió y publicó un libro cautivador en el que refirió con todo candor la historia de su enfermedad y de su recuperación: *El niño que jugaba con la luna* (Sal Terrae, Santander 1984), en cuya página 148 comenta con gran acierto y sencillez el mandamiento evangélico por antonomasia que encabeza estas páginas:

«Cuando pienso en mi dulce y bondadosa madre, sé que ella me enseñó a amar a Dios (aun sin hablarme de él) y a los demás; pero no me enseñó a amarme a mí mismo. Ni a defenderme.

Hoy pienso que estos tres amores (a Dios, a los demás y a sí mismo) deberían tener la misma intensidad.

Amar a Dios sin amar a los demás es beatería.

Amar a los demás sin amar a Dios (conociendo a éste) es falta de lógica del espíritu.

Amarse a sí mismo sin amar a los demás da lugar a un mundo inhabitable para los mejores de los hijos de los hombres; un mundo en el que la violencia acabará estrangulando a los que sobrevivan.

Amar a los demás sin amarse a sí mismo es una enfermedad que puede llevar al alcohol.

Ahora, sobrio desde hace catorce años, sé que mi felicidad depende del equilibrio entre estos tres amores».

Uno de los mensajes que más le impresionaron y ayudaron en su proceso de rehabilitación, fue lo que le dijo Pierre uno de sus amigos en Alcohólicos Anónimos: «Ámate, Lucien».

Aimé Duval, en el mundo de los alcohólicos, era «Lucien».

2

Los tres amores del cristiano

«Si es virtud amar a mi prójimo
 porque es un ser humano,
 también debe ser virtud –y no vicio–
 amarme a mí mismo,
 pues también yo soy un ser humano»

(E. FROMM)

El conocido autor de esta cita la refrenda con el «ama a tu prójimo como a ti mismo» del evangelio, *explicitando* el amor a sí mismo como parte integrante del mandamiento del amor. Me parece interesante constatar que esta explicitación la encuentro con cierta frecuencia en autores ajenos al mundo de la teología, como Erich Fromm en *El arte de amar*, o como Fernando Savater en *Ética como amor propio*, donde, a su vez, nos remite a Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*, etc. (Curiosamente, fue leyendo a Savater como me enteré de que ya San Agustín habla del «probus amor sui», el recto amor a sí mismo, y del «improbus amor sui», el torcido amor a sí mismo).

Por otra parte, teólogos y escritores espirituales a quienes he consultado dan por supuesto, sin explicitarlo, que el gran mandamiento evangélico del amor se refiere no sólo al amor a Dios y al prójimo, sino tam-

bién al amor a sí mismo. Ni siquiera un Vocabulario Bíblico tan completo como el de Léon-Dufour lo explicita. Tampoco recuerdo haber oído homilía o charla espiritual alguna sobre este mandamiento en que se hablase claramente de la importancia para el cristiano del amor a sí mismo. El *Catecismo de la Iglesia*, sin embargo, sí que lo explicita, de pasada, en la página 498, hablando del suicidio:

«El amor a sí mismo constituye un principio fundamental de la moralidad».

Por eso me parece importante recordar lo que se ha olvidado muchas veces: que los *tres* amores del cristiano son *Dios, el prójimo y uno mismo*, y que este último es tan imprescindible como los otros dos. Hoy, importantes moralistas como López Azpitarte y Bennàssar, teólogos como Torres Queiruga, escritores cristianos como Martín Descalzo, entre otros, así lo reconocen. Veamos rápidamente lo que nos dicen al respecto.

Bennàssar, en *Virtudes cristianas ante la crisis de valores* (Sígueme, Salamanca 1995), dedica un valioso capítulo a la «Virtud de la autoestima oblativa», donde, entre otras cosas dignas de atenta lectura y basándose en el mandamiento del amor, nos dice: «Ama el don que eres. Ámate. Acógete... Hemos de amar y amarnos... Amarse es reconocerse amado, saberse fruto de la vida amorosa de Dios... Amarse, como hombre solidario, significa coincidir gozosamente con uno mismo mientras continuamente sales de ti mismo hacia los demás». Muy bien dicho.

López Azpitarte, en su artículo «El difícil arte de amarse a sí mismo» (*Sal Terrae* 82 [1995], pp. 399-400), afirma con toda claridad: «Mientras la persona no sea capaz de amarse a sí misma, de reconciliarse con sus limitaciones, de aceptar sus sombras y desajustes interiores, tampoco podrá amar al prójimo con sus deficiencias y sus fallos. Y Jesús vuelve a insistir en esa verdad cuando responde al escriba sobre cuál es el primero de todos los mandamientos. Después de hacer referencia al conocido texto del Deuteronomio (6, 4-5)... añade de forma explícita: “El segundo es: amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mc 12,31). En este caso, *el amor a uno mismo posibilita y condiciona el amor a los demás*» (la cursiva es mía).

«Posibilita» y «condiciona» son dos palabras fuertes, si estamos acostumbrados a pensar que hacer el bien a los demás nos dispensa de toda consideración de nuestro propio bien. Esto es lo que le ocurrió a «Lucien», que, en su frenesí por hacer el bien a los demás, se olvidó de su propio bien, de su salud física y psíquica..., y pasó lo que tenía que pasar: cayó víctima del alcoholismo y conoció los terrores de la desesperación y la tentación del suicidio. Gracias a Dios y a sus amigos, tuvo la sensatez y la valentía de recurrir a Alcohólicos Anónimos y, aprendiendo a amarse a sí mismo, rehacer su vida.

Pues sí, el amor a uno mismo, como nos dice López Azpitarte, posibilita y condiciona nuestro amor a los demás. Difícilmente los amaremos como Dios manda si no aprendemos a amarnos a nosotros mismos como Dios manda igualmente. Y no sólo en casos tan

dramáticos como el de «Lucien», sino también en nuestra vida cotidiana de relaciones entre padres e hijos, entre profesores y alumnos, entre amigos y entre miembros de una misma comunidad. «*Sé amigo de ti mismo, y tu yo te dejará en libertad para amar a tu prójimo*» (Tony de Mello). La calidad de mi amor a los demás depende en gran medida de la calidad de mi amor a mí mismo. Si no me amo a mí mismo rectamente, mi amor al prójimo fácilmente degenerará en manipulación.

Torres Queiruga, uno de los teólogos más eminentes hoy en España, en un artículo profundo, sustancioso y documentado como pocos («Amar: fundamento y principio; vulnerabilidad y solidez»: *Sal Terrae* 956 [abril 1993] 281-297), después de comentar a fondo la «definición osada e insuperable» de la primera carta de San Juan –Dios es amor– y de citar a Santo Tomás (2.2, q.25, a.4): «el amor con que uno se ama a sí mismo es la forma y raíz de la amistad», escribe elocuentemente: «La visión cristiana, al mostrarnos a nosotros mismos como un don del amor, ...muestra la gloria y la bondad radical de nuestro ser, su profunda amabilidad, el optimismo radical con que debemos mirarnos, cuidarnos y amarnos... Somos frutos de amor y estamos amasados de amor, destinados a amarnos y a amar profundamente, a estimarnos como algo –digámoslo– precioso: alguien por quien mereció ser creado un mundo y “por quien Cristo dio la vida” (1 Cor 8,11)». Y añade a pie de página: «Puesto que el otro es precioso para mí, porque Cristo ha muerto por

él, también yo lo soy para el otro y, por lo tanto, lo soy en mí mismo».

Y para concluir esta sección reflexionemos sobre lo que nos dice Martín Descalzo, uno mis escritores favoritos: «Recuerdo que tendría yo dieciocho años cuando leí una frase que fue fundamental en mi madurar. Era de Bernanos y decía así: “Hay que amarse a sí mismo lo mismo que a cualquier otro pobre miembro del cuerpo místico de Cristo”. Dicho, si se quiere, con palabras menos teológicas: hay que aprender a mirarnos a nosotros mismos con la misma ternura con que nos miraríamos si fuéramos nuestro propio padre» (ABC Dominical, 1985). Y en otro lugar: «La experiencia me ha enseñado que sólo cuando uno ha empezado a amarse a sí mismo, es capaz de aceptar y amar a los demás... e incluso de aceptar y amar a Dios».

En resumen, el amor a sí mismo bien entendido es un valor evangélico. Está implícito en el gran mandamiento del amor y, desde una perspectiva psicológica sensata, merece especial atención, pues, de lo contrario, los otros dos —el amor a Dios y el amor al prójimo— cojearían y podrían no desarrollarse debidamente.

«La autoestima y el “amor a uno mismo” son uno de esos mensajes que inmediatamente llaman la atención tanto de los cristianos como de los alejados y que les puede llevar a comenzar a ver de una forma coherente cuál es nuestra Buena Noticia y lo que significa en nuestras vidas. Cristo nos invita a amar al prójimo como a nosotros mismos. Es evidente que, si no nos amamos (con amor verdadero y no con falso amor) a nosotros mismos, no podemos amar a nuestro prójimo. La pequeñez de nuestro amor al prójimo nos da idea de la pequeñez de nuestro amor por nosotros mismos...

Creo que sólo desde un profundo amor a uno mismo, desde una verdadera autoestima, es posible llamar a Dios “Padre”, “Abba”, “Papá”. Si uno no se ama a uno mismo, si uno no se gusta, si uno no se acepta tal como es, ni acepta la realidad que le rodea, si uno no acepta las múltiples circunstancias que lo definen y lo individualizan (la cruz), si uno no reconoce sus cualidades, si uno no se alegra por sus logros, si uno no está agradecido por la vida que Dios le ha dado, si uno no recuerda agradecido los momentos gozosos de su pasado..., uno no alcanzará a vivir la paternidad de Dios como algo real, importante, crucial, que cambia nuestras vidas por completo»

(Comunicación al autor de A.M., abogado ayer [1991] en Barcelona, y hoy monje en París).

3

Autoestima humanista

«Todos los seres humanos nacen libres
e iguales en dignidad y derechos;
y dotados como están de razón y conciencia,
deben comportarse fraternalmente
los unos con los otros»

(Art. 1 de la Declaración Universal
de los Derechos Humanos [1948])

Estas palabras inmortales son un buen punto de partida para explicar desde una perspectiva cristiana lo que significa la auténtica autoestima en la psicoterapia humanista. Formulan un axioma antropológico de capital importancia para la convivencia en nuestra aldea global, pues declaran la dignidad innata e inalienable de todo ser humano sin excepción, incluido uno mismo, así como el derecho que todos tenemos a que se nos respete y el correspondiente deber que todos tenemos de respetar a todos los demás.

Así pues, la persona humana tiene un valor absoluto innato (como ya enseñó Kant); es valiosa por el mero hecho de ser humana, no por ser más o menos útil; merece un respeto exquisito por ser persona, por ser *quien* es, no por ser *como* es ni por su posible utilidad. El ser humano, por inútil que sea, no es una

cosa, un objeto, una mercancía, un artilugio que se pueda usar y tirar sin escrúpulos. El viejo decrepito, el enfermo terminal, el niño subnormal... son tan personas como todos los demás y, por tanto, son valiosos en sí mismos como personas, a pesar de su inutilidad, y merecedores de toda nuestra solícita consideración.

Es evidente que el cristiano que haya admirado el exquisito respeto de Jesús en el Evangelio hacia todas las personas, pero en especial las marginadas, las excluidas (los leprosos, la mujer sorprendida en adulterio, Zaqueo el publicano, etc.), estará en total acuerdo con lo que acabamos de decir. Y lo verá reforzado por su fe en el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que le ama, que nos ama, sin tasa ni medida. El cristiano que realmente experimentase interiormente, visceralmente, a nivel de sentimiento profundo, el amor incondicional que Dios le profesa, no tendría dificultad en estimarse. Pero ¿cuántos son los creyentes sinceros y cumplidores, incluidos los religiosos y los sacerdotes, que al menos una vez en su vida se han sentido amados por Dios de esa manera? Sea éste, pues, el primer y fundamental rasgo de la auténtica autoestima humanista: *el gozoso reconocimiento de nuestra dignidad radical y la respetuosa solicitud que merece nuestro ser en todas sus dimensiones*: el cuerpo y los sentidos, la mente y sus facultades, el espíritu y sus aspiraciones. Reconocimiento y solicitud extensibles, por supuesto, y extendidos a todos nuestros semejantes. El cristiano podría meditar provechosamente la frase agustiniana: «*es preciso que ames en ti la obra de Dios*».

«Últimamente estoy descubriendo algo sorprendente para mí, casi paradójico... me doy cuenta de que mi realidad más verdadera está por encima de mí misma, y es precisamente desde esta realidad que me trasciende desde donde yo me puedo afirmar a mí misma en un sentido pleno. Sólo desde esa perspectiva de *pertenencia a Otro* más grande que yo, mi propio yo se expande y cobra su dimensión real, pudiendo entonces intuir el significado profundo de la palabra "yo". Entonces soy capaz de observarme y darme cuenta de mis limitaciones y debilidades con paz, pues sé que en mi pequeñez está también mi grandeza, que es ser y sentirme hija de Dios, Padre misericordioso...

Mi única fuente de autoestima plena es experimentar en mi vida que Dios me quiere tal como soy. Él me conoce, me acepta, me acoge, me acompaña, me anima, me escucha, me comprende. Él me mira y me sonríe. Él me ama incondicionalmente y me ama con locura. Y es este Amor desbordante lo único que sacia mi corazón, un corazón que está llamado a lo Infinito. Entonces, ¿por qué conformarse con menos?»

(Comunicación al autor de una joven seglar de Córdoba, 1997).

Pero la autoestima humanista, apoyándose en este postulado fundamental, concreta y matiza los rasgos que caracterizan a la persona que auténticamente se auto-estima. He aquí una manera de describirlos que a mí satisface:

- Siente APRECIO y disfruta de todo lo positivo que percibe en sí misma –talentos, destrezas, cualidades corporales, mentales, espirituales...–; le encan-

tan sus cualidades manifiestas y se sabe capaz de desarrollar otras latentes.

- Siente ACEPTACIÓN serena, tolerante, esperanzada, de todas sus limitaciones, errores, flaquezas y fracasos, pues se reconoce un Ser Humano Falible como todos los humanos; se responsabiliza de todas sus conductas, sin sentirse desordenadamente culpable de las desacertadas.
- Siente AFECTO, es decir, cultiva una actitud amistosa, comprensiva y cariñosa hacia sí misma. Se siente bien consigo misma dentro de su propia piel, con todas sus arrugas y todas sus verrugas. Disfruta de la soledad sin desdeñar la compañía.
- Presta ATENCIÓN y solícito cuidado a sus necesidades reales, tanto físicas como psíquicas, intelectuales como espirituales.

Estos cuatro rasgos se sustentan sobre la roca firme del AUTOCONOCIMIENTO, para que sean posibles, y del ALTRUISMO, para que sean verdaderamente humanos.

Si no reconocemos y apreciamos las cualidades y los logros que realmente poseemos, y si no aceptamos serenamente nuestras limitaciones, nos será difícil realizar nuestro potencial humano.

La persona que se autoestima auténticamente, en toda su realidad individual y social, prefiere la vida a la muerte, el placer al dolor, el gozo al sufrimiento. Y también está dispuesta a sacrificarse por una persona o causa con la que se identifique.

Por autoestima auténtica, en una palabra, queremos decir AFIRMACIÓN de ese ser humano falible, irrepeti-

ble y valiosísimo que soy YO MISMO... en relación con todos los demás, pues de lo contrario no sería yo mismo.

Recapitulemos lo que hemos dicho en una cuasi-definición que nos ayude a entender mejor el significado de la *autoestima humanista*. He aquí un abanico de posibilidades, todas las cuales tienen algo a su favor.

- * GARCÍA-MONGE la llama «*sano amor de sí mismo*». Amor de sí mismo *sano*, porque, si es auténtico, no puede ser egoísta y narcisista, sino altruista y solidario.
- * BRANDEN afirma que «*la autoestima es la disposición a considerarse competente para hacer frente a los desafíos básicos de la vida y sentirse merecedor de la felicidad*».
- * BEDMAR, WELLS y PETERSEN la entienden como «*un sentido de valía personal, habitual y afectivo, fundado en acertadas percepciones de sí mismo*».
- * M^a Cecilia BETANCOUR, psicóloga colombiana, dice que consiste en «*ser amoroso consigo mismo por tres motivos: 1) saberse capaz, 2) sentirse útil, y 3) considerarse digno*».
- * BURNS la describe como «*el conjunto de las actitudes del yo hacia sí mismo*».

Entendemos por «actitud» una pauta más o menos estable y coherente de percepción sensorial, pensamiento conceptual, evaluación, sentimiento (o emo-

ción) y tendencia a la acción, que puede estar dirigido hacia un objeto (el dinero, por ejemplo), una institución (la Iglesia, por ejemplo), una persona (el padre, por ejemplo)... y también, como seres reflexivos que somos, hacia nosotros mismos.

El autor, valorando todas las definiciones mencionadas, prefiere la de *Burns*, que reformula como sigue: «autoestima es la percepción *evaluativa y afectiva* de uno mismo», donde «evaluación» y «afectividad» se subrayan por pertenecer al meollo de la autoestima. Dicho de una manera más breve y sencilla: la autoestima es lo que uno *piensa y siente* de sí mismo.

Así, podemos hablar de una autoestima más o menos alta o baja, fuerte o débil, positiva o negativa, suficiente o deficiente..., tanto si tratamos de la persona en su conjunto como si tratamos tan sólo de algunas de sus facetas en particular.

Ahora bien, la autoestima —como cualquier otro concepto, por sublime que sea (el amor, Dios, etc.)— se puede entender mal. Basta asomarse a los periódicos y revistas para ver cómo, demasiado a menudo, se relaciona la palabra «autoestima» con las realidades más dispares, en un sentido ambiguo y, a veces, claramente inadmisibles.

No hace mucho, un periódico hablaba, durante un Tour de Francia, de la autoestima de Ullrich, que crecía o decrecía en función de que ganara o no una etapa. Otro decía que las mujeres detestan a los hombres sin autoestima. Otro nos informaba de que la autoestima del pueblo de la India subió varios enteros cuando su gobierno hizo explotar, controladamen-

te, una bomba atómica. Y otro –peor, imposible– declaraba que, según los psicólogos (¿cuáles?), los adolescentes que se dedicaban a quemar coches en las calles de Valencia lo hacían para reforzar su autoestima. En fin...

Por eso, para dejar claro lo que es la auténtica autoestima, ofrecemos una lista de lo que ciertamente NO es. La autoestima

- * No es soberbia, vanagloria, jactancia ni fanfarronería. Tomás de Aquino define la soberbia como la desordenada estima que el hombre tiene de sí mismo; de donde se puede deducir, en buena lógica, que la autoestima, ajustada a la realidad de la persona, es humildad.
- * No es meramente sentirse bien consigo mismo, pues una persona puede sentirse la mar de satisfecha después de haber eliminado a un enemigo, y eso es venganza, no autoestima.
- * No es creerse el ombligo del mundo y mirar al resto de los mortales por encima del hombro.
- * No es creerse superior a otros por razones de raza, cultura, género, posición social, orientación sexual, religión o cualquier otra causa.
- * No es sentirse en la gloria cuando se triunfa, y en el infierno cuando se fracasa.
- * No es emplear un tiempo y unas energías desmesuradas en maquillar la propia imagen para deslumbrar a los demás.
- * No es prepotencia o autoritarismo para aprovecharse de la impotencia y las necesidades de los más débiles.

- * No es meramente ser un «triunfador» si no se sabe ser también un «perdedor»,
- * Y un largo etcétera de «Noes».

Esperamos haya quedado claro que la «autoestima humanista» es compatible con la visión cristiana y evangélica del hombre y de la vida. La psicoterapia humanista ayuda al creyente a desarrollar esa autoestima auténtica, que es también un valor evangélico. Pues, si realmente creemos que el Dios de Jesús nos ha creado por amor y para amar, no podemos excluirnos a nosotros mismos de ese amor envolvente.

«La primera vez que comprendí el significado de la expresión “ser cristiano” fue leyendo el pasaje evangélico sobre el bautismo de Jesús de Nazaret: *“En cuanto Jesús salió del agua, los cielos se abrieron, y el Espíritu en forma de paloma descendió sobre él. Y se oyó una voz del cielo: Tú eres mi hijo, el amado en el que he puesto todas mis complacencias”*. He leído estas palabras durante años, las he comentado... y he llegado a la convicción interior de que las palabras *Tú eres mi amado* revelan la verdad más íntima a todo ser humano...

La voz que desde arriba y en nuestro interior me dice: *Tú eres mi amado*, no es fácil escucharla en un mundo lleno de voces que gritan: “No eres atractivo. Eres un ser repulsivo. No vales para nada. Eres un ser despreciable. No eres nadie mientras no seas capaz de demostrar lo contrario...” Estas voces negativas son tan fuertes y constantes que es fácil darles crédito. Es la trampa de la autoinfravaloración. Al cabo de muchos años he podido constatar que la trampa más peligrosa de nuestra vida no es el éxito, la popularidad o el poder, sino el auto-desprecio»

(H. Nouwen en *Tú eres mi amado* [Ppc, Madrid 1992]).

4

Importancia de la autoestima

«La autoestima es la columna vertebral
del crecimiento personal»
(J.V.B.)

El respeto hacia nuestra persona y la fundada confianza en nosotros mismos nos mantienen firmes y «erguidos» en la lucha cotidiana por una existencia digna y el esfuerzo diario para crecer como personas.

Invitamos al lector/a internauta a encender su ordenador y embarcarse en la búsqueda de AUTOESTIMA. Le aseguro que, con un poco de paciencia, encontrará miles de páginas sobre este tema. La abundancia de individuos e instituciones médicas, psicológicas y educativas que proponen sus ideas en la *web* son, en mi opinión, un índice de la importancia que se atribuye al tema en nuestra cultura. ¿Por qué, pues, es importante la autoestima? Respondemos en forma de afirmaciones, propias o ajenas, brevemente comentadas.

La autoestima auténtica posibilita y condiciona el altruismo

Ya lo hemos mencionado antes. El ser humano nace egoísta (el bebé agarra todo lo que está a su alcance), pero la autoestima es un arte que hay que aprender no

sólo para el bien del individuo, sino también de la sociedad. Sin un fundamento de respeto, aprecio y aceptación de uno mismo, el altruismo fácilmente se convierte en manipulación del otro. Es ésta una de las trampas del amor.

La autoestima funciona como el sistema inmunológico de nuestro psiquismo

Cuanto más fuerte sea nuestra autoestima, con tanta mayor entereza podremos enfrentarnos a los altibajos de la vida; cuanta más confianza tengamos en nuestros recursos, tanto mejor podremos abordar los problemas que surjan en el ámbito personal, interpersonal, profesional y hasta religioso. Cuanto más débil sea nuestra autoestima, tanto más indefensos nos sentiremos y tanto más fácilmente arrojaremos la toalla ante vicisitudes que nos parecen insuperables, porque no sabemos que podemos. «*Possunt quia posse videntur*», decía el poeta latino; es decir, pueden porque creen que pueden.

Nadie puede dejar de desarrollar una autoestima más o menos alta o baja, débil o fuerte, positiva o negativa, suficiente o deficiente

Nadie puede dejar de pensar en sí mismo (hasta en los sueños, el protagonista enmascarado es el soñador) ni evaluar su conducta con mayor o menor acierto. Así que todos sin excepción nos formamos una autoimagen y una autoestima de las que no siempre somos

conscientes. Es importante, pues, desarrollar conscientemente una autoestima lo bastante fuerte como para permitírnos hacer uso de nuestros talentos y vivir serenamente con nuestras limitaciones.

Lo opuesto a la autoestima (o estima de sí mismo) no es la heteroestima (o estima del otro), sino la *desestima propia*, rasgo característico de ese estado de profunda infelicidad que es la depresión

Cualquiera que haya sufrido una depresión más o menos severa (y no somos pocos los que la hemos sufrido) sabe que uno de los síntomas mas perturbadores es un sentimiento de poca o nula valía personal, de no servir para nada ni para nadie, de pensar que la muerte sería la mejor salida. Por eso afirmamos que la autoestima débil es el caldo de cultivo de la depresión; y, por ende, la autoestima fuerte es un buen antídoto preventivo contra ella.

Una autoestima alta suele ser uno de los componentes de la persona feliz

Difícilmente se sentirá feliz una persona que no esté razonablemente contenta de ser quien es y de ser como es. Al no valorarse en lo que realmente vale ni aceptar serenamente sus limitaciones, estará en guerra consigo misma y vivirá una tensión interior que tenderá a amargarle la existencia.

La autoestima filtra nuestras percepciones de nosotros mismos, de los demás y del mundo que nos rodea

Psicólogos de reconocida solvencia nos advierten que el auto-concepto funciona como censor o filtro de nuestra percepción. Según Rogers, a medida que uno progresa hacia un concepto más positivo de sí mismo, se va abriendo más a su propia experiencia, puede permitirse ser menos defensivo y no tiene que deformar lo que percibe para mantener su autoimagen ideal. Es capaz de percibir su mundo con más realismo. Por otro lado, cuanto más indigno se siente uno, tanto más tiene que ponerse a la defensiva y tanto más tiene que distorsionar sus percepciones para proteger a la persona que cree ser. Por tanto, cuanto más indigno se siente uno, tanto más difícil le resulta modificar o reforzar su auto-concepto, su auto-estima.

5

El «Yo» frente al «Ego»

«El yo es odioso»

(B. PASCAL)

Esta asombrosa afirmación de Pascal, cristiano inteligente por lo demás, se ha inculcado a generaciones de devotos creyentes de manera más o menos explícita. Y a ella responde sensatamente otro cristiano inteligente, Laín Entralgo, diciendo: «¿Cómo va a ser odioso el yo de quien, sin jactancia ni vanagloria, pregunta seriamente por lo que ha hecho y por lo que puede hacer?».

Pienso que, en cierta medida, la causa de los recelos y suspicacias que suscita el tema de la autoestima entre algunos cristianos es la ambigüedad de que adolecen estas dos importantes palabras, «Yo» y «Ego», en el uso popular. «Yo» es la traducción castellana del latín «Ego»; pero en el lenguaje ordinario, no-técnico, distinguimos el uno del otro. Y, así, decimos: «Yo leo», «Yo pienso», «Yo siento»...; o bien «Fulano tiene un ego insoportable», si queremos decir que Fulano se cree poco menos que el ombligo del mundo.

Mi «Yo», pues, en este sentido, es el sujeto al que atribuyo mis conductas y vivencias («Yo he cometido un error», «Yo estoy contento», etc.). Mi «Yo» es reflexivo, es decir, capaz de conocerse y evaluarse, mejor o peor, a sí mismo. Y mi «Ego» es ese mismo «Yo»

cuando se considera y evalúa como el centro de su mundo, con derecho a hacer y deshacer a su antojo, sin importarle un comino el bienestar de los demás, pensando sólo en sí mismo y en su beneficio. En este sentido, mi «Ego» es mi «Yo egocéntrico», mi «Yo egoísta»; y no es éste, ciertamente, el que merece nuestro amor afectuoso, aunque sí nuestra comprensión.

Ilustremos con dos anécdotas de Tony de Mello estas nociones populares del «Yo» y del «Ego». Comencemos con el «Ego»;

«Un joven que buscaba un Maestro capaz de encauzarle por el camino de la santidad llegó a un “ashram” presidido por un guru que, pesar de gozar de gran fama de santidad, era un farsante. Pero el otro no lo sabía.

“Antes de aceptarte como discípulo”, le dijo el guru, “debo probar tu obediencia. Por este ‘ashram’ fluye un río plagado de cocodrilos. Deseo que lo cruces a nado”.

La fe del joven discípulo era tan grande que hizo exactamente lo que se le pedía: se dirigió al río y se introdujo en él gritando: “¡Alabado sea el poder de mi guru!” Y, ante el asombro de éste, el joven cruzó a nado hasta la otra orilla y regresó del mismo modo, sin sufrir el más mínimo daño.

Aquello convenció al guru de que era aún más santo de lo que había imaginado, de modo que decidió hacer a todos sus discípulos una demostración de su poder que acrecentara su fama de santidad. Se metió en el río gritando: “¡Alabado sea yo! ¡Alabado sea yo!”, y al instante llegaron los cocodrilos y lo devoraron»

(La oración de la rana - I, p.179)

Este «yo» del guru farsante es, indudablemente, lo que nosotros llamaríamos su «ego» inflado e insufrible. Tristemente, abundan tipos como este guru en nuestro mundo. Por otro lado está el «yo» real y normal de todo individuo, como ilustra la siguiente anécdota:

«Un maestro estaba explicando en clase los inventos modernos.

“¿Quién de vosotros puede mencionar algo importante que no existiera hace cincuenta años?”, preguntó.

Un avisnado rapaz que se hallaba en la primera fila levantó rápidamente la mano y dijo: “¡Yo!”»

(*La oración de la rana* - I, p.177)

El rapaz tenía toda la razón, y es de esperar que el maestro estuviese de acuerdo con él. Todos los psicoterapeutas humanistas y cristianos que conozco coinciden en la importancia fundamental, para el crecimiento personal y espiritual, de la amorosa aceptación de nuestro yo, del sano amor a sí mismo, de la autoestima bien entendida, como punto de partida imprescindible para poder ir más allá de sí mismo, que también es un aspecto fundamental de la persona. En palabras de Abraham Maslow, que me parecen evidentes por sí mismas, «*es imposible la salud psicológica [y espiritual, añado yo], a no ser que lo fundamental de la persona sea aceptado, amado y respetado por otros y por ella misma*».

La amorosa aceptación del «yo» es el necesario punto de partida en el camino del espíritu, pues no hay cosa más importante para cada uno de nosotros que su

propio «yo», don divino que conviene cultivar, potenciar, desarrollar, no para encerrarse en un narcisismo egoísta y convertirse en un «ego» infecundo, sino para abrirse cada vez con más generosidad a los demás y, así, realizar su propia naturaleza.

«Sólo el yo individual plenamente desarrollado
puede desprenderse del ego»

(E. FROMM).

Estoy totalmente de acuerdo con J.B. Metz, conocido teólogo de las realidades terrenas, cuando afirma rotundamente:

«El *sí a uno mismo* se puede considerar como el imperativo categórico de la fe cristiana: ¡Aceptarás la humanidad que se te ha confiado! ... ¡Te abrazarás a ti mismo!».

6

Autoestima frente a narcisismo

«Todo narcisismo
es un vicio feo
y ya viejo vicio»
(A. MACHADO)

Ya en 1956, Erich Fromm, en su clásico ensayo sobre el amor, se planteaba, para después refutarla «la muy extendida creencia de que amar a los demás es una virtud, pero amarse a sí mismo es un pecado». Creencia que atribuye a Calvino, por un lado, y a Freud, por otro, aunque por diferentes razones. Para Freud, el amor a sí mismo es narcisismo. A Erich Fromm y a otros nos parece más exacto decir que el narcisismo es un amor a sí mismo desvinculado del amor al prójimo.

Narcisista es la persona que, como el Narciso del mito, se enamora de su imagen hasta el punto de olvidarse de los vínculos profundos que le unen a los demás mortales. Por eso se le ha llamado acertadamente «el hombre ensimismado». El narcisista está tan prendado –y tan prendido– de sí mismo que los demás apenas cuentan realmente como personas merecedoras de su estima, de su solicitud, de su respeto. Cuentan, a lo más, como espejos donde ver refle-

jada y admirada su propia belleza, o como objetos a su servicio. Y, así, el narcisista depende neuróticamente de su entorno, del «qué dirán», del impacto de su imagen, del éxito de sus empresas.

El narcisista busca su autorrealización, pero se detiene en la periferia de sí mismo, en el gesto, en el estilo, en la imagen que proyecta al exterior, pues le resulta demasiado incómodo ahondar en su interior, por miedo a lo que pueda descubrir. El narcisista, «siempre escaso de autoestima..., desde su vacío interior vuelve la vista a su alrededor y busca puntos de referencia. Son otros los que le van a decir quién es y quién no es como persona» (L. López-Yarto).

El narcisista busca la gratificación instantánea aquí y ahora, y rehuye, por arduo y posiblemente doloroso, el compromiso vinculante a largo plazo con personas y con causas. Sus lealtades hacia lo que no es su propio interés son frágiles. Como no parece haberse percatado de que también él es miembro interdependiente de la raza humana, los problemas y las aflicciones de los demás, y en especial las tragedias colectivas que no le afectan personalmente, le tienen sin cuidado.

Por otra parte, la persona que auténticamente se auto-estima no teme ahondar en su interior y acepta serenamente lo que allí encuentra, por desagradable que le parezca. Desde un sistema de valores personalmente asumido, que reconoce la dignidad de *toda* persona humana, incluida ella misma, y desde la seguridad que le otorga su autoafirmación, se abre generosamente a los demás como personas que merecen todo su respeto y estima. Se siente lo que realmente es,

parte integral y responsable de la familia humana. Entiende el sentido de aquellas hermosas palabras de John Donne:

«Cuando oigas tañer a muerto, no te preguntes por quién doblan las campanas: doblan por ti».

O las otras más recientes de Tomás y Valiente:

«Algo muere en todos cuando alguien mata a alguien».

Una actitud diametralmente opuesta a la del narcisismo que hemos descrito.

El egoísmo del narcisista no se debe a que se estime demasiado, sino a que se estima demasiado poco y mal, ya que el objeto de su estima es un yo superficial, castrado, incompleto, insolidario. Pues el ser humano es relacional por naturaleza. Yo-soy-yo-en-relación-con-los-demás-y-con-lo-demás, y no puedo ser de otra manera; de lo contrario, no sería el ser humano que merece ser amado.

7

Autoestima solidaria

«El amor a los demás y el amor a nosotros mismos
no son alternativas opuestas.
Todo lo contrario,
una actitud de amor hacia sí mismo
se hallará en todos aquellos
que son capaces de amar a los demás»
(E. FROMM)

Entendiendo por «solidaridad» la capacidad de sentir y expresar amor —es decir, respeto, solicitud y responsabilidad por otros seres humanos, y no sólo por los que son cercanos a nosotros por vínculos de sangre, raza, clase, etc., sino también por los que no comparten ni esa cercanía ni esos vínculos—, afirmo que la autoestima auténtica es no sólo una necesidad básica para la autorrealización personal, sino también, y por ello mismo, un prerrequisito psicológico para el amor solidario.

Para establecer relaciones ricas y liberadoras con otras personas, para dedicarse al servicio de los demás con generosidad y en libertad, se requiere un mínimo de autoestima. De lo contrario, el amor al prójimo fácilmente degenera —lo repetimos— en manipulación del prójimo, por un afán más o menos consciente de

satisfacer nuestras propias necesidades insatisfechas, entre las cuales una de las primordiales es la de sentirse aceptado. La persona con un bajo grado de autoestima fácilmente tratará de manipular a los demás para satisfacer esa necesidad. Es bien conocido el altruismo neurótico de personas «que no quieren nada para sí, que sólo viven para los demás». Tarde o temprano, pasan factura.

Habrán situaciones extremas, como la de «Lucien» en su fase de alcoholismo agudo, en las que la persona, precisamente para poner en práctica el amor a sí misma, tendrá que «olvidarse» de todos los demás y centrar su atención en su necesidad perentoria de supervivencia, de sanación corporal y/o mental, pues de lo contrario no podrá ayudar a nadie, ni siquiera a sí misma. «La fuerza del alcohol —escribe Lucien— era tan violenta en mí... que yo no podía combatirlo sino con una fuerza aún mayor... el amor a mí mismo», despreocupándose temporalmente de hacer el bien a otros, como se desprende claramente del contexto.

También ocurre que, en un arranque de solidaridad, hay personas que se lanzan a cambiar el mundo injusto en que vivimos. La intención es buena; pero, si esas personas no han resuelto, al menos en cierta medida, sus desajustes personales, tal vez hagan más daño que bien. En particular, la persona que se desestima, y en especial la que se odia a sí misma (que también se da el caso, desgraciadamente), está gravemente incapacitada para comprometerse con los demás en libertad, en profundidad y con gozo. ¿Qué sentido tiene darse a los demás si no se valora lo que se da?

En el Instituto «Sadhana», que Tony de Mello creó en Lonavla (India) y donde yo me «re-formé» en mi edad madura hace veinte años, trabajábamos especialmente la libertad interior de la persona. En otras instituciones hermanas de la India se formaban personas para la liberación social de los oprimidos. Algunos acusaban a «Sadhana» de desinterés en lo social, lo cual no es cierto, pues muchos de los que allí se formaban, cuando volvían a sus lugares de procedencia, se dedicaban en cuerpo y alma a la liberación social de los más desfavorecidos. La labor de los «Institutos Sociales» nos parecía loable y necesaria, pero pensábamos que difícilmente realizaría una buena labor de liberación social una persona demasiado atrapada en sus propios problemas interiores.

J.M. Castro, un estudioso de la espiritualidad de Tony de Mello, cuyo libro *Despertar a la libertad. La pedagogía espiritual de Tony de Mello* (Sal Terrae, Santander 1998) recomendando vivamente, comenta acertadamente: «La transformación de las estructuras sociales comienza por la muerte del *ego* [que, como *dijo* antes, comienza, a su vez, con la amorosa aceptación del *yo*]. De lo contrario, el arquitecto del cambio no hace más que sustituir la tiranía de las programaciones ajenas por la tiranía de sus propias programaciones». Cuenta Tony de Mello:

«El orador había reunido a un cierto número de personas en una esquina callejera. “¡La revolución se acerca”, decía, “y todo el mundo irá en grandes automóviles! ¡La revolución se acerca, y todo el mundo tendrá

teléfono en su cocina! ¡La revolución se acerca, y todo el mundo poseerá una tierra que podrá considerar suya!”.

Del público brotó una voz de protesta: “¡Yo no quiero poseer un gran automóvil, ni un terreno, ni un teléfono en la cocina!”

“¡La revolución se acerca”, dijo el orador, “y tú harás lo que se te diga!”»

(La oración de la rana -I, p. 219).

8

Autoestima evangélica

«El que quiera venirse conmigo,
que se niegue a sí mismo,
que cargue con su cruz y me siga»

(MATEO 16,25)

No hay duda de que la abnegación de sí mismo es un valor evangélico incuestionable para el discípulo de Jesús. Ahora bien, si la afirmación de sí mismo, propiciada por la autoestima bien entendida, es también un valor evangélico, ambos valores, por antinómicos que parezcan a primera vista, han de sintonizar entre sí.

Una lectura apresurada del Evangelio podría inducirnos a pensar que lo más importante para el cristiano comprometido es entregarse, sacrificarse, dar la vida por los demás, sin pensar en sí mismo, casi despreciándose. Eso, o algo parecido, pensaba «Lucien» antes de caer víctima del alcohol, derrotado por «el frenesí de hacer el bien» sin tasa ni medida.

Una lectura más reposada nos permitirá descubrir que las exhortaciones evangélicas son con frecuencia paradójicas: humillarse para ser exaltados, perderse para encontrarse, morir para vivir, y otras... La que ahora nos interesa en especial es la paradoja que, por un lado, nos exhorta a la abnegación de nosotros mismos y, por otro, a amarnos a nosotros mismos. Parece

una contradicción, pero, bien entendidos los términos, no lo es.

La abnegación de sí mismo, tal como se ha entendido a veces, provoca rechazo, pues parece conllevar la exaltación del sufrimiento, la represión del cuerpo, la infravaloración de lo terreno y temporal. Evoca la ascética de cilicios y disciplinas, de cenizas en la sopa y otras exquisiteces espirituales por el estilo. Actitudes y prácticas que no son tanto cristianas o evangélicas cuanto adherencias estoicas o neoplatónicas.

Lo cual hace que me pregunte: ¿qué decir de santas y santos como Catalina de Siena e Ignacio de Loyola, por ejemplo, que, por una parte, amaban sin duda a Dios y al prójimo con inmenso fervor y, por otra, se trataban a sí mismos con enorme dureza, practicando rigurosísimos y prolongados ayunos y otras penitencias que hoy nos parecen inhumanas? Yo diría que estas personas excepcionales se sentían tan profunda y totalmente amadas por Dios que, en el fondo, también se amaban a sí mismas a su manera, pero se trataban de acuerdo con los condicionamientos ascéticos y religiosos de su tiempo. Catalina murió joven, pero Ignacio vivió lo suficiente para revisar su furor penitencial y, al constatar cómo éste dañaba al «subiecto», aprender a moderarlo y decidir, gracias a Dios, no recomendarlo a sus hijos y seguidores.

En este contexto me parece interesante mencionar lo que leí en un serio y documentado estudio sobre la interpretación rigorista que en el siglo XIX hacía J. Roothaan, benemérito comentarista de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio y superior general de

la Compañía de Jesús, de una de las frases ignacianas más conocidas: «haciendo el oppositum per diametrum», es decir, haciendo lo diametralmente opuesto a nuestras inclinaciones pecaminosas. Roothaan se expresaba con estas o parecidas palabras: «Hay que hacer siempre aquello que nos disgusta, precisamente porque nos disgusta, y no hacer aquello que nos gusta, precisamente porque nos gusta, a no ser que razones de la mayor gloria de Dios aconsejen lo contrario». Esto es llevar la abnegación demasiado lejos, y ni siquiera es auténticamente ignaciano o evangélico. Hoy, los hijos de San Ignacio no solemos pensar así.

La abnegación a que se nos exhorta en el Evangelio es mucho más profunda y sensata. Se ha de entender en su contexto evangélico global, a saber, *en función del Reino* de amor, justicia, paz y solidaridad universal que Jesús proclamó e inauguró. Esa abnegación es un sí al Reino, un sí al amor, un sí a la solidaridad universal..., un sí que frecuentemente acarrea persecuciones, penalidades, sufrimientos... e incluso la muerte, como ocurrió en el caso del Jesús histórico y como sigue ocurriendo en nuestros días.

La abnegación evangélica no se refiere, ni puede referirse, a la persona humana en sí misma, que es preciosa a los ojos del Padre, sino a aquellas actitudes y comportamientos egoístas e insolidarios de la persona que la impiden «entrar en el Reino» y llegar a ser más plenamente lo que está llamada a ser.

El evangélico «negarse a sí mismo» bien podría traducirse —comenta agudamente A. Torres Queiruga— como «amarse auténticamente a sí mismo», negando

nuestro falso yo, nuestro no-yo, es decir, el yo ego-céntrico, aislado y ensimismado, que no es nuestro yo auténtico, completo y abierto a los otros y al Otro.

La imagen de Jesús, arquetipo del cristiano, que yo veo emerger de las páginas del Evangelio no es la de una persona que se desestime, ni se infravalore, ni se considere inferior a nadie, aun cuando lave los pies a sus discípulos. Jesús aparece ante mis ojos como un ser humano consciente de su singularidad, de su privilegiada relación con Dios, de su autoridad innata. Un ser humano único que reconoce sin remilgos lo que es y lo que significa, que en sus relaciones con los demás armoniza la cercanía con la autoridad, que sabe enfrentarse a sus enemigos y afrontar sus acusaciones con dignidad. Un ser humano, fuerte y compasivo a la vez, intensamente motivado por su misión de proclamar e inaugurar el REINO: una sociedad nueva en la que todos, sin excepción, sean y sean tratados como iguales en dignidad ante Dios y ante los hombres. Comprobémoslo con algunos ejemplos sacados de los Evangelios.

9

Jesús y la dignidad de la persona

«Tampoco yo te condeno»

(JUAN 8,11)

Recomiendo al lector que lea despacio y trate de visualizar la historia de la mujer sorprendida en adulterio que encontramos en el Evangelio de Juan (8,1-11):

«Y Jesús se dirigió al monte de los Olivos. Por la mañana volvió al templo. Todo el mundo acudía a él, y él, sentado, los instruía. Los letrados y fariseos le presentaron una mujer sorprendida en adulterio, la colocaron en el centro y le dijeron:

– Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés ordena que dichas mujeres sean apedreadas; tú ¿qué dices?

Lo decían tentándolo, para tener de qué acusarlo. Jesús se agachó y con el dedo se puso a escribir en el suelo. Como insistían en sus preguntas, se incorporó y les dijo:

– Quien de vosotros esté sin pecado, que tire la primera piedra.

De nuevo se agachó y seguía escribiendo en el suelo. Los oyentes se fueron retirando uno a uno, empezando por los más ancianos hasta el último. Quedó solo Jesús, y la mujer en el centro de pie. Se incorporó Jesús y le dijo:

– Mujer, ¿dónde están?, ¿nadie te ha condenado?

Contestó:

– Nadie, señor.

Le dijo Jesús:

– Tampoco yo te condeno. Ve y, en adelante, no peques más».

Está claro que el objetivo de los escribas y fariseos era atrapar a Jesús para que desautorizase la ley de Moisés y, de ese modo, se desautorizase a sí mismo ante el pueblo judío como amigo de pecadores; la mujer no les importaba en absoluto, lo cual no es de extrañar en una sociedad tan machista como lo era aquella. Para Jesús, en cambio, lo importante era la mujer, su dignidad como persona humana. Y por eso se enfrenta tranquilamente a los escribas y fariseos y les hace callar de una manera eficaz, recordándoles su propia pecaminosidad con una frase lapidaria, y nunca mejor dicho: «*Quien de vosotros esté sin pecado, que tire la primera piedra*».

Con la mujer, Jesús es todo comprensión y compasión. No aprueba su comportamiento, pero tampoco la condena a ella. Sencilla y cariñosamente, la interpela a que cambie de conducta, con una fe increíble en la capacidad de superación de un ser humano falible como aquella mujer, que, al ser tratada con tanto respeto y cariño por el rabino carismático llamado Jesús, respetada por un varón quizá por primera vez en su vida, debió de sentirse profundamente afirmada, estimada y feliz.

Es interesante saber, como nos recuerda J.M. González Ruiz, que algunos manuscritos, significativa-

mente pertenecientes a comunidades cristianas primitivas conocidas por su puritanismo, omiten este pasaje; quizá no asimilaban la osadía de Jesús al liberar a la mujer del castigo que legalmente le correspondía, nada menos que por la ley de Moisés. Existe una lectura muy atractiva de este texto que interpreta el osado gesto de Jesús como una liberación de la ley que va mucho más allá de aquella mujer concreta. Pues la preocupación, la pasión central de Jesús, era el Reino de Dios, una sociedad nueva gobernada por la libertad, la fraternidad y la justicia para todos y cada uno de los seres humanos.

Hay suficientes pasajes semejantes a éste en los evangelios –como el de la mujer encorvada y curada en Sábado (Lc 13,10-17), o el de Zaqueo, el recaudador de impuestos (Lc 19,1-10)– para comprobar el exquisito respeto de Jesús por la dignidad radical de toda persona humana; un respeto tan patente que evocaba en el otro respeto hacia sí mismo. Consideremos el ejemplo de Zaqueo:

«Entró en Jericó y la fue atravesando, cuando un hombre llamado Zaqueo, jefe de recaudadores y muy rico, intentaba ver quién era Jesús; pero a causa del gentío no lo conseguía, porque era bajo de estatura. Se adelantó de una carrera y se subió a un sicómoro para verlo, pues iba a pasar por allí. Cuando Jesús llegó al sitio, alzó la vista y le dijo:

– Zaqueo, baja aprisa, pues hoy tengo que hospedarme en tu casa.

Bajó a toda prisa y lo recibió muy contento. Al verlo, murmuraban todos porque entraba a hospedarse

en casa de un pecador. Pero Zaqueo se puso en pie y dijo al Señor:

– Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres, y a quien le haya defraudado le restituyo cuatro veces más.

Jesús le dijo:

– Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también él es hijo de Abrahán».

Zaqueo, bajito y muy rico, corrupto y muy listo, jefe de los odiados recaudadores, se siente movido a ver a Jesús y pone manos a la obra en cuanto se le presenta una ocasión. Es uno de esos «malos» en los que hay mucho bueno más o menos latente; en su caso, una gran capacidad de generosidad y desprendimiento. Jesús adivina esa bondad y con su manera de tratarlo, autoinvitándose a alojarse en su casa (¡la casa de un pecador!), apostando por él, como quien dice, creyendo en él, sin prestar atención a las murmuraciones indignadas de sus seguidores, evoca lo mejor que hay en Zaqueo, el cual, loco de contento, da la mitad de sus bienes a los pobres y está dispuesto a restituir cuatro veces más a los que haya defraudado. De esta manera, diríamos en nuestro contexto, recupera su sentido de valía e integridad personal.

10

Asertividad cristiana

«Aprended de mí,
que soy *manso* y humilde de corazón»

(Mateo 11,29)

He usado a propósito la palabra *manso*, que aparece en traducciones tradicionales y en estampas del Sagrado Corazón que yo he tenido en mis manos, para subrayar la imagen deformada de Jesús que en otros tiempos se ha transmitido a nuestros fieles. Imagen que todavía persiste, desgraciadamente, en bastantes de ellos que se formaron según esos estereotipos religiosos. En traducciones recientes y más exactas, la palabra «manso» ya no aparece en el versículo citado; en su lugar se lee «tolerante», «paciente» u otras por el estilo. Bastantes fieles no se han dado cuenta del significativo cambio de lenguaje, tal vez porque apenas leen los evangelios.

La mansedumbre de Jesús es un mito en el peor sentido de las palabras «mansedumbre» y «mito», como deseo explicar en estas páginas. El famoso cuadro del Sagrado Corazón pintado por Bottoni en Roma es un verdadero escarnio a la hombría, el coraje y, si se me permite la palabra, la *asertividad* que demuestra Jesús en el evangelio. Es demasiado pasiva y sensible en la oferta de su corazón.

Del mismo modo que a veces se confunde «autoestima» con «arrogancia», así también se confunde «asertividad» con «agresividad». El sentido de la autoestima en clave evangélica ya se ha explicado. Hablemos ahora de la *asertividad*, expresión y, a la vez, refuerzo de la autoestima. «Asertiva» es la actitud de la persona que se autoestima y, por lo mismo, es capaz de expresar abierta y directamente sus pensamientos y sentimientos y defender sus derechos cuando a ella le parezca apropiado y prudente, sin intentar violar los derechos del interlocutor o imponerle sus opiniones. Así entendida, la asertividad es un derecho básico de todo ser humano, pues todos somos iguales en dignidad.

«Asertividad» no es «agresividad», por una parte, ni «sumisión», por otra. «Agresiva» es la actitud de quien intenta imponer al otro por la fuerza (moral o física) opiniones o decisiones propias, sin respetar la dignidad de ese otro. «Sumisa» es la actitud de quien —por miedo, por debilidad o por un mal entendido respeto— no se atreve a dar su opinión, a expresar sus sentimientos, a defender sus legítimos derechos. Con demasiada frecuencia, al buen cristiano se le ha exhortado a respetar y obedecer a sus «señores», a sus superiores, en nombre de las enseñanzas de Jesús. Nada más equivocado. Jesús no enseña ni la agresividad ni la violencia, pero tampoco la sumisión vejatoria y humillante. Enseña y practica la asertividad bien entendida. Veámoslo con el evangelio en la mano.

Para comenzar, el empeño y la pasión de Jesús era llevar a buen término la misión que su Padre celestial

le había encomendado: la proclamación e inauguración, con palabras y con obras, del Reino de Dios —fraternidad, solidaridad y justicia para todos—. Nada ni nadie pudo desviarle de este objetivo supremo. Iluminado por esta visión y por esta pasión, Jesús pasó haciendo el bien a todos, pero en especial a los desheredados, a los empobrecidos, a los enfermos, a los marginados, a los considerados pecadores por el «establishment». Jesús tenía el don de conjurar, por así decirlo, asertividad y confianza en sí mismas en personas que parecían haberla perdido.

Es lo que ocurre, por ejemplo, con el paralítico de la piscina de Betesda en Jerusalén, que había estado esperando 38 años a que alguien le zambullese en ella en el momento mismo en que el ángel agitaba las aguas, pues sólo el primero que se metía apenas agitada el agua se curaba. Jesús no se compadece, en el sentido débil de la palabra; simplemente, le pregunta: «¿Quieres curarte?». A lo que el hombre responde en estilo típicamente no-asertivo: «Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua. En lo que llego yo, ya se ha metido otro antes» (Jn 5,7). Como si estuviese esperando ser curado por arte de magia, o dependiendo de que otro le metiese en el agua, en vez de hacerlo él mismo por su propio esfuerzo. Jesús le dice tajante: «Levántate, toma tu camilla y camina». Y eso es lo que hizo exactamente el hombre, descubriendo al mismo tiempo la fuerza interior que poseía.

«Tu fe te ha curado» solía decir Jesús a los enfermos que acudían a él y se curaban. Era *su* fe, algo den-

tro de ellos mismos, lo que les permitía ser curados. Se trata de fe, no de creencias; se trata de algo activo, decisivo, asertivo; se trata no tanto de un sustantivo cuanto de un verbo, algo que se activa en nosotros y nos hace más íntegros, más completos, más sanos. Sin duda, un don de Dios, pero un don que reside en nosotros.

Volviendo a la cita del principio, es curioso que aparezca poco después de que Jesús increpase duramente al pueblo de Corozáin, al pueblo de Betsaida, al pueblo de Cafarnaún. Jesús era muy capaz de expresar su indignación y su enfado (no tenía la ataraxia del Buda, lo cual hace a Jesús más atractivo para mí) sin ser realmente agresivo y, menos aún, violento. Basta leer el capítulo 23 de Mateo, donde Jesús arremete verbal e inmisericordemente contra los maestros de la ley y los fariseos, llamándoles hipócritas una y otra vez, y necios y serpientes y raza de víboras. Sin olvidar tampoco el episodio del templo, adonde entró (Mt 21) echando fuera a todos los que estaban vendiendo y comprando en la casa de Dios, volcando las mesas de los que cambiaban dinero y las sillas de los que vendían palomas. Pienso que, según los exegetas contemporáneos, estos pasajes no tienen por qué ser leídos y entendidos literalmente. Pero ciertamente la imagen de Jesús que proyectan está muy lejos de la blandengue mansedumbre entendida como temerosa sumisión a la autoridad y al poder. Jesús sabía luchar valientemente por aquello en lo que creía y por el pueblo sometido a los poderes fácticos de su tiempo. Y así nos invita a hacer lo mismo en todas las épocas. Yo

diría que su presunta mansedumbre consistía en saber cuándo y con quién ser comprensivo e indulgente, y cuándo y con quién ser confrontativo y contundente.

Por eso quiero cerrar esta parte con un precioso texto de Khalil Gibran en su libro *Jesús, el Hijo del Hombre* (que traduzco libremente del original inglés), donde pone en boca de Natanael estas palabras:

«Dicen que Jesús de Nazaret era manso y humilde. Dicen que, aunque era un hombre bueno y justo, fue a menudo confundido por los fuertes y los poderosos, y en presencia de personas de autoridad era como un cordero entre leones.

Pero yo digo que Jesús tenía autoridad y se daba cuenta de su poder, y lo proclamaba en las colinas de Galilea y en las ciudades de Judea y Fenicia.

¿Qué hombre blando y complaciente osaría decir: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”?

Qué hombre manso y humillado diría: “El Padre y yo somos uno”?

... ..

¿Dudaba de sí mismo el hombre que dijo a los que le querían atrapar con la excusa de una adúltera: “Quien de vosotros esté sin pecado, que tire la primera piedra”?

¿Temía al poder aquel que echó fuera del templo a los que cambiaban dinero, aunque tenían licencia de los sacerdotes?

... ..

¿Se escudaba en palabras aquel que repetía una y otra vez: “Destruid este templo, y yo lo reconstruiré en tres días”?

... ..

De ninguna manera. El águila no construye su nido en el sauce llorón. Y el león no busca su guarida entre los helechos.

Me siento enfermo y se me revuelven las entrañas cuando oigo a los pusilánimes llamar a Jesús “manso y humilde” para justificar su propia pusilanimidad; y cuando los oprimidos hablan de Jesús como de un gusanillo que brilla a su lado para confortarles...»

Lecturas recomendadas

- ANDRÉS, M., *Puedo ser otro... y feliz*, Ed. Atenas, Madrid, 1989.
- BONET, J.V., *Sé amigo de ti mismo. Manual de autoestima*, Sal Terrae, Santander, 1994.
- BONET, J.V., *Aprender a quererse*, Manantial, Málaga 1998.
- BRANDEN, N., *Los seis pilares de la autoestima*, Paidós, Barcelona 1995.
- CASTANYER, O., *La asertividad: expresión de una sana autoestima*, Col. «Serendipity», Desclée de Brouwer, Bilbao 1996.
- DUVAL, A., *El niño que jugaba con la luna*, Sal Terrae, Santander 1984.
- GRÜN, A., *Portarse bien con uno mismo*, Sígueme, Salamanca 1997.
- LÓPEZ AZPITARTE, E., «El difícil arte... de amarse a sí mismo»: *Sal Terrae* 979 (Mayo 1995), pp. 397-407.
- MARTÍNEZ DE LA HIDALGA, J., «El amor a sí mismo: Fromm y la ascética cristiana»: *Surge* 45 (1987) pp. 186-199.

III

RECAPITULACIÓN

El Dios en quien yo creo

Abro el baúl de mis recuerdos...

...desde mi infancia hasta este momento, 77 años después, y descubro huellas de la presencia constante, a veces escondida, de Dios en mi vida: frases, versos, lecturas, músicas, películas, personas, figuras, amistades, encuentros, experiencias cotidianas, situaciones, pistas, susurros, atisbos, destellos... que han jalonado mi itinerario hacia el Dios de mi presente y moldeado la imagen del Dios en quien yo creo ahora, el Icono, que no el ídolo, de Dios que apunta al Indecible, al Inefable, al Misterio, y da sentido, raíz y horizonte a mi existencia.

Tengo muy en cuenta lo que acertadamente escribió C.S. Lewis, poco después de la muerte de su mujer, en *Una pena en observación*:

«Imágenes de lo Sagrado fácilmente se convierten en imágenes sagradas – sacrosantas. Mi idea de Dios no es una idea divina.

Se ha de romper una y otra vez. Él mismo la rompe. Él es el gran iconoclasta.

¿No podríamos decir que este romper imágenes es una de las señales de su presencia? La Encarnación es el ejemplo supremo».

Signos, pistas, destellos de su presencia, sí, pero no pruebas racionales irrefutables a favor o en contra de su existencia. Si los hubiera, sospecharía de su validez. Pero CREO: lo apuesto y lo arriesgo todo por el Dios en quien yo creo. Esos signos los iré desgranando libremente al hilo de la memoria. No estarán todos los que son, pero sí son todos los que están.

«Nadie lo ha visto a Dios. Nadie lo sabe»

Bella manera de advertir de la inefabilidad de Dios, del ineludible apofatismo (incapacidad de hablar) del ser humano ante el misterio divino, estos versos de Pedro Casaldàliga:

«En la oquedad de nuestro barro breve
el mar sin nombre de su luz no cabe.
Ninguna lengua a su verdad se atreve.
Nadie lo ha visto a Dios. Nadie lo sabe».

«Lo verdaderamente importante es precisamente aquello de lo que no podemos hablar» (Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, 6.432). De ahí el silencio del filósofo alemán sobre Dios en su célebre obra. De ahí, tal vez, el silencio del Buda acerca de la divinidad.

Así lo reconocieron los Santos Padres: «Siempre es peligroso hablar de Dios» (Orígenes). «Él es todo lo que es y nada de lo que no es» (Pseudo-Dionisio). Así lo reconocen teólogos como Tomás de Aquino: «Dios mora como en una especie de tinieblas impenetra-

bles... ignoramos absolutamente lo que es». Y, sobre todo, los místicos: «A Dios más se llega el alma no entendiendo que entendiendo ... ¡Cuán impropios son todos los vocablos con que se habla de Dios! ... Ningunas formas ni noticias sobrenaturales que puedan caer en la memoria, son Dios; y de todo lo que no es Dios se ha de vaciar el alma para ir a Dios» (Juan de la Cruz).

Frase, esta última, que me recuerda al Maestro Eckhart cuando dice: «Lo más alto y sublime de lo que uno puede desprenderse es Dios por el mismo Dios... Imploro a Dios que me libere de Dios». No podemos hablar del Inefable, no tenemos derecho, pero no podemos menos de hablar de Él / Ella / Ello, porque lo intuimos tan fundamental, tan fundante para nosotros, para mí en concreto. Del Dios en quien yo creo no podemos hablar y, sin embargo, hablo... y escucho.

Con Juan de la Cruz oigo apenas su voz en «un no sé qué que quedan balbuciendo» sus criaturas. Oír quedamente la voz, el verbo del Creador en el balbucir de sus criaturas. Escuchar el susurro de Dios en el susurro de la brisa en el bosque, en el ir y venir de las olas... Recuerdo aquella tarde, ya remota, en la que, sentado inmóvil sobre una roca, contemplaba en profundo silencio el majestuoso fluir del río Mississippi, arrullado por el murmullo del viento suave que jugaba entre las ramas de los árboles. Recuerdo también aquellos amaneceres, no tan remotos, en Lonavla, bajo los árboles del bosque que antes había sido selva, escuchando silencioso el canto de aquel pájaro, que para mí era un trovador de Dios. Y recuerdo el Océano

Índico, contemplado desde la atalaya de Baga en Goa, cabrilleando bajo el sol del amanecer, los delfines jugueteando sobre sus mansas olas. Recuerdos imborrables que, sin esfuerzo, me remitían al Creador.

Cuando, hace años, se publicó el libro *Sincero para con Dios*, del obispo anglicano John A.T. Robinson, se levantó cierto revuelo en algunos círculos católicos de nuestro país. Eso de referirse a Dios como «el fundamento de nuestro ser» parecía poco ortodoxo, por impersonal. A mí, en particular, me resultaba difícil orar a un «fundamento», en vez de orar a una «persona». Con el paso de los años he ido aceptando la validez y la fuerza de esta y otras metáforas más llamativas (como, por ejemplo, «Dios es Negra») que intentan aproximarse a Dios, sin lograrlo del todo, por supuesto. Hoy es para mí significativo hablar de Dios como «la fonte que mana y corre, aunque es de noche», en palabras de Juan de la Cruz, o como «compañero de camino», en palabras de A.N. Whitehead, a sabiendas de que no acotan, ni mucho menos, la realidad misteriosa que desean expresar. Éste es el Dios en quien yo, oscuramente, creo, y a Él acudo para saciar mi sed, para aliviar mis fatigas, para vislumbrar en la oscuridad.

Epicuro tenía razón

Y también la tenía Voltaire cuando proclamaba en verso, con ocasión del maremoto de Lisboa en el siglo XVIII, el silogismo de Epicuro: si Dios es todopodero-

so y no impide el sufrimiento de los inocentes, entonces no es todobondadoso; si Dios es todobondadoso y no puede impedirlo, entonces no es todopoderoso. Luego no hay Dios. ¡Cuánta gente ha llegado a la misma conclusión a la vista de los desastres de la guerra, de las hambrunas, de los genocidios, de la tiranía, de la esclavitud, de las catástrofes naturales!

Yo le daría la razón a Epicuro si para mí tuviera sentido decir que está en manos de Dios interrumpir los procesos naturales de un mundo regido por leyes autónomas, con una autonomía creada por el propio Dios. Los predicadores de aquel tiempo contribuyeron al escándalo declarando desde el púlpito que el maremoto era castigo de Dios por los pecados de los lisboetas.

Confieso que hay algo insondablemente misterioso en este problema del mal y del sufrimiento de los inocentes. Pero yo no puedo creer ni creo que el Dios de Jesús, el Dios Amor, todo amor y nada más que amor, no impediría, si pudiera hacerlo, las calamidades que se abaten por doquier sobre la humanidad y sobre seres humanos con nombre y apellidos. Prefiero creer que no puede, aunque ello parezca teológicamente incorrecto. El Dios en quien yo creo no puede impedir las, pero sí puede estar a nuestro lado dándonos fuerzas para sobrellevarlas en lo posible, y alentándonos incansablemente hacia un horizonte escatológico de felicidad transmunda. El Dios en quien yo creo es nuestro compañero de camino y de fatigas.

Cuando la desgracia —una enfermedad grave, la muerte de un ser querido, etc.— nos azota, tendemos a

preguntarnos: «¿Qué he hecho yo para merecer esto?» Implícitamente acusamos a Dios de enviarnos personalmente este castigo y, además, nos acusamos a nosotros mismos de merecerlo por alguna culpa más o menos confusamente sospechada. Y, por otra parte, cuando nos sentimos atrapados en alguna situación sin salida, acudimos a Dios para que nos eche una mano y nos saque del atolladero.

El Dios en quien yo creo «no nos saca las castañas del fuego». Nos considera adultos, capaces de utilizar los recursos que Él mismo sembró en nosotros y, de ayudarnos mutuamente, si queremos. Exquisitamente respetuoso con nuestra libertad, tampoco se entromete en los procesos naturales (enfermedad y muerte, por ejemplo) del universo creado y, por tanto, limitado e imperfecto. Él está siempre ahí discretamente, dando ser y vida a todo cuanto existe. No podemos instrumentalizarlo para que haga por nosotros lo que no puede hacer, por ser imposible, tan imposible como la cuadratura del círculo. Ni el mismo Dios puede hacer un círculo cuadrado, ni tampoco un mundo sin dolor, ni siquiera para los inocentes. Por eso, el Dios en quien yo creo nos invita a vivir sin Él y en su presencia, como recomendaba Bonhöffer.

Leo en *El cristianismo y la enfermedad*, de J.C. Bermejo (libro que recomiendo encarecidamente) el testimonio real de una mujer valiente que, una tarde de Navidad, entró en una iglesia y se dirigió a Dios diciéndole:

«Te estás pasando conmigo, ¿sabes? Amé a un hombre encantador, me casé con él, y resultó un farsante que

me destrozó la vida. Dejé mi trabajo para cuidarle en su enfermedad y tan bien lo hice que volvió a ser el de siempre, y tuvimos que separarnos. Recibí una sola transfusión y me metieron en la sangre la enfermedad más terrorífica del siglo. En menos de un año he perdido el trabajo, el marido, la estabilidad económica y hasta la esperanza de una muerte digna. ¿Por qué me haces esto? ¿Qué clase de heroína crees que soy? ... Ya sé que soy una pecadora, pero jamás creeré que me estás castigando por algo. ¿Dónde quedaría entonces aquello de la oveja perdida o de la fiesta en tu Reino por el pecador que se convierte y todo lo demás?».

Ya sé, por experiencia propia, que cuando la desgracia nos golpea, a nosotros personalmente o a nuestros seres más queridos, tendemos a reaccionar como esta creyente admirable (no siempre tan admirablemente como ella), que se niega a creer que Dios la está «castigando por algo». Tal vez nos ayudaría también creer, de verdad, que Dios no nos envía estas pruebas.

«Sólo por hoy seré feliz...»

Se atribuyen a Juan XXIII, el Papa Bueno por antonomasia, estas palabras:

«Sólo por hoy seré feliz, en la certeza de que he sido creado para la felicidad, no sólo en el otro mundo, sino en éste también».

Creado por Dios para nuestra felicidad, no tanto como para su gloria y su servicio. Al crearnos por

amor, Dios no necesita que le sirvamos o le glorifiquemos a Él, sino que procuremos nosotros ser felices y hacer felices a los demás, y así le glorificaremos y serviremos. Entiendo la contundente imprecación de Borges en versos de gélida belleza:

«He cometido el peor de los pecados / que el hombre puede cometer: no he sido / feliz...»

Yo creo en el Dios que, en Jesús, nos anuncia la Buena Nueva y nos propone un programa cristiano de felicidad humana que me gusta condensar en cinco puntos:

1. La construcción del Reino, esa NUEVA SOCIEDAD, vigente y presente ya (aunque todavía no del todo) en este mundo, a la que nos invita Jesús y que otorga sentido a nuestra vida, le da su por qué y su para qué.
2. El meollo del mensaje evangélico –DIOS ES AMOR, Y LA ÚNICA LEY ES AMAR, es decir, que nos amemos unos a otros como a nosotros mismos, que nos sirvamos unos a otros, sin distinción de raza, de color, de cultura, de sexo, de orientación sexual, de etnia, de SIDA ni de nada– crea en ese REINO un clima muy favorable, evidentemente, a la felicidad de todos.
3. Este amor cristiano no tiene sólo una dimensión interpersonal, sino también una dimensión social y universal tan fuerte que propicia, sin lugar a dudas, la solidaridad con todos y la justicia para todos. Éste sería el sueño de Dios, la NUEVA HUMANIDAD

en la que se haría posible una felicidad universalmente compartida.

4. Esta Nueva Humanidad, donde reinan el amor y la paz, la solidaridad y la justicia, *de ninguna manera niega*, sino todo lo contrario, el valor felicitante que pueden tener y tienen los gozos y goces humanos a nivel sensorial, corporal, mental, intelectual, psíquico, estético, espiritual: música, poesía, danza, cine, teatro, TV, humor...; comida, bebida, sexo... ; amistad, conversación, deporte...; pues todo ha sido creado por Dios para deleite del ser humano.
5. El horizonte de «un nuevo cielo y una nueva tierra», de un más allá eterno de felicidad perfecta, en unión íntima con Dios, fuente de toda felicidad, que nos ofrece el evangelio gratuitamente (aunque no sepamos ni cómo ni dónde ni cuándo), consolida nuestra esperanza, reduce el temor a la muerte, fortalece nuestro compromiso con el REINO y reafirma el sentido de nuestra existencia y, por tanto, nuestra felicidad.

Sí, el Dios en quien yo creo nos ha creado para la felicidad; pero la muerte acecha y, a veces, nos amarga el sabor de la vida. Recuerdo una escena de la ópera «Carmen». La cigarrera se echa las cartas, y éstas le anuncian su muerte. Todavía me parece oír el grito musical, grave y horrorizado, de la mujer, subrayado por la orquesta: *¡La mort!* Son bastantes los que tienen miedo a morir. Yo le tengo más miedo al sufrimiento

que suele preceder a la muerte, pues, al fin y al cabo, como escribía Martín Descalzo cuando estaba ya a las puertas de la muerte y lo sabía, y se enfrentaba a ella con fe, con esperanza y valentía:

«Morir sólo es morir, morir se acaba.
Morir es una hoguera fugitiva,
Es cruzar una puerta a la deriva
Y encontrar lo que tanto se buscaba».

Creo que morir «es cruzar una puerta a la deriva / y encontrar lo que tanto se buscaba». Encontrar de una vez por todas el cumplimiento de lo más auténtico y profundo de todos aquellos deseos, sueños y aspiraciones de plenitud que han estado latentes en el curso de nuestra vida y en lo profundo de nuestro corazón, y que de vez en cuando afloran a la superficie de nuestra consciencia.

En todo caso, creo en la resurrección. O, si se prefiere, la espero con toda mi alma. Sé que he de morir, que cuerpo y alma dejarán de existir, y creo que Dios resucitará nuestra mismísima persona a una vida en otra dimensión más allá de la muerte, más allá del dolor. Como resucitó a Jesús, nuestro hermano. No me preguntéis cómo, pues no lo sé. Admiro la serenidad de Tierno Galván, quien creía sinceramente que al morir se extinguiría sin dejar rastro, irremisiblemente. Admiro, pero no comparto, esa honrada, valiente creencia de tantos como él. El Dios en quien yo creo es Dios de vivos y no de muertos y nos resucitará a todos, Tierno Galván incluido, por supuesto. Resucitaremos a la felicidad eterna.

«Un pájaro de origen hindú...»

...llamado Tony. Cuando, hace un año, estaba escribiendo *Anthony de Mello. Vivir en plenitud* (Ed. Manantial, Málaga 1999), un compañero de trabajo me llamó la atención sobre una columna aparecida en *Noticias Obreras* y en la que J.M. Toro, a propósito de la advertencia de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre los escritos de Tony, decía bellamente:

«Hace tiempo, un pájaro de origen hindú comenzó a cantar posado en el árbol de la vida. Y su canto inundó nuestros corazones de alegría, y nuestra mente de claridad. Y cuando alzó el vuelo y se fue, las ramas de nuestro ser en las que anidaron sus palabras se estremecieron y se transformaron».

Con esta cita cerré aquel libro, en el que relato lo que aprendí con Tony de Mello en la India, a través de su trato personal (y personalizado), de su psicoterapia, de sus charlas y de sus libros; y con ella quiero empezar estas páginas de recuerdos evocadores del Dios en quien yo creo, pues Tony ha sido un importante hito en mi camino hacia Él; ha sido para mí un pedagogo espiritual extraordinario, maestro de oración en su sentido más ecuménico, y de libertad en su sentido más profundo.

Recuerdo en especial el taller de oración impartido por Tony a unos cincuenta jesuitas de la India, entre los que me contaba yo, durante cinco días en Goa, en el verano de 1977. Para mí fue una experiencia crucial en mi itinerario espiritual. Tenía yo 54 años y me

encontraba en un momento de aridez, de fatiga generalizada, y de sequedad oracional en particular. El taller fue como zambullirse en una piscina de agua limpia y fresca en un día caluroso de verano, bajo el sol abrasador de Goa en Mayo. Se encendió una luz en mi mente y una llama en mi corazón. Ocurrió algo dentro de mí que me condujo suavemente a mi «Segundo Viaje», es decir, a una etapa nueva de mi vida adulta: de Bombay a Pune; de la enseñanza universitaria al acompañamiento espiritual; de certezas establecidas a replanteamientos radicales; de la desorientación y el cansancio a la libertad y la vitalidad.

Pues bien, en Goa Dourada, durante aquellos días de comidas parcas y conversaciones vivas, de noches bochornosas de calor y mosquitos, Tony desgranaba con fluidez sus pensamientos y experiencias en el arte de orar. Recuerdo en especial un episodio. En respuesta a una pregunta mía, Tony me invitó a cerrar los ojos e imaginar vivamente a Jesús sentado a mi lado y conversando amigablemente conmigo. Yo le contaba mis cosas y, secundando la sugerencia de Tony, intentaba imaginar que Jesús me decía: «José-Vicente, te estoy muy agradecido por todo lo que has hecho por mí». En vista de mi resistencia a aceptar de verdad esas palabras de boca del Señor, me recomendó que aquella tarde saliese solo de paseo durante un largo rato, imaginando sin ansiedad que el Señor me acompañaba y me repetía de vez en cuando esas palabras de gratitud. Recuerdo muy bien que, contemplando un arbusto en flor, caí en la cuenta de que sus palabras habían calado hondo y me las creía de verdad.

Entonces sentí una gran alegría interior, de la cual todavía percibo un eco siempre que rememoro el episodio.

El Dios en quien yo creo cuenta con nosotros y agradece cualquier cosa que hagamos por Él, es decir, por nuestros hermanos, como dar de beber al sediento... Más que creer en Él, le interesa que la gente se quiera; se manifiesta más en la solidaridad práctica que en la religiosidad formal.

Este recuerdo me traslada en «flashback», sesenta años atrás, a la penumbra de la iglesia del Patriarca en Valencia, donde por vez primera percibí oscuramente que Jesús el Resucitado estaba realmente presente en la Eucaristía, vivía y me acompañaba y me llamaba. Me llamaba a la Compañía de Jesús, donde ingresé a los pocos meses con la esperanza de ir a la India como misionero. En el Noviciado, en el Monasterio de Vuelva, a los pies del Moncayo, di pasos primerizos pero fundamentales hacia Dios y hacia su Reino. Pequeños pasos cuyas huellas nunca han sido borradas del todo por otros vientos del espíritu que me han llegado desde entonces. Y allí también, dos años más tarde, sentí otra vez esa percepción oscura de Jesús Vivo acompañándome mientras descendía del Moncayo.

Más adelante, en los cincuenta, y mientras era estudiante de Física en un lugar lejano, volví a sentir inesperadamente esa oscura presencia cuando escuchaba por primera vez «La Pasión según San Mateo» de Bach. Al llegar al famoso coral de la corona de espinas, el director de orquesta nos invitó a los dos mil

asistentes a levantarnos y cantarlo con el coro. Fue una intensa experiencia que nunca he olvidado. Se me puso la piel de gallina, como si estuviésemos consolando al Señor en su pasión. Honestamente, no creo que fuese un caso de histeria colectiva. Para mí fue una sencilla experiencia de fe profunda y sentida. También por aquellos años descubrí por casualidad un fascículo de tapas verdes, arrinconado y cubierto de polvo, titulado *El peregrino ruso*, que alimentó mi deseo de Dios durante mucho tiempo.

El Dios en quien yo creo se hace presente en los momentos más inesperados, donde, como y cuando le place. En realidad, siempre está presente, aunque nosotros no siempre lo sintamos. Pienso que todos en todo momento estamos en estado de gracia, pues Él siempre está vivo y operante en lo más hondo de nuestro ser, dándose y dándonos gratuitamente, aunque no nos demos cuenta. Lo más importante no es que nos demos o dejemos de darnos cuenta, sino que Él está ahí. Lo más importante no es que nosotros pensemos en Él, sino que Él piensa en nosotros. Lo más importante no es que nosotros le invoquemos por su nombre, sino que Él lleva el nuestro tatuado en la palma de su mano (Is 49,16). Lo más importante no es que le amemos con todo nuestro corazón, sino que Él nos ama con todo su corazón. Lo más importante no es que le hayamos o no le hayamos abandonado, sino que Él jamás nos abandona (Rom 8,39) [Adaptado, con agradecimiento, de *La transparencia del barro*, de Benjamín González Buelta]. Dicen que sobre el dintel de

la casa de Jung se leía la siguiente inscripción: «*Aunque no le invoquemos, Dios está presente*».

Más tarde, en el Instituto Sadhana, fundado, y dirigido entonces por Tony, descubrí *La Nube del No-Saber*, un clásico espiritual y literario del medievo inglés. Me habría gustado mucho conocer a su anónimo autor, con quien en una ocasión dialogué por escrito —en mi imaginación, se entiende—. Tiene encanto, tiene hondura ese libro. Es uno de esos libros que leo y releo o, por lo menos, hojeo de vez en cuando, y hasta trato de ponerlo en práctica alguna vez. La «Nube» de la que habla es una metáfora de la barrera impenetrable que se interpone entre los seres humanos y Dios en esta vida y que nos impide llegar a Él con meras palabras o conceptos o, mucho menos, con raciocinios. Sólo nuestro más ardiente deseo, como un dardo encendido disparado una y otra vez hacia el Dios oculto, puede atravesar esa nube y, tal vez, disfrutar momentáneamente de la divina presencia.

El dardo puede revestirse de una palabra que cristalice mi deseo de Dios: Dios, Abba... o la sagrada sílaba OM de los hindúes, que, repetida de corazón desde el silencio de nuestra mente, se irá espaciando cada vez más, se irá pronunciando cada vez menos, hasta que sólo quede un profundo silencio interior. Nos dice Tony en un artículo suyo poco conocido:

«Como el *mantra* o *bhajan* en la India, donde la palabra o la fórmula se acoge primero con la mente, y luego se repite incesantemente hasta crear un silencio en el que la fórmula es transferida desde la mente al corazón, y su significado profundo se entiende, más allá de toda

palabra o fórmula..., como el rico silencio que sigue al tañido del gong en el templo».

No sólo sus palabras, sino el talante mismo de Tony, su persona, era una invitación a la libertad responsable. En el Instituto aprendíamos a sentirnos libres para cuestionar, desde lo fundamental de nuestra fe, todas las creencias religiosas que habíamos introyectado, consciente o inconscientemente, en el curso de nuestras vidas. Un proceso doloroso a veces, que enriqueció el icono del Dios en quien yo creo hoy. El grupo nos ayudaba a contrastar nuestras intuiciones.

Ya he mencionado antes, hablando del «infantilismo eclesial», el lamentable hecho de que muchos fieles no se atreven a pensar por su cuenta, desde su razón y desde su fe, y continúen manteniendo creencias religiosas peregrinas o nada evangélicas. Leemos en la tira 26 de la «Comic-storia de la Iglesia», publicada regularmente en *Vida Nueva* por Cortés (gran teólogo del «cómic»), que Tomás de Aquino ya se preguntaba «*Utrum christiani cogitare debant*», es decir, si deben pensar los cristianos. Y respondía que sí, pues, en el contexto del siglo XIII, el Doctor Angélico era un gran defensor de la inteligencia humana, obra maravillosa del Creador. «¿Cómo puede Dios estar contento de una fe que sólo se tiene en pie porque no se plantea seriamente...? Quien sólo cree porque sí, no está lejos de los fanáticos y los integristas... PIENSAS, LUEGO INSISTE», mantiene Cortés. Pienso que él se habría encontrado a gusto en «Sadhana».

El Dios en quien yo creo nos anima a replantearnos seria y responsablemente nuestra fe con nuestra inteligencia y desde nuestra conciencia.

«I love you» ... «I love you too»

«Te quiero» ... «Y yo también a ti»: escena de amor más emotiva que muchas de las que ocupan las pantallas, de la película *Pena de muerte*: el joven condenado y a punto de sucumbir a los efectos de la inyección letal le dice a la religiosa que le ha acompañado en sus últimos días, mirándola cariñosamente y silabeando cuidadosamente, a través del cristal que los separa: «Te quiero»; a lo que la religiosa responde emocionada: «Y yo también a ti». Esto, después de haber pedido perdón a los padres de sus víctimas y haber denunciado valientemente, dirigiéndose a los testigos al otro lado del cristal, que nadie, *nadie*, tiene derecho a matar otro ser humano: ni él, ni ellos, ni el Estado.

Es una de las películas de la última década que más me han hecho pensar y sentir. Es un elocuente alegato contra la pena de muerte, esa práctica salvaje, cruel e innecesaria que, afortunadamente, va desapareciendo en nuestros días, aunque no del todo. Práctica patentemente contraria al espíritu del Sermón de la Montaña, que la Iglesia ha sido lenta en condenar inequívocamente, a pesar de que su Señor fue ejecutado en una cruz, como han sido ejecutados miles de sus seguidores en el curso de los siglos, hasta en nuestros días.

El Dios en quien yo creo rechaza la pena de muerte, le horroriza ver el sufrimiento letal, el asesinato legal de cualquiera de sus hijos, por peligrosos criminales que sean, y se alegra de que la Iglesia también haya expresado su deseo de que se destierre al fin, después de siglos de justificarla. El Dios en quien yo creo se alegraría especialmente el 25 de Diciembre de 1998, cuando Juan Pablo II dio la bienvenida «a cuantos se han reunido aquí para defender la vida humana y suprimir la pena de muerte», y habló «con la esperanza de que se destierre la pena de muerte». Los obispos franceses y norteamericanos sí que la han condenado clara y contundentemente, pero no así la Iglesia en su conjunto.

¿Por qué, me pregunto, cuando en 1764 el italiano Cesare Beccaria publicó *De los delitos y de las penas* (Alianza Editorial, Madrid 1982), su libro fue prontamente puesto en el «Índice de Libros Prohibidos», por su doctrina penal que criticaba severamente la pena de muerte? Eran otros tiempos, se dirá. Sí, pero no deja de ser triste que a la Iglesia de Jesucristo el Crucificado, cuya comunidad primitiva «quiso vivir un radicalismo evangélico por el que se renunciaba incluso a la propia defensa para no atentar contra la vida del agresor» (E. López Azpitarte, «La pena de muerte en el Nuevo Catecismo»: *Razón y Fe* [Marzo 1993], p. 266), le esté costando tanto tiempo condenar sin ambages la pena de muerte.

«No parece que el cristiano, justo y sabio,
trate de salvar su propia vida con la muerte de otro»
(SAN AMBROSIO)

Lo más triste es que los defensores de la pena de muerte apoyaban a veces sus argumentos en la imagen iracunda y tremenda del Dios justo y justiciero que condena al fuego eterno a los que mueren en pecado sin haberse arrepentido. Una imagen hondamente implantada en la conciencia de muchos creyentes por el adoctrinamiento recibido y elocuentemente plasmada por grandes pintores cristianos y pequeños ilustradores de catecismos.

El Dios en quien yo creo odia también el mito que le hemos atribuido, esa tortura eterna y feroz que llamamos «infierno». Ni siquiera me es posible creer que sea capaz de crearlo. La moderna exégesis bíblica, en sus diversas escuelas y corrientes, rechaza el mito del infierno literalmente entendido. Lo interpreta como un término exhortativo, como un símbolo intencional, no como una doctrina que se ha de entender literalmente. «El infierno no puede justificarse en sí mismo, ni siquiera en nombre de la autocondenación elegida libremente, porque se olvida la dimensión trágica del pecado y el contexto situacional al que alude el pecado original, que condiciona la libertad, como explicitan Estrada y W. Kalghofer» (A. Beristain, en *Razón y Fe* [Marzo 2000], pp. 260-261).

«Me siento caminando / por un prado mullido»

Así describía, sin premeditación, su presente espiritual hace pocos años E.C., una mujer a quien admiro y quiero de una manera especial (y me siento querido

por ella), con quien he aprendido mucho y sigo aprendiendo. Y a continuación, proseguía: *«Mis manos están libres / y mi paso es ligero. / El espinoso me ofrece / sus flores luminosas. / El camino ante mí / me lleva a todas partes. / Yo no temo a la noche; / la luna y las estrellas / son ojos protectores / que velan nuestro sueño...»* Yo me sentía entonces, y me siento aún ahora, reflejado en su presente espiritual, en estos versos, donde Dios parece estar ausente aunque sus huellas estén en todas partes.

El Dios en quien yo creo se ausenta con frecuencia sin previo aviso, y entonces yo me siento «mudo y vivo en su ausencia». Como ella, *«No estoy solo, y me siento / a contemplar la vida, / que comparto con otros / y brota en todas partes»*. Brota en los lugares más inesperados, en las personas más inusitadas. Brota como la fuente que mana y corre, aunque sea de noche.

Las mujeres que he conocido en mi vida también han moldeado el icono del Dios en quien yo creo. Recuerdo en especial a A.A. y a P.C. en la India. Su amistad y su confianza a lo largo de los años me han enseñado muchísimo. Ninguna de las dos es cristiana, pero ambas son profundamente humanas, que es lo fundamental. Me P.C. decía en una ocasión: «Nos conocemos desde hace tanto tiempo, y nunca has intentado convertirme...» Le contesté sinceramente: «Tú me has enseñado más a mí de lo que yo podía enseñarte a ti». Era la pura verdad.

P.C., inteligente, cultivada, culta, respetuosa de todas las tradiciones religiosas, incluido el cristianismo, por supuesto, se consideraba —se reconocía, más

bien— agnóstica, incluso hacia su propia tradición hindú; pero ¡qué profundidad espiritual, qué solidaridad humana, qué sensibilidad hacia el sufrimiento ajeno, qué impulso para ir al centro de las cosas...! No albergo la menor duda de que ya ha entrado, con pleno derecho, en el Reino de Dios. Aquí y ahora, quiero decir, pues todavía vive. Me gusta creer que algo de su espíritu se me ha «contagiado» después de tantos años de amistad.

El Espíritu del Dios en quien yo creo sopla donde quiere. Aletea en el fondo de todo ser humano, animándole a volar. «Provocans ad volandum» es el lema del escudo de St. Xavier's College, de Bombay, donde enseñé durante 25 años. Cuando desembarqué en Bombay —actualmente Mumbai— una torrencial mañana de Agosto de 1955, iba con el implícito deseo de ayudar a la conversión de muchos no cristianos a la religión verdadera. Poco a poco me di cuenta —nos dimos cuenta— de que no podía ni debía ser ése el objetivo de nuestros afanes.

Nuestra función, nuestra vocación, era dar testimonio de las enseñanzas y la persona de Jesús, icono por antonomasia del Dios de todos, del Dios sin favoritos ni elegidos, que ya percibíamos activo y operante en nuestro entorno hindú, musulmán, animista o lo que fuera, tanto como en la Iglesia de Jesucristo, porque su Reino trasciende los límites de su Iglesia. Después de 32 años en la India, donde habitan, sueñan y trabajan 1.000 millones de hombres y mujeres y donde debe de haber tan sólo unos 20 millones de cristianos, me es literalmente imposible creer en un Dios que mantenga

a distancia, por así decirlo, a las multitudes que no conocieron, no conocen y no conocerán a Jesucristo, o que favorezca más a los unos que a los otros. El Dios en quien yo creo no tiene favoritos y ama a todos por igual, precisamente porque, como enseña claramente el Nuevo Testamento, DIOS ES AMOR y no puede evitar amar a todos y a todo.

Al Dios en quien yo creo le complace la declaración de Ibn Arabi, poeta musulmán español:

«Hubo un tiempo en que yo rechazaba a mi prójimo si su religión no era como la mía. Ahora mi corazón se ha convertido en el receptáculo de todas las formas: es pradera de las gacelas y claustro de monjes, templo de ídolos y Kaaba de peregrinos, Tablas de la Ley y Pliegos del Corán. Porque profeso la religión del amor y voy a dondequiera que vaya su cabalgadura, pues el amor es mi credo y mi fe».

Nuestra función era también ayudar a crear una comunidad cristiana, una Iglesia autóctona, plenamente india y unida a la Iglesia universal, al resto del pueblo de Dios en el resto del mundo. Esto se ha conseguido en gran medida, aunque la Iglesia india no sea todavía tan india como sería de desear, pero lo va siendo cada vez más, y abrigo la esperanza de que lo será más aún en relativamente poco tiempo. El Dios en quien yo creo no cree que la Iglesia europea sea el ombligo del mundo cristiano y el modelo al que se han de ajustar las demás Iglesias.

«Dios, concédeme la serenidad...»

Ésta es la ORACIÓN DE LA SERENIDAD, propia de Alcohólicos y Narcóticos Anónimos (y apta para todos los demás), que tanto han ayudado a tantos y tantas a superar o controlar la adicción:

«Dios, concédeme la serenidad
para aceptar las cosas que no puedo cambiar,
valor para cambiar aquellas que puedo,
y sabiduría para reconocer la diferencia».

Guardo un recuerdo imborrable de aquellos a quienes he acompañado en su dolorosa trayectoria de recuperación. Algunos sobreviven, y otros no. En su compañía he aprendido, entre otras muchas cosas, que el Dios en quien yo creo es infinitamente paciente con las torpezas y las debilidades humanas. ¡Ojalá los hombres fuéramos tan pacientes como Él!

Recuerdo especialmente a V.J., a D.R., a D.A. y, en la India, a Lázaro, «el que resucitó de entre los muertos». Lázaro formaba parte de una cuadrilla de muchachos que, sin acabar el colegio y sin trabajo, pasaban el tiempo fumando hachís y bebiendo ilegalmente brebajes alcohólicos en los alrededores del gran Taj Mahal Hotel de Bombay, allá por los años sesenta. Nos hicimos amigos, se sentían a gusto conmigo y yo con ellos, aunque sabían muy bien que su afición al «chillum» no me gustaba nada.

Poco a poco, algunos de ellos fueron dejando atrás esas aficiones; otros, por el contrario —entre ellos Lázaro—, se aficionaron a sustancias más fuertes. Una

noche, después de una orgía de drogas duras y alcohol, Lázaro desapareció. Ninguno de sus amigos sabía donde estaba. Ni siquiera lo encontramos en los hospitales. Decidimos que había muerto de una sobredosis y que estaría enterrado Dios sabe dónde... Al cabo de dos semanas sin saber nada de él, sus amigos, piadosos católicos, decidieron ofrecer una misa por el eterno descanso de su alma. Así lo hicimos, y dos días más tarde ocurrió el milagro. Lázaro reapareció, no exactamente fresco como una rosa, pero sí mucho más sobrio que de costumbre. Había estado «reponiéndose» en una especie de hospital carcelario en el que lo metió la policía aquella noche famosa, cuando le encontraron vagando como un «zombie» por las afueras de Bombay. Celebramos por todo lo alto su «resurrección» de entre los muertos.

Quiero mucho a Lázaro y tuve la alegría de verle en una de mis últimas visitas a Bombay. Había dejado las drogas y el alcohol, había trabajado muchísimo y había ahorrado lo suficiente para comprarle una casa nueva a su madre enferma; y se había casado. Para colmar su contento sólo le faltaba tener un hijo. Espero que ya lo tenga.

Desgraciadamente, D.A. no sobrevivió. Murió a consecuencia del SIDA, arropado por el amor de los suyos; lo vi con mis propios ojos. Durante años había vivido alejado de los sacramentos. Tampoco recibió el sacramento de la reconciliación antes de morir. ¿Puedo dudar de que Dios lo acogiera tiernamente y lo arroparía eternamente en su corazón? En absoluto. El Dios en quien yo creo no exige peaje para acoger a

nadie, y menos a personas como D.A., que, después de superar una adicción tan tiránica como la droga y haber dedicado varios años de su juventud a ayudar a otros compañeros a superarla, muere víctima del SIDA.

Abrigo la firme esperanza de que el Dios en quien yo creo, cuando le vio en su presencia, le dijo: «Ánimo, hijo, ya has llegado». Le tomó de la mano y le enseñó su casa, y solamente, como de pasada, comentó: «Ya teníamos ganas de verte aquí con nosotros». Y sus fallos quedarían sepultados para siempre en el baúl vacío de los recuerdos muertos. Y D.A. empezaría a entender que Dios es gratuito, como el agua, como el sol. Empezaría a entender, por fin, la parábola del hijo pródigo. Y se le quedaría clavada en el corazón una palabra eterna que le había estado diciendo desde siempre, aunque él no la había oído hasta entonces: ¡HIJO! Y sentiría por primera vez una alegría no pasajera.

Este hermoso texto, adaptado de un autor desconocido para mí, me lo dio V.J., amigo entrañable, superviviente y libre hoy, después de intentar desengancharse una y otra vez. Lo oyó en el funeral de otro colega que no sobrevivió, le tocó el corazón y me lo regaló adherido al dorso de un cuadrito que él mismo había pintado: un río muy azul entre colinas pardas desembocando en el ancho mar y, en el horizonte, el sol naciente. ¿Qué le decía a él ese cuadro? Se lo preguntaré uno de estos días. A mí me traía la voz de Jorge Manrique: «*Nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar / que es el morir...*» Morir, me decía, es como sumergirse en el océano y, unidos al

océano, pervivir eternamente en el calor radiante del sol. El Dios en quien yo creo es como ese océano y como ese sol. En todo caso, ya lo veremos cuando nos llegue la hora.

V.J. nació en Levante y conoció el amor de su madre, que murió demasiado pronto para él; todavía la echa de menos. Luego ocurrieron muchas cosas, hasta que, hace unos tres años, nos conocimos en un momento en que él había tocado fondo y no sabía cómo salir del oscuro pozo de la adicción. Aparte de animarle a participar en algún cursillo de Autoestima (la tenía muy baja, como era de esperar) y Bioenergética, y de darle algún que otro libro, no soy consciente de haber hecho nada especial, sino ser su amigo sin juzgarle, y continuar siéndolo a través de todos sus altibajos y tropezones hasta hoy, que vive dignamente sin las muletas paralizantes de la droga.

«Eppur si muove»

“Y, sin embargo, se mueve”, frase lapidaria atribuida a Galileo, padre de la física moderna, cuando se retractó a regañadientes ante el Tribunal de la Inquisición de su teoría de que la tierra giraba alrededor del sol, contradiciendo lo que, según los inquisidores, dice la Biblia. Galileo tenía razón, y no la tenía el Cardenal Bellarmino, ilustre teólogo jesuita. Siglos más tarde, en las postrimerías del siglo xx, el Papa pidió perdón por la retractación que la Iglesia impuso injustificadamente a Galileo.

El Dios en quien yo creo no tiene problemas con la ciencia auténtica, que va descubriendo las admirables estructuras del cosmos creado por Él. Pero hay científicos, no todos, que sí tienen problemas con Dios. O, por lo menos, con la imagen que se formaron de Él en los colegios en los que se educaron. Como Grisolí, eminente bioquímico y candidato que fue al Premio Nobel, quien, en una entrevista hace cuatro años, al preguntarle: «¿Es usted creyente? ¿La idea de Dios cambia la fe de un científico?», contestó:

«Soy creyente de una forma muy especial. Me resulta imposible explicarme muchas cosas, como la creación del universo; por lo tanto, creo que algo debe de haber, pero no sé lo que es. Me educué en la tradición católica, pero no creo que sea la única, y pienso que lo importante es ser buena persona. No soy agnóstico, soy un hombre de dudas que comprueba que hay cosas en la naturaleza que no se explican, que no entiende el Big Bang, pero que no puede creer en el Dios judaico, cruel y vengativo».

El Dios en quien yo creo ni es judaico, ni es cruel, ni es vengativo. Pero entiendo que así lo aprendiese él en sus días de colegial, y me parece razonable que rechace esa imagen, tan extendida como deformada, de Dios. He conocido a científicos que son hombres de dudas como Grisolí; otros, los más, agnósticos; otros, combativamente ateos; y otros, gracias a Dios, decididamente creyentes.

Habiendo sido yo durante años aprendiz de físico y formador de futuros físicos, me han preguntado más

de una vez si mi condición de religioso y sacerdote no me creaba conflictos con mi condición de científico practicante y enseñante. Siempre he contestado sinceramente que no. Nunca he pensado que existiese una incompatibilidad infranqueable entre los auténticos avances científicos y la auténtica fe religiosa cristiana. El paradigma de la ciencia y el paradigma de la fe en su acercamiento a la realidad son diferentes y complementarios. Los hallazgos de la ciencia no pueden contradecir el sentido profundo de la fe, aunque a veces lo parezca.

Surgió Darwin, con su teoría de la evolución de las especies, y las iglesias cristianas se apresuraron a condenarlo y hasta ridiculizarlo. Con el paso de los años, la evolución de Darwin ha evolucionado, y el entendimiento cristiano de la creación también, y hoy son muchos los científicos creyentes inteligentes, así como teólogos inteligentes, que admiten la evolución sin problemas. Teilhard de Chardin fue un creyente ferviente y un evolucionista radical.

Apareció Freud y asombró al mundo de la salud mental con su «inconsciente». Como en el caso anterior, muchas iglesias cristianas se apresuraron a condenarlo, y hoy la mayoría de los creyentes lo dan por supuesto. El Freud de hoy no es el mismo que el de ayer, y hoy hay bastantes psicoanalistas religiosos, tanto seculares como clérigos. Y algo parecido ha ocurrido con Marx.

Yo, desde mis modestos conocimientos de la física cuántica, no me he visto nunca en la encrucijada de escoger entre la fe y la física. Nunca he sentido la ten-

tación de absolutizar los métodos y los logros de la física en menoscabo de mi fe, ni de permitir que mi fe se entrometiese en el campo de la física, que no es el suyo. Tan absurdo me parece invocar el principio de indeterminación de Heisenberg para negar los milagros de Jesús en el evangelio como para defender la realidad del libre albedrío frente a los ataques del determinismo decimonónico de los físicos.

Cuando escuchaba al maestro Goenka en su bravo intento de justificar el camino budista llamado «Vipásana» apelando a la inestabilidad de las partículas elementales, me parecía que complicaba las cosas innecesariamente, porque el comprobado valor de «Vipásana» no necesita justificación científica alguna. Tampoco me convence el intento parecido de Capra. A lo más, la inestabilidad de las partículas elementales se puede utilizar como una metáfora de la transitoriedad y fugacidad de todo en este mundo, según el Buda.

Ciertamente, el Dios en quien yo creo bendice cordialmente la ciencia y la tecnología en todos sus frentes y anima a los científicos y teólogos a utilizar sus descubrimientos en bien de toda la humanidad. Y rechaza su utilización destructiva y deshumanizadora, porque, aunque «la ciencia no delinque», el científico sí puede delinquir.

«Un amigo de verdad es un atisbo de Dios»

Eso decía la tarjeta postal con la que Raju me deseaba HAPPY BIRTHDAY hace unos cinco años. Y añadía: «que el Señor haga resplandecer su rostro sobre ti y te bendiga». Era parco en cartas, pero rico en lealtad. Esa tarjeta la guardo todavía como oro en paño, pues Raju, un joven jesuita de Malasia, de origen indio, significaba mucho para mí. Había sido taxista y barman antes que «fraile». Éramos muy amigos desde que nos conocimos en la India. Recuerdo claramente su inteligencia, su desenvoltura, su afecto, su sonrisa contagiosa y su poblado mostacho. *Éramos*, porque, tristemente, murió joven en Singapur. Todavía no he podido esclarecer las circunstancias de su muerte, pero me consta que fueron trágicas. Y eso me entristece, «compañero del alma, compañero». Tengo la certeza de que descansas en paz, y la esperanza de que nos volveremos a encontrar y querer, de algún modo, en el corazón de Dios.

Estoy de acuerdo con el mensaje de Raju. Atisbo al Dios del amor en el amor de los amigos de verdad, en los amigos íntimos ante los que te atreves a ser tú mismo, sin caretas, sin tapujos ni reticencias; aquellos con quienes puedes contar pase lo que pase; aquellos que no te juzgan ni, mucho menos, te condenan, hagas lo que hagas; aquellos con quienes puedes reñir un día y olvidarlo al siguiente; aquellos con quienes no tienes que ser cauto ni ponerte en guardia. Con ellos puedes reír, llorar, rezar y estar a gusto sin decir una palabra. Doy gracias a Dios por haber encontrado amigos

como éstos en todas las partes del mundo donde he vivido. Han hecho mi vida más grata, más radiante, más rica. Más divina. Jesuitas y no jesuitas. Aquí quiero recordar a unos pocos jesuitas.

Se atribuye a Voltaire, alumno de jesuitas, la frase «se juntan sin conocerse, viven sin amarse y mueren sin llorarse». Bueno, puede ocurrir y ocurre, pero no siempre es así, ni mucho menos. El primer grupo de discípulos de Ignacio se consideraban «amigos en el Señor», y ése fue el deseo expreso del fundador. Cuando el número se disparó a 1.000, 2.000..., 20.000, es evidente que no todos podían ser amigos en el sentido estricto de la palabra. También es de suponer que a lo largo de los cinco siglos de existencia de la Compañía haya habido muchos casos de enemistad y de insolidaridad entre ellos. De mí puedo decir que, si mi relación con algunos de mis compañeros ha sido hostil, ya está olvidada; por otra parte, he encontrado amigos del alma en todas las comunidades a las que he pertenecido desde que ingresé en el Noviciado en 1940. La amistad ha jalonado mi vida como jesuita.

Recuerdo en especial a Basil, prematuramente fallecido con las botas puestas, como quien dice, en un lugar remoto de la India; a T.V., que tanto nos hacía pensar y reír, y ahora descansa en paz; a P.D., que me acogió como a un hermano desde el momento en que desembarqué en Bombay; a J.M., tan afectuoso; a C.M. John, tan fiel y tan complicado... En fin, concluyo con un texto anónimo que guardo entre mis notas personales desde hace veinte años, porque expresa muy bien mis propios sentimientos:

«Cuando llegue el momento de nuestro crepúsculo personal, nuestros logros, nuestras obras, no serán de gran importancia. Pero la lucidez y la solicitud con que hayamos amado a los demás proclamará con vigor el gran don de vida que hemos sido los unos para los otros».

La ternura y el amor incondicional del Dios en quien yo creo se refleja y se recrea, pálidamente, en las amistades auténticas. No en vano leemos en la primera carta de San Juan:

«A Dios nadie lo ha visto nunca.
Si nos amamos unos a otros,
Dios permanece en nosotros».

«Reducción a lo esencial»

Así lo llama Ricardo Franco, teólogo de Granada, en el testimonio sobre su fe que compartió con un numeroso grupo de compañeros jesuitas (entre los que me encontraba yo) en septiembre de 1994, y que fue publicado en 1996 (Cuadernos FyS, n. 34, Sal Terrae, Santander). El testimonio de este veterano teólogo, lúcido y libre, relatado desde la altura de muchos años de vida y de reflexión teológica, me impactó.

A medida que lo escuchaba entonces y lo releo ahora, me siento más y más iluminado por sus palabras y modestamente reflejado en ellas, sobre todo en los últimos dos párrafos, donde afirma que, en el momento de hablarnos, su actitud era la de una «ten-

dencia reductiva a lo esencial», pues cada vez le resultaba más difícil aceptar que para ser un buen cristiano haya que admitir todas esas definiciones, condenaciones, etc. que se van acumulando sin remedio a lo largo de los siglos.

Concluye su testimonio con una cita de un teólogo austríaco en la que ve una estupenda expresión de la «reducción a lo esencial»:

«He sabido que tengo que morir ahora. He sentido que me hundo más y más profundamente. No he pensado en nada; nada del evangelio o de la teología se me ha ocurrido, ningún pensamiento en Dios o en Cristo, en una oración o en un sacramento. He sentido únicamente que caigo, pero no en un abismo sin fondo. Estaba completamente seguro: “Cuando esté en lo más bajo, seré sostenido, protegido”. Si toda la teología que he recibido o elaborado, si todos los sacramentos que he celebrado, si la totalidad del mensaje evangélico que he creído no han producido en mí más que esto, merecía la pena».

Sintonizo en lo fundamental, en este momento de mi vida, con esa «reducción a lo esencial» aquí expresada por el teólogo austríaco y asumida por el teólogo español, aunque no sepa si he de morir pronto.

Hubo otro momento, hace casi veinticinco años, en que creí que estaba a punto de morir. Ocurrió en la India, concretamente en Bombay, en una lluviosa tarde de monzón. Despertado bruscamente por el teléfono, fui precipitadamente a descolgarlo y, sin darme cuenta, agarré el cordón de la lámpara de mesa precisamente por un punto en que el alambre eléctrico esta-

ba al descubierto. Recibí una fuerte descarga que me arrojó violentamente contra los cristales de la ventana, sin poder soltar el cordón.

En el suelo, chorreando sangre y pidiendo auxilio, me sentía como una alimaña atrapada en un cepo, sin huida posible, y no tenía más que un pensamiento y un deseo: liberarme de aquella corriente mortal. No se me ocurrió pensar en Dios ni en Jesucristo. No pasó por mi aterrorizada mente ninguna fervorosa plegaria. Cuando, por fin, logré desenchufar la lámpara y acudieron mis compañeros en mi ayuda, sentí un gran alivio y una gratitud inmensa hacia ellos.

Días después, tuve la serenidad de reflexionar sobre lo ocurrido y tomar conciencia de que Dios había estado a mi lado en aquel trance, aunque yo no pensase en Él ni le prestase atención ni implorase su ayuda. Porque para el Dios en quien yo creo lo importante no es que nosotros nos acordemos de Él, sino que Él jamás nos olvida, y en la hora de la verdad, cuando nos vayamos hundiendo más y más, Él estará allí, en el fondo, con los brazos y el corazón abiertos de para en par, para darnos la bienvenida.

Cierro el baúl de mis recuerdos...

...sin haberlo vaciado del todo todavía. No importa. He recorrido el camino que me ha traído hasta ahora y hasta aquí, a la presencia confirmada del Dios en quien yo creo. Mi camino. Cada cual tiene el suyo, «un camino virgen» con hitos propios: experiencias,

encuentros, personas y acontecimientos que han jalado su caminar. Y pienso que todavía tengo camino por delante, no sé cuánto, hasta que me encuentre cara a cara con el Dios verdadero. ¿Será como yo lo he imaginado? No importa si no lo es, porque, sea como sea o como no sea, será quien ES.

Invito a las lectoras y lectores a abrir el baúl de sus recuerdos y a recorrer —con el corazón, no con la cabeza— su camino hacia el Dios en quien hoy verdaderamente creen.

«Nadie fue ayer, / ni va hoy, / ni irá mañana / hacia Dios /
por ese mismo camino / que yo voy. /
Para cada hombre guarda / un rayo nuevo de luz el sol... /
Y un camino virgen / Dios»

(LEÓN FELIPE)

EL DIOS EN QUIEN YO CREO

CREO en el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo tal como el mismo Jesús nos lo revela en sus palabras, obras, vida, muerte y resurrección. Éste es el Dios a quien me apunto, el Dios por quien apuesto:

- * el Dios que nos quiere tanto que se encarna, se hace hombre de carne y hueso, frágil y vulnerable como nosotros;
- * el Dios que se retrata en la parábola del Padre Pródigo del hijo pródigo y en tantas otras parábolas y escenas evangélicas;
- * el Dios infinitamente misericordioso que nos ama y perdona gratuitamente y sin reservas como sólo Él, que es amor, puede hacerlo;
- * el Dios-Amor, que nos crea a su imagen y semejanza;
- * el Dios-Amor, que libera y humaniza;
- * el Dios-Amor, que nos permite desarrollarnos en libertad;
- * el Dios que sólo nos reprocha, amorosamente, nuestro desamor;
- * el Dios que nos invita e inspira, sin acuciarnos, a vivir en plenitud;

- * el Dios que nos alienta a crear una humanidad regida por el amor, la justicia, la paz y la solidaridad;
- * el Dios que es amor, todo amor y nada más que amor, que no puede ni sabe ni quiere hacer otra cosa que amar;
- * el Dios, «la Fonte que mana y corre» desde el fondo de mi ser y de todos los seres, dándonos gratuitamente existencia, vida, fortaleza y capacidad de gozo;
- * el Dios compañero nuestro de camino y de fatigas, que no nos saca las castañas del fuego, pero que nos alienta para que lo hagamos nosotros mismos con la ayuda de nuestros hermanos y hermanas;
- * el Dios Padre y Madre nuestro que nos nutre y educa y nos quiere incondicionalmente, y nunca jamás nos abandona aunque nosotros nos olvidemos de Él;
- * el Dios para todos sin excepción, de todos los colores y razas y castas y clases y tribus;
- * el Dios que siente debilidad por los más desfavorecidos, excluidos y marginados entre nuestros hermanos y hermanas;
- * y el Dios que nos espera, a todos sin excepción, con los brazos y el corazón abiertos de par en par, en la otra orilla para fundirse con nosotros en un abrazo sin fin.

Colección

El Pozo de Siquem

La *Teología del «gusano»* es una manera de entender a Dios y su relación con los seres humanos que inclina a éstos a sentirse gusanos indignos, en lugar de hijos dignísimos del Padre. Una perniciosa «teología» que se articula en forma de creencias más deshumanizadoras que liberadoras, como, por ejemplo, la creencia en un dios sádico, cruel y vengativo —una caricatura de Dios que, tristemente, todavía late en el imaginario religioso de muchos fieles—, en lugar del Dios-Amor proclamado en el Nuevo Testamento.

«Ama al Señor tu Dios... y ama a tu prójimo como a ti mismo», leemos en el capítulo 10 de Lucas. Los tres amores del cristiano son, pues, Dios, el prójimo y él mismo; y este último es tan importante como los otros dos. Nuestra felicidad depende del equilibrio entre esos tres amores. Autoestima y evangelio no son incompatibles, sino todo lo contrario.

JOSÉ-VICENTE BONET, jesuita español formado en el «Instituto Sadhana» de la India, fundado por Tony de Mello, es autor de *Sé amigo de ti mismo*, publicado por Sal Terrae en 1994 y ya en su 9ª edición. También es autor de *Aprender a quererse* (Málaga 1998) y *Anthony de Mello. Vivir en plenitud* (Málaga 1999). Actualmente es director del Aula de Psicología del Centro «Arrupe» de Valencia e imparte cursos y talleres de desarrollo personal y espiritual en diferentes puntos de España.

Diseño de cubierta:

MÁS QUE DECIR

ISBN 84-293-1367-2